

Serie 2

Reflexiones agustinianas sobre

EL CRISTIANISMO

ENRIQUE ARENAS MOLINA, OAR



Vitalicio Mineducación



© Universitaria Agustiniiana
© Editorial Uniagustiniana
© Enrique Arenas Molina, oar

Primera edición, 2022

ISBN (impreso): 978-958-5498-71-6

ISBN (digital): 978-958-5498-77-8

Colección *Reflexiones agustinianas sobre*

ISBN (impreso): 978-958-5498-69-3

ISBN (digital): 978-958-5498-75-4

Edición

Editorial Uniagustiniana

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali n.º 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

<https://editorial.uniagustiniana.edu.co>

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinadora editorial y de difusión

Pablo Castellanos, editor asistente

Inti Alonso, diseño y diagramación de contenido

Éndir Roa, diseño de cubierta

Impresión y acabados, DGP Editores S.A.S.

Imagen de cubierta: George Maigret y Hieronymus Petri, *Iconographia magni patris Aurelli Augustini: Hipponensis episcopi, et ecclesiae doctoris excellentissimi*, 1624. Fuente: <https://digital.library.villanova.edu>

Impreso y hecho en Bogotá, Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso escrito de la Uniagustiniana.

Arenas Molina, Ramón Enrique

Reflexiones agustinianas sobre / Ramón Enrique Arenas Molina. -- Bogotá : Uniagustiniana, 2022.

v.

Contenido: v. 1. El doctor de la Iglesia -- v. 2. El cristianismo -- v. 3. Actitudes en tiempos de crisis -- v. 4. Educación y pedagogía -- v. 5. Innovación y liderazgo.

ISBN 978-958-5498-69-3 (obra completa) -- 978-958-5498-70-9 (v. 1) -- 978-958-5498-71-6 (v. 2) -- 978-958-5498-72-3 (v. 3) -- 978-958-5498-73-0 (v. 4) -- 978-958-5498-74-7 (v. 5)

1. Agustín, Santo, Obispo de Hipona, 354-430 - Vida religiosa 2. Vida espiritual - Iglesia Católica 3. Vida cristiana 4. Felicidad - Aspectos religiosos 5. Perdón - Aspectos religiosos I. Título

CDD: 204.4 ed. 23

CO-BoBN- a1089300

CONTENIDO

¡Qué atrayente! Ser cristiano	4
Un árbol se conoce por sus frutos	23
Barro en manos del Alfarero	46
Entre dos aguas	75
¡Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo!	108
Con Cristo ¡Sí se puede!	137

¡QUÉ ATRAYENTE! SER CRISTIANO

*“Dios da forma a nuestras vidas con amor”
san Agustín.*

AMBIENTACIÓN

San Agustín representó a la humanidad como “la comunidad de la verdad”, lo que nos conduce de forma natural al siguiente argumento, que no es otra que la unidad de la humanidad. Estar orientado hacia Dios no consiste solamente en creer que Dios es el objetivo de mi peregrinación personal a lo largo de la vida y la muerte. Creemos firmemente que es en Dios donde la humanidad encontrará su unidad y su sentido últimos. Al margen de la humanidad, soy un ser incompleto e inacabado. Por esta razón, estamos llamados como cristianos a ser sal de la tierra y la luz del mundo.

Asimismo, manifiesta que, Dios no nos ama porque seamos buenos, Él nos hace buenos porque nos ama. Ama la verdad, vive la verdad, predica la verdad, defiende la verdad. Porque el que no habla la verdad, traiciona la verdad. La verdad es la que nos hace libres (s.134,1).

Es Jesús en el evangelio que indica:

“Ustedes son la sal de la tierra y la luz del mundo. Para hablar de la vocación cristiana, Él nos presenta dos comparaciones muy naturales. Él acude a dos elementos muy habituales: la sal y la luz, es decir, de ponerle un poco de Cristo a la vida. ¡Qué atrayente! Ser cristiano. ¡Alegraos siempre en el Señor!” (Flp 4,4).

No es muy complejo concebir y descifrar esta comparación, pues todos nosotros reconocemos en la experiencia cotidiana la calidad de cada uno de estos elementos, sin embargo, aunque sea una comparación fácil esconde una gran profundidad y nos invita a una intensa reflexión.

La sal da sabor a los alimentos, los hace agradables, preserva de la corrupción y es un símbolo de la sabiduría divina. En el Antiguo Testamento se prescribía que todo lo que se ofreciera a Dios llevase la sal, significando la voluntad del oferente de que fuera agradable. La luz es la primera obra de Dios en la creación, y es símbolo del mismo Señor, del Cielo y de la Vida. Las tinieblas, por el contrario, significan la muerte, el infierno, el desorden y el mal.

¡Qué atrayente! Ser cristiano y asumiendo estas propiedades de la sal debemos preguntarnos, ¿qué es lo que Jesús quería decir cuando exclamó: ustedes son la sal de la tierra? ¿En qué cosas debemos ser parecidos a ella? ¿Por qué la sal es un símbolo del cristiano? No es fácil dar una respuesta final a todas estas preguntas. Pero podemos preguntarnos: ¿Yo soy sal en mi ambiente? ¿Doy sabor a las cosas que hago sin ser pesado? ¿Colaboro para conservar el bien? ¿Soy eficiente y discreto? ¿Vivo en función de los demás o pienso sólo en mí mismo? Según Agustín, Dios da forma a nuestras vidas con amor.

Cómo la sal puede hablarnos de nuestra vocación cristiana, de nuestra misión en la tierra. Ustedes son la sal de la tierra. Pero Jesús no se condescendió solamente con el símbolo de la sal. Nos dijo también que hay otro elemento de la naturaleza que puede darnos testimonio de lo que significa ¡Qué atrayente! Ser cristiano. Ustedes son la luz del mundo. ¿Qué es la luz? Como no voy todos los días levantar la vista al cielo para agradecer a Dios por haberme permitido conocer el amor y disfrutarlo a su lado.

Si somos luz, la Gloria no es para nosotros, sino para Dios. Que el Señor nos ayude a aprender de la sal y de la luz como vivir auténticamente nuestro cristianismo y entregar todo cuanto tengamos sin esperar nada a cambio, con plena generosidad, dejar ir todo lo bueno que obtengamos, para que Dios lo llene con algo mucho mejor para entregar a este mundo, se la luz y la sal que tanto necesitan tus hermanos.

Quisiera emprender este artículo, con este pasaje bíblico:

“Si tú te consideras una lámpara sin luz, de esas que si se tendrían que poner debajo del celemín porque ya no alumbran, acércate a Cristo porque Él es la luz, es Él el que da sentido a nuestra vida, Él nos hará ser lo que debemos ser y así prendemos fuego al mundo entero:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5,13-16).

TIEMPO DE REFLEXIÓN

- Si tú, siendo cristiano, siendo sal de la tierra, crees que has perdido el sabor, confía plenamente en que hay uno que se lo puede devolver, confía en que hay uno que puede hacerte ser otra vez sal de la buena, de ser sal insípida a ser sal que da sabor.

- La sal y la luz acrecientan la experiencia humana. Cuando en un balance adecuado, no llaman la atención sobre sí mismas, sino que resaltan lo que ya está ahí. El vivir como un cristiano auténtico de fe, no siempre solicita de mí el hablar, el proclamar, el anunciar. Yo puedo agregar sabores e ilustración a través de mis actitudes y disposición.
- A mi inquietud: Señor, ¿qué quieres que yo sea, luz o sal, que brille en público o que labore sin que me vean? Dame un rol que no me sea muy difícil.
- Jesús continúa grabando a sus discípulos el camino de búsqueda. Aprender del Él implica un modo de estar, de hablar y de actuar. Solo así es posible configurarse gradualmente con la persona de Jesucristo. Con otras palabras: la vocación del cristiano es un gran don recibido, pero, para no perderlo, es preciso transmitirlo a quienes nos rodean.

En este artículo mostraré seis aspectos esenciales:

1. ¿Quiénes eran aquellos discípulos?
2. Rasgos de estas dos propiedades.
3. Una misión que realizar: sal y luz.
4. Un seguidor auténtico.
5. Dar fruto es comunicar.
6. Un poco de Cristo a tu vida.

La vocación no es un asunto de especulaciones complicadas. La vocación no es para corazones calculadores, miedosos y egoístas. La vocación es amor, y por eso sólo la entienden los corazones grandes y generosos.

La vocación es: ser conscientes de que Jesús nos ofrece su amistad. Aceptarla e ir intensificando esa amistad con el trato,

es ponerse en camino de responder. Poco a poco se irá transformando nuestro corazón y se irá haciendo semejante al de Jesús, convirtiéndonos, así, en verdadera sal de la tierra y luz del mundo.

1. ¿QUIÉNES ERAN AQUELLOS DISCÍPULOS?

Los discípulos, o apóstoles de Cristo, fueron las piedras fundamentales de su Iglesia. Eran pescadores, gente sencilla. Pero Jesús los mira con los ojos de Dios, y su afirmación se entiende justamente como consecuencia de las Bienaventuranzas. Él quiere decir:

Si seréis pobres de espíritu, si seréis mansos, si seréis puros de corazón, si seréis misericordiosos. ¡Ustedes serán la sal de la tierra y la luz del mundo!

Los bautizados somos discípulos misioneros y estamos llamados a convertirnos en un Evangelio vivo en el mundo: con una vida santa daremos sabor a los diferentes ambientes y los defenderemos de la corrupción, como hace la sal; y llevaremos la luz de Cristo a través del testimonio de una caridad genuina. Pero si los cristianos perdemos sabor y apagamos nuestra presencia de sal y de luz, perdemos la efectividad.

Para vislumbrar mejor estas imágenes, tengamos en cuenta que la ley judía prescribía poner un poco de sal sobre cada oferta presentada a Dios, como un signo de alianza. La luz, entonces, para Israel era el símbolo de la revelación mesiánica que triunfa sobre las tinieblas del paganismo. Los cristianos, el nuevo Israel, reciben, entonces, una misión para con todos los hombres, con la fe y la caridad pueden orientar, consagrar, hacer fecunda la humanidad.

- **Al expresar la sal de la tierra.** Utilizando imágenes de la vida cotidiana, con palabras sencillas y directas, Jesús hace saber cuál es la misión y la razón de ser de una comunidad cristiana: ser sal. En aquel tiempo, con el calor que hacía, la gente y los animales necesitaban consumir mucha sal.

La gente iba consumiendo la sal que el abastecedor dejaba en grandes bloques en la plaza pública. Al final, lo que sobraba quedaba esparcido como polvo en tierra, y había perdido el gusto. “Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres”. Jesús evoca esta costumbre para aclarar a los discípulos y discípulas la misión que deben realizar.

- **Al expresar la luz del mundo.** La asimilación es obvia. Nadie enciende una lámpara para colocarla bajo un celemin. Una ciudad situada encima de un monte no consigue quedar escondida. La comunidad debe ser luz, debe iluminar. No debe temer que aparezca el bien que hace. No lo hace para que la vean, pero lo que hace es posible que se vea.

La sal no existe para sí. La luz no existe para sí. Y así ha de ser la comunidad: no puede quedarse encerrada en sí misma. “Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16).

- **¡Qué atrayente! Ser cristiano.** El evangelio invita a ser sal y luz. Sin sal la comida es sosa e insípida, sin luz no disfrutamos de la claridad del día. Para los cristianos la sal es la Palabra de Dios que sala y anima, y la luz alegra e ilumina nuestra vida.

Somos invitados a ser sal y luz en un mundo que olvida ser chispa y salero. Un mundo que le da la espalda a la luz para recrearse en la oscuridad y la ceguera. Por ello, la Iglesia, los cristianos debemos ser personas abiertas, acogedoras, no pensar y mirarnos sólo a nosotros, sino salir al encuentro de

los otros, en especial de los marginados y olvidados por una sociedad, que busca su propio bienestar.

- **Vivimos inmersos en una crisis mundial.** Los que creemos en Jesús tenemos el deber de compartir la alegría y la luz que cada día nos regala nuestra fe, no quedárnosla para nosotros porque de esa forma no ayudamos a que otras personas encuentren el salero y la Luz que es la Palabra de Dios, que sana y cura todas las heridas que el ser humano pueda tener.

2. RASGOS DE ESTAS DOS PROPIEDADES

Lo primero que debemos hacer es narrar los rasgos de estos dos elementos como las valoramos en la vida. Después, debemos preguntarnos ¿Jesús que nos quería decir con esta comparación? ¿Qué es lo que debo hacer para tener estas características?

- **La sal de la tierra.** La sal de la tierra es una expresión metafórica que se utiliza para reforzar el carácter o propiedad esencial de un fenómeno.

Se manipula para condimentar los alimentos, para darles sabor. Cuando percibimos un alimento sin sal ágilmente nos damos cuenta de que no tiene gusto. Por otro lado, si tiene excesiva sal, es peor ya que ni conseguimos comer. Así que la sal es buena, pero en la medida justa.

Otro uso de la sal es como conservante. Especialmente cuando no existían refrigeradores, era con ella que se podían conservar un poco más la carne o los demás alimentos. La sal ayudaba a vencer el tiempo. En aquel tiempo tenerla era algo muy importante y las personas trabajaban para recibir el salario, o sea una porción de sal.

La sal es que después de ser puesta en la comida nosotros sentimos su gusto, pero ya no la vemos. Sentimos que está presente pero no la encontramos.

También puede transformarse en medicina. Por ejemplo, cuando estamos con la presión muy baja, se aconseja meter un poco de sal debajo de la lengua, o se puede hacer suero cuando nos estamos deshidratando.

La sal no sirve para sí misma, no es rica en sí misma, sirve para dejar las otras cosas ricas. Tampoco nadie come la sal pura. Su razón de existir es estar al servicio de los otros alimentos. Estoy seguro que podrías también tú, dar otras características de la sal que yo no la conozco.

- **La Luz del mundo.** Ustedes son la luz del mundo. ¿Qué es la luz? Es lo que nos permite ver todas las cosas. Nos hace posible percibir los colores y los detalles. Nos da seguridad para caminar evitando los obstáculos. Hace posible que las plantas realicen la fotosíntesis, purificando el aire.

Con escasa diferencia todas las cosas que podemos hacer y tienen una ligadura con la visión necesitan de la luz. Leer, escribir, hacer una limpieza, preparar la comida y coser. Si nuestra vida fuera siempre noche, no sé qué sería de nosotros. Pero también la luz, cuando es demasiado fuerte, puede dejarnos ciegos, o puede por lo menos encandilarnos.

La luz no vive para sí misma. Si existiera simplemente la luz, pero sin nada que la reflejara no serviría de nada; sería como si no existiese. La presencia de la luz solo es observada porque vemos las otras cosas. Su misión no es mostrarse a sí misma; al contrario, es dejar visible a lo demás. Así también debemos ser nosotros los cristianos.

De la luz Jesús nos habla un poco más, de hecho, él nos dice, así pues, debe brillar su luz ante los hombres, para que

vean sus obras buenas y glorifiquen al padre de ustedes que está en los cielos.

3. UNA MISIÓN QUE REALIZAR: SAL Y LUZ

La expresión *mandio'yre* representa una comida sin sal, sin gusto, que hasta podría tener un aspecto agradable, pero a la hora de probar es insípida. Cosa lamentable es cuando pasa esto con una persona, es decir, cuando ella se va haciendo insípida, malhumorada y no se importa de tener valores auténticos.

Hay que despabilarse, pues no es razonable pasar la primera mitad de la vida criticando a nuestros padres y, la segunda mitad, criticando a la pareja o al jefe.

Junto con la sal y la luz es la metáfora aplicada en distintas ocasiones en el Sermón de la montaña del Nuevo Testamento destacando la oración “vosotros sois la sal de la tierra”, que suele ser título de sermones cristianos. Asimismo, es utilizada en el lenguaje de ciencias políticas con el mismo significado, elemento que se requiere para reforzar un proceso o una actividad, cognitiva, vital o social.

Una misión que realizar: Sal y luz. La sal es una sustancia, ordinariamente blanca, cristalina, de sabor propio, muy soluble en agua, que se emplea para sazonar y conservar alimentos. Partiendo de la realidad y de la función de este elemento, la cultura de Oriente Medio vincula la sal con ciertos valores, como la alianza, la solidaridad, la vida y la sabiduría. El término luz integra varios significados íntimamente ligados a la visibilidad y a la claridad. En concreto, en este pasaje se alude a la lámpara, objeto destinado a alumbrar. La luz es imprescindible para la vida humana y, por

ello, desde los inicios de la historia de la salvación se ha querido dar énfasis a su función.

De la misma forma, hay innumerables ilustraciones filosóficas y psicológicas sobre quién es el ser humano. El evangelio nos da la más hermosa y vibrante de todas: “Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo”. No solo es una definición alegre, sino que pesa grandísima quien la pronuncia: es Jesús, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue creado.

Jesús nos invita a ser sus aliados en la misión de purificar tantas indecencias que existen alrededor de nosotros y a preservar la sociedad de la corrupción infernal que nos degrada a todos.

Jesús pretende que los cristianos se convenzan de que son la sal del mundo; sin embargo, no solamente como un tipo de condimento, sino como algo que purifica, da sabor y preserva de la descomposición. En otras palabras, como una fuerza transformadora.

Asimismo, nos elogia expresando: “Ustedes son la luz del mundo”. En otro momento, Él afirmó: “En cuanto estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo”, por lo tanto, nos delega su misma esencia.

Cristo ordena que seamos sal de la tierra y luz del mundo, que hagamos buenas obras en todos los sentidos, que los otros se beneficien de ellas, pero que agradezcan a Dios en primer lugar y, no, a quien las ha realizado. Para ser realmente sal de la tierra y luz del mundo es esencial dar un testimonio visible para que los otros vean en las acciones de los cristianos la presencia del Dios invisible.

El profeta Isaías da orientaciones concretas de qué significa ser sal y luz, exhortando a partir el propio pan con los hambrientos, sea el pan de la comida, de la salud, del empleo o del afecto. Y algo muy necesario y desafiante, que es rechazar la opresión, no buscando beneficios ilegítimos a costa de la explotación ajena.

Con estas actitudes no seremos católicos mandio'ýre, pero seremos gente de vida coherente, que ilumina el camino de los demás.

4. UN SEGUIDOR AUTÉNTICO

Dios nos ama a cada uno de nosotros como si solo existiera uno de nosotros. No busques la aprobación de las personas, pero no las prives de lo mejor de ti. Muchas veces creemos que el cristianismo es una lista larga de normas y prescripciones que debemos cumplir. Pero eso no es el cristianismo:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. Es sólo a través de Cristo, del prisma de su amor, que se puede, no sólo entender, sino sobre todo vivir lo que nos corresponde como sus seguidores”.

San Agustín lo expresa así: “Se escapan muchas cosas de mi mano, pero nada se escapa de la mano de Dios. Los cristianos que cambian el mundo son los que experimentan y viven la Palabra de Dios mientras otros duermen”; pues, lo que en realidad importa no es cuanto haces para Dios, sino cuanto Dios ha hecho por ti.

Quiero compartir esta leyenda para reflexionar sobre lo siguiente: ¿Qué clase de cristiano eres? ¿Estás dejando huellas?:

Dejando huellas

“Un hombre que acababa de encontrarse con Jesús Resucitado, iba a toda prisa por el Camino de la Vida, mirando por

todas partes y buscando. Se acercó a un anciano que estaba sentado al borde del camino y le preguntó: -Por favor, señor, ¿ha visto pasar por aquí a algún cristiano? El anciano, encogiéndose de hombros le contestó: -Depende del tipo de cristiano que ande buscando.

-Perdone- dijo contrariado el hombre-, pero soy nuevo en esto y no conozco los tipos que hay. Sólo conozco a Jesús. Y el anciano añadió: -Pues sí amigo; hay de muchos tipos y maneras. Los hay para todos los gustos. Hay cristianos por cumplimiento, cristianos por tradición, cristianos por costumbres, cristianos por superstición, cristianos por obligación, cristianos por conveniencia, cristianos auténticos.

- ¡Los auténticos! ¡Esos son los que yo busco! ¡Los de verdad! -exclamó el hombre emocionado.

- ¡Vaya! -dijo el anciano con voz grave-. Esos son los más difíciles de ver. Hace ya mucho tiempo que pasó uno de esos por aquí, y precisamente me preguntó lo mismo que usted.

- ¿Cómo podré reconocerle? Y el anciano contestó tranquilamente: -No se preocupe amigo. No tendrá dificultad en reconocerle. Un cristiano de verdad no pasa desapercibido en este mundo de sabios y engreídos. Lo reconocerá por sus obras. Allí donde van, siempre dejan huellas.

Preguntas:

1. ¿Qué tipo de cristiano crees que eres?
2. ¿Los demás te reconocen como cristiano por tus obras?
3. ¿Tu fe es una fe viva que busca al hermano?
4. ¿Cómo podemos decir que amamos al Otro si no nos entricateamos cuando el error es predicado?

Ojalá recordáramos que la misma gracia soberana que obró en nuestros corazones en la conversión, sigue obrando en nosotros para guardarnos hasta el final. Se puede tener celo por la verdad sin tener amor, pero no se puede tener amor sin tener celo por la verdad.

Dios no está únicamente en el destino al que vas, sino que también se encuentra en el viaje y nunca somos tan justos como para no necesitar la gracia de Dios. Nunca somos tan pecadores como para estar lejos del alcance de esa gracia. El desvelo es una invitación de Dios para que pases la noche conociéndolo un poco más leyendo su Palabra y ofreciendo.

Si los cristianos auténticos no platicamos, corremos el riesgo de que otros hablen por nosotros; ya que, para ser un buen discípulo, no basta emplearse a fondo, como lo haríamos al ocupar un cargo de compromiso en una empresa hoy en día. No basta siquiera ser original, presentar de manera nueva, atrayente o asequible el mensaje, el producto o el servicio. Aún poniendo en juego todas las dotes humanas de que disponemos, hemos de partir de la base que en todo ello sólo somos instrumentos en las manos de Dios. Porque mientras más conozcas cuánto le costó a Dios perdonarte y cuánto te ama, más vas a amar y perdonar tú también.

5. DAR FRUTO ES COMUNICAR

¡Qué atrayente! Ser cristiano. Dar fruto es comunicar a los demás una experiencia, una fe que hemos recibido como un don. Es darla no como quien comparte algo que tiene en posesión, porque la fe no se posee y es sólo de Dios. Nuestra tarea consiste en

animar a cristianos y no cristianos a realizar obras de amor. Y cada obra de amor, hecha de todo corazón, acerca a las personas a Dios.

No obstante, nuestras virtudes y capacidades, así como nuestros defectos y limitaciones, son también parte de ese plan de Dios. Por sus frutos los reconoceréis, es la llamada a colaborar en la obra de Dios si nos prestamos con decisión y humildad. Pues, trata a una persona tal como es, y seguirá siendo lo que es; trátala como puede y debe ser, y se convertirá en lo que puede y debe ser.

Jesús advierte de guardarnos de los falsos profetas: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los reconoceréis” (Mt 7,15-20).

No tienes excusa para no diferenciar a un falso maestro de uno verdadero. No tienes excusa para eso porque tienes la Biblia. Cuando pongas a la Biblia por encima de todo sistema de pensamiento, te vas a llevar muchas sorpresas. Y eso lo sé por experiencia.

San Agustín escribe que,

“en el jardín de la Iglesia se cultivan: las rosas de los mártires, los lirios de las vírgenes, las yedras de los casados, las violetas de las viudas y que los cristianos deben responder al mal con el bien”.

La persecución es buena para quienes que aman a Jesús profundamente, pero no es buena para quienes aman a Jesús sólo un poco. Un corazón que está lleno del mundo, es un corazón lleno de necesidades.

Si lo que llamamos amor no nos lleva más allá de nosotros mismos, entonces no es amor. Cercanía a Dios trae parecido a Dios. Cuanto más veas a Dios, más de Dios será visto en ti. Cuando un hombre descubre sus faltas, Dios las cubre y cuando un hombre las esconde, Dios las descubre. Cuando un hombre las reconoce, Dios las olvida.

Acojamos la invitación a la vigilancia, a la que tantas veces nos llaman las Escrituras. Es la actitud de quien sabe que el Señor volverá y querrá ver en nosotros los frutos de su amor. La caridad es el bien imprescindible que nadie puede dejar de hacer fructificar y sin el cual todo otro don es vano. Si Jesús nos ha amado hasta el punto de dar su vida por nosotros, ¿cómo podríamos no amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amarnos de verdadero corazón los unos a los otros? Sólo practicando la caridad, también nosotros podremos participar en la alegría del Señor.

Es evidente el llamado de Cristo, cuando dice que, viene a “dar plenitud” a ley y a los profetas. Viene a purificar en el fuego lo que le impide a nuestro corazón darse plenamente a Dios. Él tiene dos tronos. Uno en lo más alto de los cielos y otro en el más humilde de los corazones.

Lo que Cristo reclama al cristiano auténtico es un plus de justicia en la convivencia con los demás; un plus de santidad en la realización de nuestras tareas más ordinarias; un plus de generosidad en nuestra oración, en la vivencia de los sacramentos. Al menos que creas en el su Palabra, todo lo que hagas será por el orgullo o el miedo.

Para Cristo no basta hacer justicia humana con el que nos ofende, pide que lo perdonemos, que nos reconciliemos con él. No le basta que no se cometa adulterio, quiere que custodiamos la pureza de nuestro corazón con una voluntad tajante: “si tu mano derecha es para ti ocasión de pecado, córtatela y arrójala lejos de ti”.

*Ser cristiano significa perdonar lo inexcusable en otros porque
Dios perdonó lo inexcusable en ti. La paz no viene por la
ausencia de problemas sino de la presencia de Dios.*

Es innegable que no le basta la ley del divorcio, sino que correspondamos al designio divino sobre el matrimonio (Mt 19,4). A Cristo, en fin, no le basta la vivencia externa de nuestros deberes de cristianos: ¡quiere nuestra coherencia, nuestra sinceridad de vida: “digan sí cuando sea sí”! ¡Qué atrayente! Ser cristiano.

Dios no puede ser producto de mi imaginación, porque, para nada, Él es lo que yo pude imaginar de Él. Dios es más glorificado en nosotros cuando estamos más satisfechos en Él. Dios quiere que tengas una relación con Él, mucho más íntima que la de simplemente recibir sus regalos.

Solo el evangelio puede hacer dos cosas aparentemente contradictorias: destruir el orgullo y aumentar el valor. Dios coloca a sus santos donde traigan la mayor gloria a Él, y nosotros somos totalmente incapaces de juzgar dónde será ese lugar.

6. UN POCO DE CRISTO A TU VIDA

Aledaño con las Bienaventuranzas y el Padrenuestro, la perícopa de la Sal y la Luz forma parte del Sermón del Monte, que, por su capital jerarquía, reflexionamos “La Carta Magna de la Iglesia”. Por tanto, esta exhortación de Jesús a ser sal y luz tiene carácter de obligatoriedad superior. Pertenece a nuestra “naturaleza” por así decirlo. Un poco de Cristo a tu vida. Conviene percibir su sentido. ¿Qué significa ser sal de la tierra? ¿Qué implica ser luz del mundo?

Es bien evidente que hay falta de un fuerte fragmento de esperanza en la naturaleza. Hay que aprender a leer los hechos con

la objetividad de la fe, para sembrar confianza con la sal del ejemplo y la luz del mensaje.

No alcanzan las palabras para enseñar el mensaje de Jesús. Es preciso edificar con la sal del ejemplo para iluminar con la luz de la palabra. Lo que convirtió a los primeros cristianos no fue tal vez la novedad del mensaje, sino la vida de quienes la ponían en práctica. Primero saboreaban la sal, la vida, la santidad, la conducta informado por la caridad; después, atraídos por la alegría y la paz, se abrían a la luz de la doctrina, para penetrar en el misterio de la gracia que impulsa la vida cristiana.

Sigue siendo actual este modo de atraer a las personas a la luz de Cristo. Es necesario que la sal de la conducta del cristiano salga de la corrupción de la decepción, de la falta de esperanza. La presencia de cristianos alegres, optimistas y capaces de dar razón de esa alegría permite que muchos puedan vivir con la esperanza activa de alcanzar una felicidad a la altura de las aspiraciones del corazón humano, sin caer en la tentación de conformarse con menos.

No pocos, aun captando de algún modo el atractivo de las enseñanzas del Maestro, piensan que hoy nadie vive así, que se trata de un ideal quimérico o que vivir según la moral no está al alcance de la mayoría.

Resonar la llamada universal a la santidad no consiste sólo en repetir que todos podemos y tenemos que ser santos. Es mucho más significativo mostrar que, de hecho, en esta época y en esta o aquella circunstancia concreta, una persona normal, ni mejor ni peor dotada, con los mismos defectos y debilidades, puede vivir la vocación bautismal con radicalidad, incluso en una sociedad pagana.

Qué atrayente ¡Qué valioso es que haya cristianos que, con sus vidas normales, con la alegría y la paz de Cristo, alimenten perennemente la esperanza de alcanzar una existencia que merezca la pena, ya feliz en la tierra, entre penas y alegrías, y plena en el cielo!

Desde la apertura del cristianismo, la santidad de muchos hombres ha sido sal y luz en medio de tantos escenarios. La totalidad ni siquiera han sido conscientes de la magnitud de la huella que han dejado, pero han contribuido decisivamente a preservar generaciones enteras de la corrupción del pesimismo.

Sembrar esperanza es parte esencial de la misión del cristiano auténtico y, por tanto, de nuestra misión apostólica.

Concluamos con esta oración que nos recuerda que el cristiano debería ser una persona luminosa, que lleva la luz, ¡siempre da luz! Una luz que no es suya, pero es el regalo de Dios, es el regalo de Jesús. Y nosotros llevamos esta luz adelante. Si el cristiano apaga esta luz, su vida no tiene sentido: es un cristiano de nombre solamente, que no lleva luz, una vida sin sentido.

Sal de la tierra y luz del mundo

No te pedimos que hoy
nos saques del mundo;
más líbranos del mal.
El fermento se pone en la masa,
no en el arca,
para que haya buen pan,
y sacien los hombres su hambre
haciendo comunión.
La luz no se luce,
pero hace que vean los hombres
el rostro del hermano y distingan
en él el ritmo que lleva el corazón.
La sal no alimenta,
pero se hace sabroso lo insípido
y conserva cuanto está a su alcance

de cualquier corrupción.

La voz no es palabra ni idea,
pero entona el mensaje
y hace que se oiga y se escuche
lo que dice el autor.

Los pies no son el hombre,
pero le llevan: la tierra es escenario
de su movimiento
y el campo de su acción.

Haz, Señor, que los que has elegido
para tu servicio como luz y como sal,
como fermento para la masa humana,
presenten en su palabra
y en su testimonio el evangelio
de la salvación.

Amén.

UN ÁRBOL SE CONOCE POR SUS FRUTOS

*“No hay árbol bueno que pueda dar fruto malo,
ni árbol malo que pueda dar fruto bueno”
(Lc 6,43).*

AMBIENTACIÓN

Vivimos ciegos. Nos asentamos más en los fallos y defectos de los demás que en los propios. Hacemos una cosa y decimos otra, somos los más hipócritas. Tenemos una religiosidad de solo palabras y no de obras. Queremos un cambio en la sociedad y no da miedo meternos en sus estructuras. Rebuscamos líderes y no valoramos los propios, los que hasta la vida la han entregado por nosotros. Un árbol se conoce por sus frutos.

Jesús de Nazaret, como líder, mostró el camino a seguir para los que creemos en Él, y es el mandamiento del amor: nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13). Al final de nuestra vida, lo único que contará será lo que hayamos sembrado por Dios y por los otros.

Es evidente la insistencia del Maestro: “Servir y a dar la vida”. Pues, el fruto muestra el cultivo de un árbol. Un árbol se conoce por sus frutos. Jesús pretende señalar a sus discípulos el auténtico camino de discernimiento para seguirle: el camino de servicio y sacrificio, firmeza y despojo total. Nada de apegos materiales, abrir el corazón y trabajar en la misión encomendada. Por eso les hace sabiamente la pregunta: ¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? Creo que somos ciegos; ciegos que pueden ver, pero no miran.

Si precisamos, evidenciamos que son abundantes las enseñanzas de reflexión descubiertas en este ambiente habitual: el fruto muestra el cultivo de un árbol. Pueden ver, pero no miran, se salvaguardan en la ceguera, la ceguera del corazón que es producida por el pecado y por la dureza de nuestros juicios hacia los demás. Están ciegos y se ayudan mutuamente, por eso esta escena habitual en nosotros: el árbol y sus frutos.

En la Biblia leemos con frecuencia: el árbol y su fruto en el relato del evangelio vale como amonestación sobre los líderes, incluidos los líderes religiosos. ¿Qué mensaje enseñan? ¿Cómo reflejan sus acciones lo que dicen creer? ¿Existe coherencia? Esta narración, sin embargo, también sirve como examen de conciencia personal. Así como el fruto de un árbol revela su naturaleza, y la salud de tal fruto da evidencia de la vitalidad del árbol, el fruto de nuestras vidas ofrece evidencia de quiénes somos:

“No hay árbol bueno que pueda dar fruto malo, ni árbol malo que pueda dar fruto bueno. Cada árbol se conoce por su fruto: no se cosechan higos de los espinos, ni se recogen uvas de las zarzas. El hombre bueno dice cosas buenas porque el bien está en su corazón, y el hombre malo dice cosas malas porque el mal está en su corazón. Pues de lo que abunda en su corazón habla su boca” (Lc 6,43-45).

Esta es una de las mejores comparaciones de Jesús, en imágenes y sentencias. Cada una proporcionaría para reflexionar sobre ella: podemos comenzar por considerar lo que dicen nuestras palabras y acciones sobre nosotros y sobre el Dios que habita en nosotros. ¿Se expresa el fruto de nuestras vidas en el cuidado de otros o en egoísmo? ¿Estamos produciendo palabras y acciones que comunican generosidad, o emiten un mensaje que promueve

la codicia? ¿Estamos trabajando por la justicia para los marginados o alienan aún más nuestras palabras y acciones a quienes ya se sienten excluidos? ¿Comunicamos suavidad y paz, o hablan nuestras vidas del caos? ¿Qué tipo de frutos producimos?

Agustín de Hipona comenta que el árbol se conoce por sus frutos. No alabes a nadie antes de que razone, esto es un escenario preciso en los seres humanos, pues podemos tropezar sorpresas desapacibles:

“Se agita la criba y queda el desecho,
así el desperdicio del hombre cuando es examinado;
el horno prueba la vasija del alfarero,
el hombre se prueba en su razonar;
el fruto muestra el cultivo de un árbol,
la palabra la mentalidad del hombre;
no alabes a nadie antes de que razone,
porque ésa es la prueba del hombre” (Eclo 27,4-7).

De esta manera, nosotros somos como los árboles. Sin duda, la pregunta es si producimos frutos útiles, sabrosos, provechosos para Dios y para los demás. ¿Los hermanos vienen a confortarse y alimentarse de nosotros? ¿Se dirigen a nosotros cuando necesitan un consejo, una ayuda y un servicio?

Quisiera introducir este artículo: Un árbol se conoce por sus frutos. Sí, un buen árbol solo puede dar frutos buenos; un árbol malo solo puede dar frutos malos. El Jesús dijo, “toda planta que mi Padre celestial no haya plantado, será desarraigada”. No puedes juzgar algo verdaderamente que nunca hayas saboreado, es por eso que un árbol se juzga por el fruto que proporciona. Jesús acostumbraba a utilizar el ejemplo de un árbol como algo paralelo a los seres humanos.

Con este pasaje bíblico, Lucas describe toda una realidad de vida renovada: cada árbol se conoce por sus frutos. Los frutos del árbol que es la familia, son los niños y los jóvenes. Son frutos buenos cuando el árbol tiene buenas raíces –que son los abuelos– y un buen tronco –que son los padres.

Expresaba Jesús que todo árbol bueno da frutos buenos y todo árbol malo da frutos malos. La gran familia humana es como un bosque, donde los árboles buenos aportan solidaridad, comunión, confianza, apoyo, seguridad, sobriedad feliz, amistad. La presencia de las familias numerosas es una esperanza para la sociedad.

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: ¿Hermano, déjame que te saque la mota del ojo, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano. No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca” (Lc 6,39-45).

TIEMPO DE REFLEXIÓN

- Siguiendo la narración de la parábola ¿estás de acuerdo en que la fuerza se descubre en lo que evoca dentro de nosotros y no simplemente en lo que significa?
- El Salmo 1 contiene una imagen del árbol plantado cerca de las corrientes de agua. ¿Qué otras imágenes puedes pensar para comunicar cómo la naturaleza nos puede enseñar a vivir?
- Simplemente en una reflexión a conciencia ¿De qué modos la parábola del árbol conocido por sus frutos te ayuda a considerar lo que significa ser una persona buena?
- De acuerdo con la narración y en una escala de discernimiento ¿Cómo contarías el fruto que produce tu vida en este momento?

Los mensajes de Jesús nos recuerdan que la verdadera vida íntegra demanda una transformación interior, el tipo de transformación que Él promete cuando sus palabras continúan hablándonos hoy. Un árbol puede gozar todo tipo de condiciones externas ideales: lluvias moderadas, mucha luz de sol y buenas temperaturas. Pero si no se alimenta de los ricos nutrientes del suelo, no dará fruto.

En este apartado, Un árbol se conoce por sus frutos, compartiré ocho aspectos primordiales que nos ayudarán a valorar el fruto de nuestras vidas, el fruto muestra el cultivo de un árbol:

1. ¿Puede un ciego guiar a otro ciego?
2. La paja en el ojo ajeno.
3. El apelativo hipócrita.
4. El árbol y sus frutos.
5. Quien juzga se equivoca.
6. Entender es juzgar.

7. ¡No juzgues! Cada uno tiene una historia.
8. La ceguera del corazón.

Cristo, es la luz del mundo. Se trata de la luz verdadera que iluminará el camino de nuestra vida para alcanzar la salvación eterna. Pero cuando los hombres nos empeñamos en ver la “luz” con gafas de madera o simplemente no la aceptamos por soberbia, a Cristo no le queda otra más que respetar nuestra libertad. El fruto muestra el cultivo de un árbol.

1. ¿PUEDE UN CIEGO GUIAR A OTRO CIEGO?

Es innegable que un ciego no puede guiar a otro ciego. Creemos conocer o saberlo todo, pero estamos encerrados en nuestras costumbres, vicios, tradiciones y leyes.

Jesús les hizo también esta comparación: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en un pozo? El discípulo no es superior al maestro; cuando el discípulo llegue a ser perfecto, será como su maestro.

Jesús pretende recalcar que un discípulo no puede ser ciego, sino que debe ver bien, es decir, debe poseer el conocimiento para acompañar con sabiduría. De lo contrario, corre el peligro de lesionar a las personas que dependen de él. Así, Jesús llama la atención de aquellos que tienen responsabilidades de enseñanza o de mando: los que acompañan en su aprendizaje, los pastores de almas, las autoridades públicas, los legisladores, los padres, exhortándoles a que sean conscientes de su delicado papel y a discernir siempre el camino acertado para conducir a las personas.

Es cierto que Jesús toma prestada una expresión sapiencial, para indicarse como modelo de maestro y guía a seguir: “No está

el discípulo por encima del maestro. Todo el que esté bien formado será como su maestro”. Es una invitación a seguir su ejemplo y su enseñanza para ser guías seguros y sabios. Y esta enseñanza está encerrada, sobre todo, en el Sermón de la Montaña que enseña la actitud de mansedumbre y de misericordia para ser personas sinceras, humildes y justas.

Quiere Jesús que su discípulo sea capaz de orientar a otros por el auténtico camino de vida y salvación, no hacia sí mismo. El punto de referencia, el centro, es siempre Jesús, que es camino verdad y vida (Jn 14,6). Quien pierde esa referencia queda ciego: no reconoce a Jesús, no comparte su visión.

No obstante, Jesús llama a los fariseos “guías ciegos” porque no ven: no reconocen la intervención salvadora de Dios que se está dando a través de Jesús. Ellos están inquietos de sí Jesús cumple o no la ley, de si respeta el sábado o no. Les incomoda que Jesús cure en sábado; no les interesa el bien que Jesús está haciendo a las personas que han asistido a Él.

Con las acciones de Jesús, Dios presenta su misericordia hacia personas despreciadas y marginadas, a las que levanta de su miseria y devuelve su dignidad de hijos de Dios. Los fariseos están dentro de un pozo. Sólo ven su propio proyecto de presunta perfección, aquella que los hace llamarse a sí mismos “separados”, que es lo que significa “fariseos”.

2. LA PAJA EN EL OJO AJENO

Mediante esta imagen, la paja en el ojo ajeno, quiero proyectar un criterio de discernimiento, una lección de prudencia sobrenatural. Para juzgar a un hombre, un movimiento, una doctrina, no debemos dejarnos llevar por sus apariencias o sus declaraciones.

No debemos fijarnos en sus palabras, sino hemos de mirar sus obras y sus realizaciones.

Jesús percibe en sus discípulos la tentación del fariseísmo, por eso advierte contra la actitud de quien juzga al hermano por hechos minúsculos y, en cambio, no ve la gravedad de su propia conducta egoísta. Sacarse la viga del ojo significa examinarse constantemente, evaluar la propia conducta, reconocer los propios pecados y pedir perdón.

¿Por qué miras la viga que hay en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: ¿hermano, deja que te saque la paja de tu ojo, tú, que no ves la viga que tienes en el tuyo? ¡Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano!

En el pasaje bíblico encontramos otra frase significativa, que nos exhorta a no ser presuntuosos e hipócritas. Escribe así: “¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?”. Muchas veces, lo sabemos, es más fácil o más cómodo percibir y condenar los defectos y los pecados de los demás, sin darnos cuenta de los nuestros con la misma claridad. Siempre escondemos nuestros defectos, también a nosotros mismos; en cambio, es fácil ver los defectos de los demás.

La tentación es ser indulgente con uno mismo –manga ancha con uno mismo– y duro con los demás. Siempre es útil ayudar a otros con consejos sabios, pero mientras observamos y corregimos los defectos de nuestro prójimo, también debemos ser conscientes de que tenemos defectos. Si creo que no los tengo, no puedo condenar o corregir a los demás. Todos tenemos defectos: todos. Debemos ser conscientes de ello y, antes de condenar a los otros, mirar dentro de nosotros mismos. Así, podemos actuar de manera creíble, con humildad, dando testimonio de la caridad.

¿Cómo podemos entender si nuestro ojo está libre o si está obstaculizado por una viga? De nuevo es Jesús quien nos lo dice: “No hay árbol bueno que dé fruto malo y, a la inversa, no hay árbol malo que dé fruto bueno. Cada árbol se conoce por su fruto”. El fruto son las acciones, pero también las palabras. La calidad del árbol también se conoce de las palabras.

Ciertamente, quien es bueno saca de su corazón y de su boca el bien y quien es malo saca el mal, practicando el ejercicio más dañino entre nosotros, que es la murmuración, el chismorreo, hablar mal de los demás. Esto destruye; destruye la familia, destruye la escuela, destruye el lugar de trabajo, destruye el vecindario. Por la lengua empiezan las guerras. Pensemos un poco en esta enseñanza de Jesús y preguntémosnos: ¿Hablo mal de los demás? ¿Trato siempre de ensuciar a los demás? ¿Es más fácil para mí ver los defectos de otras personas que los míos? Y tratemos de corregirnos al menos un poco: nos hará bien a todos.

3. EL APELATIVO HIPÓCRITA

Con este apelativo hipócrita que Jesús da varias veces a los doctores de la ley en realidad es dirigido a cualquiera, porque quien juzga lo hace en seguida, mientras que Dios para juzgar se toma su tiempo. El único que juzga es Dios y a los que Dios da la potestad de hacerlo.

Jesús, delante del Padre, ¡nunca acusa! Al contrario: ¡defiende! Es el primer Paráclito. Después nos envía el segundo, que es el Espíritu Santo. Él es defensor: está delante del Padre para defendernos de las acusaciones. ¿Y quién es el acusador? En la Biblia se llama acusador al demonio, satanás. Jesús nos juzgará, sí: al final de los tiempos, pero mientras tanto intercede, defiende.

Jesús nos dice: “No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados; den y se les dará”. Qué interesante todas estas frases que sintetizan todo un estilo de vida, un estilo de vida que después Él completa diciendo: “el discípulo no es superior al maestro, no miren la paja del ojo ajeno si hay una viga en el tuyo”, sino buscar de ser comprensivo, de ser atento, de no vivir con los ojos cerrados como un ciego –Él dice– que quiere conducir a otros ciegos. Por eso, toda la vida del cristiano tiene que tener una mirada desde la caridad, desde el amor; la vida del cristiano tiene que ser siempre una ayuda permanente al que está a nuestro lado.

No obstante, el juicio, a veces, rompe relaciones y quiebra todo lo que puede ser la alegría de la vida. No es que no tengamos que juzgar el mal y condenar el mal, pero tenemos que salvar a la persona y ayudar a la persona a salir del mal; no es que tengamos que darlo todo sin pensar en qué, sino que tenemos que ser generosos en el dar porque como Él dice: “Den y se les dará” dar amor y recibiremos amor, dar gestos de solidaridad y seremos alegrados por la solidaridad de los demás, dar perdón y recibiremos el perdón y viviremos en paz.

No somos mejores que los demás y, por lo tanto, no somos los llamados a juzgar a nuestros hermanos: “Tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo” (St 4,12). Ponernos en la situación real de los otros y escucharlos con atención, sin juzgarlos, ayuda a que las relaciones sean constructivas y liberadoras. Conviene recordar que es fácil caer en la tentación de la crítica feroz y demoledora cuando no se sabe ni se conoce la situación por la que está pasando la persona que tenemos al frente.

4. EL ÁRBOL Y SUS FRUTOS

El árbol y sus frutos. Sí, el fruto muestra la siembra de un árbol. Con este pasaje bíblico de Lucas, que representa toda una realidad de vida renovada: Cada árbol se conoce por sus frutos. Esta narración es el primer ejemplo a seguir como auténticos cristianos y líderes innovadores en el mundo, pues, el fruto muestra el cultivo de un árbol. Todo árbol se conoce por sus frutos.

Sabemos que en el innovado mundo de las estructuras hay disímiles tipos de líderes. Viven aquellos que agrupan en sí mismos toda la autoridad y no consienten que nadie batalle sus decisiones; otros, en cambio, encomiendan compromisos, dejan a sus subordinados un gran espacio de autonomía y solo intervienen cuando algo verdaderamente no marcha. Hay líderes que dan una gran participación a sus participantes en las decisiones, logrando así más convicción a la hora de realizar lo decidido entre todos.

Otros buscan asegurar el cumplimiento de las tareas a través de negociaciones e intercambios de beneficios entre el líder y sus seguidores. Detrás de todo liderazgo debe haber, o tendría que haber, una visión: la meta, los propósitos, los objetivos, aquello que la organización quiere llegar a HACER y lo que quiere llegar a SER. Cuando un líder tiene una visión atrayente, motivadora y logra que sus seguidores la compartan con entusiasmo, es posible que el emprendimiento, del tipo que sea, produzca buenos frutos.

Jesús de Nazaret surgió como un líder al que sus doce discípulos siguieron con una gran adhesión, fidelidad y lealtad. Los primeros, cuatro pescadores, salieron tras de Él en cuanto les dijo "sígueme". Dejaron todo atrás para seguirlo. Pasado ese primer momento de entusiasmo y ya completado el grupo de los Doce, los discípulos emprendieron su aprendizaje en el seguimiento de Jesús.

Los Doce discípulos habitaban siempre con Él. Lo acompañaban a todas partes. Presenciaban sus acciones: curación de enfermos, expulsión de demonios; escuchaban su predicación: sus parábolas, sus discursos, sus dichos cortos e incisivos. Todo eso fue quedando grabado en su corazón. Los evangelios pueden darnos la impresión de que Jesús decía las cosas una sola vez; sin embargo, es más que probable que repitiera sus enseñanzas ante diferentes audiencias. De este modo los discípulos, escuchando una y otra vez, fueron memorizando el mensaje del Maestro.

Jesús como buen líder no buscó plasmar un círculo de amigos, atentos y curiosos, que lo siguieran a todas partes, ansiosos de innovaciones. Jesús llamó a los Doce para participar en un proyecto, el más formidable y desmesurado que pueda haberse presentado jamás: el proyecto de amor y de salvación de Dios, la reconciliación en Dios de toda la humanidad y de “servir y a dar la vida”.

Jesús llamó a sus discípulos “para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). Como parte de su formación, los enviaba en misión, de dos en dos, a pueblos y aldeas. Llegará el día en que Jesús, ya resucitado, los enviará a anunciar el evangelio a todas las naciones de la Tierra.

En su camino con Jesús, los discípulos fueron creciendo. Fueron depurando expectativas erradas, para comprender y asumir la visión de Jesús. Les costó abandonar la tentación del poder, pero entraron en el camino del servicio, para llegar un día, como el Maestro, “a servir y a dar la vida”. Aprendieron a formar comunidades de seguidores de Jesús, donde cada uno podía encontrar su dignidad de hijo de Dios y participar también en la misión.

5. QUIEN JUZGA SE EQUIVOCA

Es indiscutible que quien juzga se equivoca sencillamente porque toma un lugar que no es suyo. Pero no solo se equivoca, también se confunde. Está tan obsesionado con lo que quiere juzgar de esa persona (¡tan obsesionado!) que esa idea no le deja dormir. Y no se da cuenta de la viga que él tiene. Es un fantasioso. Y quien juzga se convierte en un derrotado, termina mal, porque la misma medida será usada para juzgarle a él. El juez que se equivoca de sitio porque toma el lugar de Dios termina en una derrota. ¿Y cuál es la derrota? La de ser juzgado con la medida con la que él juzga.

Quien juzga se equivoca, por eso es significativo saber con precisión la libertad que conlleva conocerse a uno mismo, para no caer en el juzgar. Porque se dice que el árbol bien cultivado se conoce por sus frutos, y el corazón del hombre por la expresión de sus pensamientos.

En el camino de conocerse a uno mismo, es sustancial ser consciente de cómo y por qué reaccionamos ante varios estímulos. Para ello, cuando la ira aflora y se instala en nuestro cuerpo, por ejemplo, será necesario quedarnos observando, sin juzgar y sin entrar en confrontación con esta sensación.

Tres son las palabras fundamentales que son claves para este momento del conocerse a uno mismo y no juzgar al Otro. Si quieres conocerte, observa la conducta de los demás; si quieres conocer a los demás, mira en tu propio corazón:

1. **El conocerse:** darse cuenta lo difícil de conocerse a uno mismo. Darse cuenta de que uno este ciego en muchas cosas, darse cuenta de las vigas que uno tiene en el propio ojo. Algunos llamarían a estas vigas: los prejuicios que uno tiene, los sesgos y los condicionamientos que uno tiene, darse cuenta que estamos ciegos.

No obstante, para ser libre es ineludible conocerse a uno mismo, y no me refiero a nombre y apellidos, a qué me gusta desayunar o a qué es lo que deseo o no hacer. Más bien, me refiero a esas partes que tanto nos cuesta mirar y que tanto nos duelen cuando los demás cometen la osadía de señalárnoslas.

Pregunta sincera ¿Qué es eso que tanto daño nos hace? ¿A qué nos resistimos? A la envidia, a la soberbia o a la cobardía. Estas son cualidades que todo ser humano posee, que algunos niegan y que otros muchos rechazan.

De esta manera, girar la cara ante lo que forma parte de nosotros no evitará que siga estando allí. Conocerse a uno mismo no es fácil, pero tampoco imposible.

Conócete a ti mismo (Nosce te ipsum, tal y como ponía en el Santuario de Apolo en Delfos) y conocerás todo el Universo y a los dioses. Conocerás tus luces y tus sombras.

El conocerse uno mismo es el asiento para desdoblarse todo el potencial humano que transportamos dentro de nuestro ser. Todos somos diferentes, no obstante, todos tenemos la capacidad de dar al mundo algo que los demás no pueden. Conócete a ti mismo y descubrirás qué es.

Por último, Galileo Galilei decía que, la mayor sabiduría que existe es conocerse a uno mismo.

2. **Corregirse:** Jesús dice saca primero la viga de tu ojo, no solo darme cuenta de que tengo condicionamientos, prejuicios o sesgos. Es el propósito real de vencer estas limitaciones. Conocerse y corregirse, examinemos la riqueza que hay en estas dos palabras, en estos dos llamados de Jesús. Si uno empieza por darse cuenta de cuantas cosas ignora de inmediato obra con mayor sencillez, con mayor humildad, o si uno se da cuenta de prejuicios que tiene puede combatirlo más eficazmente.

3. Conocer a los demás: es en la idea de los frutos, el árbol se conoce por sus frutos, lo que hay en el corazón se conoce por lo que abunda en la boca. Estas enseñanzas son de vida, cosas útiles en nuestras vidas.

Distinguimos a veces que se nos dice que juzgamos muy a la ligera las conductas de los demás, creamos juicios de valor, y podemos ser muy injustos, por juzgar con precipitación, o por no saber o ignorar los motivos y las razones por las que esa persona actúa como lo hace.

Así es la vida: el árbol sus frutos, es necesidad asumir un discernimiento, delicadeza y prudencia para no entristecer al otro y no juzgar a equivocarnos, pues, “entonces por qué me juzgas si no sabes nada, no sabes nada, entonces por qué me juzgas, si no sabes nada”.

Quiero describir seis ejemplos significativos para que antes de juzgar reflexiones y recordemos que Jesús nos enseña que la Misericordia de Dios es más fuerte que la dureza del pecado:

- Cuando estés solo, cuida tus pensamientos.
- Cuando estés con amigos, cuida tu lengua.
- Cuando estés enojado, cuida tu temperamento.
- Cuando estés con un grupo, cuida tu comportamiento.
- Cuando estés en problemas, cuida tus emociones.
- Cuando empiezas a tener éxito, cuida tu ego.

Nuestro Dios es un Dios de tremenda misericordia. Ya lo dice el mismo Cristo en el pasaje antes leído: ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? Él vino para que el hombre tenga vida Eterna en Él. Él nos enseña el camino. De nuestra parte está el hacerle caso o no.

6. ENTENDER ES JUZGAR

En el evangelio de Juan 8,1-11 Jesús dice que, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Sabemos que en nuestra sociedad nos pasamos el día juzgando a los demás. Desde la religión que practica, la política que sigue, el club al que pertenece, la moda que sigue...Y lo que es peor, juzgamos sus actos. No nos damos cuenta, que la mayoría de veces, lo que hacemos, es proyectarnos. Vemos en el otro nuestros propios defectos.

Lastimosamente, nuestros hermanos, juzgan más por los ojos que por la inteligencia, pues, todos pueden ver, pero pocos vislumbran lo que ven. Si nosotros somos tan dados a juzgar a los demás, es debido a que tiritamos por nosotros mismos. Sin duda que es mucho más dificultoso juzgarse uno mismo que juzgar a los demás y si logras juzgarte discretamente serás un verdadero sabio.

Para san Agustín, es bien sabido que, no tengo derecho a juzgar la vida de los otros. Sólo debo juzgarme a mí mismo y elegir o rechazar en función de mi persona. Pronto se arrepiente el que juzga apresuradamente. Cuando más se juzga, menos se ama. El que se erige en juez de la verdad y el conocimiento es desalentado por las carcajadas de los dioses.

De acuerdo con mi dictamen no se debe juzgar a nadie; y menos sin conocer los porqués. Los motivos casi siempre nos absuelven. Todos actuamos siempre por alguna razón, por algún motivo, y muchas veces loable.

El vislumbrar esos impulsos, meterse en la piel del otro, la capacidad de empatía no hacer ser más desprendidos y flexibles a la hora de juzgar a los demás. Introducirse en la piel del otro es embarazoso, pero nos humaniza. Y, nos vuelve más condescendientes y comprensivos a la hora de juzgar. “No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados. Porque con el mismo juicio que juzgareis ha-

béis de ser juzgados, y con la misma medida que midiereis, seréis medidos vosotros” (Mt 7,1-2).

7. ¡NO JUZGUES! CADA UNO TIENE UNA HISTORIA

La invitación de Jesús es a ver a los demás con ojos limpios. El aceptarlos tal cual son, con sus discrepancias legítimas. Es más, nos invita a mirarlos con los ojos que Él los mira: ojos misericordiosos, ojos amorosos.

¡No Juzgues! cada uno tiene una historia. Qué sensible resonar que, antes de juzgar al otro comprometerse mirarnos a nosotros mismos. Somos comprometidos de nuestras fallas, y son estos los que convenimos amonestar. Al otro lo ayudaremos con nuestra comprensión, no con nuestros juicios severos.

Esta metáfora ¡No Juzgues! representa que a veces caminamos parte de nuestra vida juzgando a los demás y juzgándonos a nosotros mismos.

En situaciones, las personas que más juzgamos a otros es porque en realidad somos muy duros y exigentes con nosotros mismos.

¡No Juzgues!

“Un joven de 24 años viendo a través de la ventana del tren gritó: ¡Papá, mira los árboles como van quedando detrás! El Padre sonrió y una pareja de jóvenes sentados cerca, miró al joven de 24 años con conducta infantil y murmuraron que ya era mayor como para andar diciendo eso. De pronto, otra vez exclamó: ¡Papá, mira las nubes están corriendo con nosotros! La pareja no pudo resistirse y le dijo al Padre: ¿Por qué no llevas a tu hijo a un buen médico? El Padre sonrió y dijo: Ya lo hice y precisamente venimos del hospital, mi hijo era ciego

de nacimiento, y hoy por primera vez puede ver. La pareja de jóvenes quiso tragarse lo que habían dicho”.

Moraleja

- Cada persona en el planeta tiene una historia.
- No juzgues a la gente antes de que realmente los conozcas. La verdad puede sorprenderte.
- La verdad es que cuando miramos a los demás, sólo buscamos las deficiencias.
- No Juzgues, “tú no sabes la tormenta que esa persona ha tenido que atravesar en su momento de prueba” (Rm 2,1).
- ¿Cuáles son los conflictos más frecuentes en nuestra familia? ¿Y en nuestra comunidad? ¿Es fácil la reconciliación en familia y en comunidad? ¿Sí o no? ¿Por qué?
- ¿De qué manera los consejos de Jesús pueden ayudar a mejorar la relación dentro de nuestra familia y de la comunidad?
- El culto perfecto que Dios quiere “Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

Para poder ser aceptado por Dios y estar unido a Él, es preciso estar reconciliado con el hermano. Antes de la destrucción del Templo del año 70, cuando los cristianos han participado a las peregrinaciones a Jerusalén para hacer sus ofertas al altar del Templo, recordaban siempre la frase de Jesús. Ahora en los años 80, en el momento en que Mateo escribe, el Templo y el Altar ya no existían. La comunidad pasó a ser el Templo y el Altar de Dios (1Co 3,16).

Es lamentable que nos pasamos parte del día entero juzgando, calificando o criticando a nuestros semejantes, hijos, amigos, familiares, políticos, jefes, famosos, ricos y pobres. Y al juzgar parece que nos elevamos por encima de todos ellos, entonando el típico “PORQUE YO NO SOY ASÍ”.

8. LA CEGUERA DEL CORAZÓN

Hay muchas clases de ceguera. Está la clásica la del bastón y las gafas oscuras. Pero hay otras muchas cegueras ocultas, camufladas, difícilmente identificables, sobre estas nos llama la atención el texto bíblico de Lucas: “la ceguera del corazón”.

Hay mucha gente que ve, sí, pero se queda en la superficie de las cosas, no llega a descubrir que hay otras luces: la de comprender lo que hay en el fondo de cada mirada, la de reconocer los propios errores, la del amor, la de la fe.

La ceguera del corazón es producida por el pecado y por la dureza de nuestros juicios hacia los demás. Con Cristo, la ceguera se puede superar. Él puede hacer el milagro de volver la vista al ciego, por ejemplo. Cristo puede hacer el milagro de acabar con la ceguera de nuestro corazón ocasionado por el rencor, la desesperación, las envidias, así como de nuestros pensamientos negativos que incluso nos hacen tomar decisiones a base de presunciones erróneas y llevarnos a malas acciones de las cuales luego nos estamos arrepintiendo. Cuando hay ceguera de corazón se suelen tomar malas decisiones.

Cristo viene a librar de la ceguera de la noche. “Yo soy la luz del mundo”. Limpia el ciego de nacimiento los ojos del cuerpo, para que vea; y hasta le abre los del alma, para que crea. Y quiere que sus seguidores pasemos decididamente de la muerte a la vida,

de las tinieblas a la luz. Más aún: que acabemos convirtiéndonos en luz. “En otro tiempo eres tiniebla, ahora sois luz en el Señor. Caminamos como hijos de la luz”.

Nuestras acciones son el resultado de nuestras decisiones. Como seres libres decidimos lo que queremos hacer y lo hacemos o no lo hacemos. ¡Qué hermoso sería si se nos conociera por nuestros frutos de bondad, resultado de nuestras buenas decisiones en la vida! A nivel familiar, en la convivencia diaria, ¡cuántas oportunidades de ejercitarnos en la bondad! Incluso cuando tengamos que expresar algún desacuerdo, ¡qué diferencia hay cuando se hace con bondad y no con enojo! Lo mismo en el trabajo o en la escuela.

Es claro que logramos ver signos evidentes de la presencia de Dios y no aceptarlos porque somos más ciegos que el ciego de nacimiento:

La curación del ciego de nacimiento.

“En aquel tiempo Jesús vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Él fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba para mendigar? Unos decían: Es él. No, decían otros, sino que es uno que se le parece. Pero él decía: Soy yo. Lo llevan don-de los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista. Él les dijo: Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo. Algunos fariseos decían: Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros decían: Pero, ¿cómo puede un pecador realizar

semejantes señales? Y había disensión entre ellos. Entonces le dicen otra vez al ciego: ¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos? Él respondió: Que es un profeta. Y dijo Jesús: Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: ¿Es que también nosotros somos ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: Vemos vuestro pecado permanece” (Jn 9,1-12).

- Cristo es la luz del mundo. Se trata de la luz verdadera que iluminará el camino de nuestra vida para alcanzar la salvación eterna. Pero cuando los hombres nos empeñamos en ver la “luz” con gafas de madera o simplemente no la aceptamos por soberbia, a Cristo no le queda otra más que respetar nuestra libertad.
- Los fariseos vieron al ciego de nacimiento muchas veces antes de que fuese curado, pues si era mendigo lo más seguro es que estuviese a la puerta del templo. Pero, ¿por qué ahora le echan en cara de que es un farsante? ¿Por qué ahora no ven el milagro venido de Dios por ser realizado en sábado? Por soberbia y orgullo, por no considerarse como lo que realmente son, simples cables cuya función es la de transmitir la palabra de Dios.
- A nosotros también nos puede entrar el pecado de la soberbia si no estamos atentos. Podemos ver signos evidentes de la presencia de Dios, de su amor en nuestra vida y no aceptarlos porque somos más ciegos que el ciego de nacimiento.
- Por eso, hay que estar abiertos a la luz de la verdad que es Cristo y no cegarnos en nuestra soberbia. Aceptar a Cristo, aceptar su amistad y su amor, aceptar la verdad de sus palabras y creer

en sus promesas; reconocer que su enseñanza nos conducirá a la felicidad y, finalmente, a la vida eterna.

Concluamos con esta alabanza de Agustín de Hipona, pues, quien está lejos de Dios de la misma manera está lejos de sí mismo, alienado de sí mismo, y sólo puede encontrarse a sí mismo si se encuentra con Dios. De este modo logra llegar a su verdadero yo, su verdadera identidad.

El deseo de Dios

(Conf. 1,5,5).

Oh Señor, ¿cómo podría yo descansar en ti?,

¿cómo podría conseguir que vengas a mi

corazón y lo embriagues;

para que me olvide de todos mis males

y me abrace a ti, mi único Bien?

¿Qué eres tú para mí?

No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti,

para que me mandes que te amé, y, si no lo hago,

te disgustes conmigo

y me amenaces con grandes desgracias?

¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte?

¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime:

¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: Yo soy tu salvación.

Pero, ¡díselo de modo que yo lo oiga!

Señor, ahí tienes, delante de ti,

los oídos de mi corazón.

Ábrelos y dile a mi alma:

Yo soy tu salvación.

Entonces yo saldré disparado tras esa voz

y te daré alcance.

¡No me escondas tu rostro!

¡Muera yo para que no muera mi alma

y pueda así verte!

Amén.

BARRO EN MANOS DEL ALFARERO

*“Somos de barro y no de piedra,
creados para hacer el amor y no la guerra”.
Nach.*

AMBIENTACIÓN

Agustín de Hipona, dice: “Dios da forma a nuestras vidas con amor”. El profeta Isaías al expresar que somos barro en manos del alfarero, dice: “Yo soy la arcilla, tú el alfarero, somos todos obra de tus manos” (Is 64,8). Al buscar el significado de las palabras del profeta encontramos que un alfarero es una persona que toma la arcilla y la convierte en cerámica. La arcilla húmeda se convierte en un torno cuando el alfarero la moldea en lo que quiera. Una vez terminada, la creación del alfarero se cuece en un horno, lo que endurece la arcilla. En la analogía, Dios es el alfarero y nosotros somos barro en manos del alfarero.

Con estas palabras barro en las manos del Alfarero hay una canción llena de amor y entrega al Señor así es, vaso nuevo. A ritmo de delicados instrumentos las melodías se elevan al Cielo para alabar al Señor y decirle cuánto le amamos y pedirle perdón por cualquier error o pecado cometido, si tan malo es, que nos vuelva a formar con sus manos de alfarero.

A través de vaso nuevo se hace una declaración significativa. Y es que amamos al Señor y si en algo le hemos fallado, le pedimos perdón y le suplicamos que nos guíe por el camino del bien, en una buena vida, la vida de la paz, el gozo y la tranquilidad. Con estas letras se le puede anunciar esto y dejar en Él cada una de nuestras vidas:

“Yo quiero ser, Señor, amado como un vaso en manos del alfarero. Toma mi vida, hazla de nuevo, yo quiero ser un vaso nuevo”.

“Yo soy la arcilla, tú el alfarero. Somos la arcilla de una vasija”.

Dios, el alfarero, estudia la arcilla y descubre sus virtualidades y los defectos. Con cuidado modela los detalles de cada ser humano y lo introducirá en el horno de la plegaria. Si no lo introduce en el horno, si no lo introduce en la oración, nunca tomará resistencia.

Estamos constantemente hablando de la alfarería y del barro ¿Será que sé que son y para qué sirven? Se denomina alfarería al arte de crear utilizando materiales como barro cocido, a lo largo de la historia se han destacado con esta disciplina vasijas, platos, ollas, vasos, pucheros, entre otros objetos que se hacen mediante esta técnica.

Es casual que al considerar la alfarería como el arte de crear utilizando materiales como barro cocido, a lo largo de la historia se han destacado con esta disciplina vasijas, platos, ollas, vasos, pucheros, entre otros objetos que se hacen mediante esta técnica. No obstante, también se les llama alfarería a aquellos objetos elaborados con arcilla para luego ser cocidos una vez.

La arcilla o barro, es la masa que resulta de la mezcla de tierra y agua: si juegas en el barro te vas a ensuciar. Lodo que se forma en las calles cuando llueve: el barro que se juntó favorece los derrapes. Material arcilloso moldeable que se endurece por la cocción, utilizado en alfarería y cerámica: artesanías de barro.

Dios que todo lo hizo por amor, somos arcilla entre tus Manos, es como el alfarero que nos asiste, nos alisa y nos marca con sus herramientas que aprietan y cortan y liman - ¡eso es bien difícil! - Pero, Él lo hace por amor. Somos la obra de las manos de Dios a través de su Palabra:

“Ciertamente, es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Hb 4,12).

Como la arcilla es la obra de las manos de un alfarero, nosotros somos la obra de las manos de Dios. Por ejemplo, en su oración a Dios por Israel, Isaías confiesa que la nación es obra de la mano de Dios.

En las vidas nuestras pretendiéramos poder evitar todo lo que nos duele, todo lo que nos causa sentimiento de dolor. Pero son los procesos que hieren, los que nos pulen y los que dejan sus huellas en nosotros que más nos santifican, más nos embellecen, y más nos hacen útiles al Señor. Dejemos entonces que Él, como alfarero, haga lo que quiere y tiene que hacer en el barro de nuestras vidas.

El Apóstol Pablo representa que además de las “aficciones del tiempo presente no son comparables con la Gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rm 8,18).

A continuación, describamos el pasaje bíblico del profeta Jeremías para desglosar el artículo que lleva por nombre: Barro en manos del alfarero:

“Palabra del Señor que recibió Jeremías: Levántate y baja al taller del alfarero, y allí te comunicaré mi palabra. Bajé al taller del alfarero, que estaba trabajando en el torno. A veces, le salía mal una vasija de barro que estaba haciendo, y volvía a hacer otra vasija, según le parecía al alfarero. Entonces me vino la palabra del Señor: ¿Y no podré yo trataros a vosotros, casa de Israel, como este alfarero? -oráculo del Señor-. Mirad: como está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,1-6).

Moraleja

- El Apóstol Pablo, dice: “Llevamos ese tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra” (2Co 4,7).
- En Agustín de Hipona, dice: todo cristiano debe confiar su vida en las manos de Dios el cual, igual que el alfarero hace con el barro, le dará la forma que más conviene, estar en las manos de Jesús es un proceso que nos hace parecernos más a Él. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador!
- Será que estamos dispuestos a poner nuestras vidas en manos de Cristo. Él labra contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

En el artículo: Barro en manos del Alfarero, presentamos algunos aspectos básicos que son necesarios para vivirlos en vida y dar gratitud al Señor:

1. Jeremías: como el barro del alfarero.
2. Somos barro pulido.
3. El taller del alfarero.
4. De qué barro soy.
5. Tú y yo somos barro.
6. Sus manos nos forman.

Con el profeta Jeremías manifestamos unos pasajes bíblicos que valen de reflexión propia y revisión de vida para instantes efímeros: Antes de formarte en el vientre de tu madre, yo ya te conocía (1,5). Conozco bien los planes que tengo para ti, para darte un futuro de esperanza (29,11). Con amor eterno te he amado (31,3). Pondré mi ley dentro de ellos y la escribiré en sus corazones (31,33).

Hoy, estos mensajes aportan suficiente fuerza reveladora en las palabras del profeta Jeremías. La forma en que dócilmente el Señor dio perfil a la vida del profeta Jeremías nos recuerda que también puede dar forma a la nuestra.

1. JEREMÍAS: COMO EL BARRO DEL ALFARERO

El profeta Jeremías fue un hebreo, hijo del sacerdote Hilcías. Él fue el profeta que presencié algunos de los días más lúgubres de la iniquidad de Israel, pero a pesar de ello reconoció las manos habilidosas del Maestro alfarero, que moldeó su carácter y lo convirtió en una hermosa obra de arte. Los hechos de su vida nos recuerdan la necesidad de depositar toda nuestra vida, sin importar lo difícil que pueda ser, en las manos amorosas del Señor.

“La palabra del Señor vino a mí y me dijo: – Puse mis ojos en ti antes que nacieses. Te elegí antes de que comenzases a desarrollarte en el seno de tu madre. Te he destinado a ser mi profeta sobre los pueblos.

Entonces dije yo: – Señor, Dios mío, todavía soy demasiado joven. ¿Cómo voy a predicar? ¡No sé hablar!

Pero, el Señor me respondió: – ¡No digas: soy demasiado joven! Vete a donde Yo te envíe, y predica lo que Yo te mandé.

¡No temas! No podrán hacerte nada. Yo, el Señor, estaré contigo y te salvaré. Pongo mis palabras en tu boca. Diles a todos lo que voy a hacer”.

(Jr 1,3-10).

Jeremías cumpliendo lo que Dios le había dicho en su misión, invitaba al pueblo de Israel a cambiar de vida: “¿No puedo yo tratarlos a ustedes, casa de Israel, como ese alfarero? Oráculo del Señor. Sí, como la arcilla en la mano del alfarero, así están ustedes en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,6).

Jeremías fue instruido por Dios para que fuera a la casa de un alfarero donde Él pudiera ilustrar su relación con Israel. El profeta comunica una lección significativa que aprendió de Dios de una manera única. Pues, Dios le dijo a Jeremías que fuera a la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje significativo. Así que fue a la casa del alfarero. Cuando llegó a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una olla.

Mientras el alfarero trabajaba, Jeremías apreció que la olla no estaba tomando la forma que el alfarero quería que tuviera, así que el alfarero cambió la forma de la olla. Cuando la forma de la maceta cambió, el alfarero estaba contento con su creación porque al alfarero le gustaba más la nueva forma de la maceta que la antigua.

En aquel instante, Dios dijo a Jeremías: Aspiraba que vieras al alfarero rehacer la olla en otra forma. Tú, Jeremías, y todo el pueblo de Israel son como el barro en manos del alfarero, porque tú estás en mis manos. Te formaré y te haré como quiero que seas. Confía en mí, y déjame crearte como yo quiero que seas.

Dios igualmente estaba advirtiendo a Jeremías. Estaba diciendo que algunas veces la gente puede hacerse como ellos quieren ser en vez de permitir que Dios nos haga y nos moldee en el ca-

mino de Dios. El mensaje de Dios a Jeremías fue que siempre debemos confiar en Dios y permitir que Dios nos haga como Él quiere que seamos.

El camino vital del profeta Jeremías se describe desde Anatot, donde nació, cerca de Jerusalén, en el seno de una familia sacerdotal. Empezó su ministerio en el año 13 del rey Josías (627-626 a.C.) y conoció a sus sucesores en el trono hasta la caída del Reino de Judá (587 a.C.). Tuvo a su lado a Baruc, el amigo que le hizo de secretario, un escriba respetado de la Corte.

Su predicación o misión se encuadra en cuatro etapas, cada una con mensaje propio:

- En Jeremías 2-3, los primeros años debió de participar en la reforma de Josías.
- Durante el reinado de Joaquín, pronunció su discurso en la puerta del Templo, afirmando que la seguridad que ponían en él no tenía base, sino que, por el contrario, la voluntad divina exige el cumplimiento de los compromisos que pide la Alianza.
- Los años terribles: 597-587 a.C. En el 597 a.C. Nabucodonosor conquistó Jerusalén y deportó a lo mejor de la nación.
- La última etapa de su vida se desarrolla entre la destrucción de Jerusalén y su muerte.

El alfarero con todo su trabajo en nuestras vidas, nos está formando para ser instrumentos para honra, santificados, útiles al Señor, y dispuestos para toda buena obra (2Tm 2,21). A través de nosotros, sus vasos de barro, quiere mostrarle al mundo el tesoro de la Gloria de Dios, y la excelencia de su poder obrando en nosotros (2Co 4,6-7).

a. Vasos de barro

¿Quién guardaría un tesoro en un vaso de barro? Lo natural es que los tesoros se guarden en cajas fuertes, pero cuando se trata de Dios, siempre nos confronta con paradojas que nos hacen ver que sus caminos no son nuestros caminos.

El Apóstol Pablo establece que la voluntad de Dios fue colocar el ministerio del nuevo pacto en vasos de barro. Nos presenta un contraste entre el valor indescriptible del tesoro del evangelio, guardado en ministros, vasos frágiles, que se pueden romper. Pablo declara que el propósito divino del poder de Dios encuentra su demostración total en la debilidad humana.

Pablo describe este vaso de barro como el hombre exterior, (2Co 4,16), el cual es de naturaleza inferior, innoble, desechable (Lv 11,33), frágil y fácil de romper. El contraste entre el tesoro y el vaso de barro, apunta hacia la superioridad del tesoro y la inferioridad del vaso. La importancia del vaso radica en que esté limpio, vacío y disponible para el servicio del Señor. Este vaso de barro es sometido a pruebas y tribulaciones por causa del evangelio.

Pablo describe sus aflicciones, y muestra que ellas no lo han desanimado.

La segunda parte del v. 9 del capítulo 4, de la segunda carta a los Corintios, es el clímax de la lista de sufrimientos del apóstol, donde se presenta a sí mismo como derribado, pero no destruido. A pesar de todas esas aflicciones y de lo frágil que es, ese vaso de barro no está roto.

De meditación:

- Dios pone algo de sí en cada vaso. ¿Estás satisfecho con lo que tienes, cómo eres? ¿Eres un don para los demás, acogedora, tierna, comprensiva? ¿Das paz y unidad?

- Dios modeló cada vaso con ternura y amor, y puso estos sentimientos en las personas. ¿Los has convertido en comprensión, compasión, cariño y perdón hacia compañeros? ¿O te has dejado llevar por la autosuficiencia y el protagonismo?
- Todo vaso tiene su lugar, pero no todas están en la misma dependencia. ¿Has aceptado y estás contento con tu destino y el servicio que te han encomendado?
- Todo vaso está llamada a saciar la sed. ¿Has evangelizado compartiendo sus alegrías y sus penas? ¿Los has servido como servirías a Jesús?

b. El buen barro

El alfarero trabaja el barro en su torno, le da forma una y otra vez, ensaya, a la vez que le da forma también está jugando con el barro, lo toca, lo juega, lo moldea.

El barro, cada vez que tiene contacto con las manos del alfarero, que es sometido a la acción del torno, va tomando una consistencia más suave, más dócil, más pastoso, más consistente y hasta un poco brillante por los líquidos y minerales que contiene el barro.

El alfarero no usa cualquier material para hacer sus vasijas. El alfarero busca, selecciona el terreno de donde va a extraer el barro que necesita. Este barro tiene que contar con las características necesarias para que pueda ser seleccionado. Significa que el alfarero le va a poner manos sólo si reúne con estas condiciones, o por lo menos si tiene un mínimo de lo necesario para que él pueda trabajarla.

Caso contrario, el alfarero corre el riesgo de perder su tiempo, su paciencia y trabajo en algo que al final no le va a servir.

En muchas ocasiones nosotros hemos sido barro que nos hemos dejado moldear, que hemos pasado muchas veces por la acción del torno. Durante nuestra vida hemos pasado por varios

tornos, y por diferentes tipos de tornos, unos mejores que otros. Por ejemplo: tenemos el torno de la familia, es en la familia, donde desde que nacemos nos empiezan a dar los patrones de conducta, los valores morales, y los hábitos personales que debemos desarrollar en nuestra vida. El torno de la escuela, este torno nos moldea el conocimiento, nos dice lo que debemos o no, saber o aprender. El torno de los amigos. La vecindad, el torno de la sociedad y el torno de la cultura en la que vivimos.

c. Dios el alfarero

Dios es el alfarero que está buscando buen barro. Es Dios quien quiere que cada uno fuésemos como ese buen barro que, aunque somos una pieza imperfecta, estemos dispuestos a pasar por el proceso de perfeccionamiento sometiéndonos cuantas veces sea necesario a la acción del torno.

¿Cuándo hemos permitido que sea Dios el alfarero que moldee nuestro ser, nuestras vidas? ¿Alguna vez? ¿nunca? Probablemente sea esta última.

Si usted nunca se preocupó por saber quién es su alfarero, no se preocupe, ahora es tiempo de hacerlo. Dios está esperando con su torno listo. Solo falta que usted le dé la señal, que usted se lo pida, que usted se lo haga saber.

Dios quiere moldearla, modelarlo, como una de sus mejores piezas, como la mejor pieza de su colección. Revistámonos de humildad y permitamos que sea Dios nuestro propio alfarero.

2. SOMOS BARRO PULIDO

¡Qué difícil es ser barro! Ser rescatado y escogido, ser pensado y diseñado es maravilloso. Sólo el amor engendra la maravilla. Sólo el amor convierte en milagro el barro. Lo actual es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será. ¡Pero todo lo que sigue es tan duro! ¿A quién le gusta el proceso de ser preparado y amasado en pureza y santidad, y que cada rato le saquen las piedritas de pecado y las burbujitas de orgullo y de ira? ¿Quién se deleita en ser tirado en el torno, y asiduamente y con solidez ser centrado en la voluntad del alfarero? ¿Quién aspira sus manos fuertes sobre Él, a veces forzando hacia arriba y hacia afuera con situaciones dificultosas, y otras veces abatiendo y triturando el carácter y el proceder? ¿A quién le gusta la idea de que tenga que doblar la rodilla a los caracteres y las paradas y los giros de la rueda de la vida que el alfarero determine?

Al darnos cuenta que no es fácil tenerse la vasija lista y auscultar ¡Y aún la vasija no está lista! ¡Aún le falta trabajo! Hay que formar bien las paredes de la vasija, adelgazando y redondeando perfectamente el barro. Hay que elaborar bien los bordes superiores, para que queden delgados y simétricos.

Comienza el proceso lento de que hay que pinchar el barro por un lado para que se forme un pico. Por el otro lado, hay que hacer y pegar una oreja. Inmediatamente, cuando la vasija ya esté hecha como el alfarero la haya imaginado, se despega del torno con un hilo o con un alambre, y se pone a un lado para secar. Cuando haya secado por más o menos un día, hay que pulirla: con una herramienta de madera parecida a un cuchillo, el alfarero tiene que quitarle todo el exceso de barro que no permite que se asiente bien.

El desenlace llega el instante, cuando el barro esté medio seco, para adornar la vasija, usando otra herramienta filuda para hacer

las marcas y figuras anheladas. Más presión de las manos, pinchazos con los dedos, objetos punzantes, hilos y alambres, herramientas filudas.

Llegamos a estos instantes de reflexión:

- Cuántas veces no hemos sentido sus manos alrededor de nosotros, presionándonos para hacernos más simétricos y equilibrados.
- Cuántas veces no hemos sentido sus dedos pinchándonos, por un lado, pegándonos por el otro – apretando nuestra paciencia, añadiendo otro desafío.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nuestras vidas los hilos y los alambres de Dios que nos cortan y nos quitan de donde ya no debemos de estar.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nuestro carácter, sobre nuestras actitudes y nuestros comportamientos, los cuchillos de Dios que nos raspan y nos liman para que seamos más limpios y más pulidos.
- Cuántas veces no hemos sentido sobre nosotros las herramientas filudas que Dios usa para marcarnos, decorarnos y adornarnos con su gracia, su bondad y su amor.

Todo lo que nuestro alfarero hace con nosotros se siente fuertemente. Todo duele. Toda causa herida. Pero todo es necesario para que nosotros como vasijas de barro seamos elaborados, así como Él quiere.

3. EL TALLER DEL ALFARERO

El modo en que dócilmente el Señor dio forma a la vida del profeta Jeremías nos recuerda que asimismo puede proporcionar forma a la nuestra.

El texto bíblico de Jeremías Jr 18,1-6 apreciemos el lugar tan destacado que ocupa la Palabra de Dios en el mismo. Fue por Palabra de Dios que el profeta Jeremías fue a casa del alfarero. Una vez en el taller del alfarero recibió el mensaje de la Palabra de Dios, mensaje que luego comunicó a la casa de Israel.

Indudable que el profeta Jeremías es enviado a la casa de Israel, o al taller del alfarero, no a predicar un sermón, sino a recibir uno de parte de Dios, a través del alfarero en su taller, para que luego lo predicara al Pueblo, que está sediento de Dios. Jeremías obedece.

Con este afecto del alfarero, en su taller hay una misión para el pueblo de Israel en aquel tiempo, y en nuestro tiempo, pero en este momento pretendemos ocuparnos del alfarero y la descripción que se hace las tres vasijas de barro específicas que presenta en su taller. Pues, el alfarero trabajó con barro, y “formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn 2,7).

En el taller del alfarero hay una misión para el pueblo de Israel:

a. Primera vasija

En esta primera vasija de barro en el taller del alfarero, el profeta Jeremías percibió que la primera vasija se echó a perder. Es interesante notar que no fue por error de parte del alfarero, sino en la naturaleza del mismo barro. Esta primera vasija de barro, que hizo el Alfarero, o sea, el primer Adán, se echó a perder.

Desobedeciendo a Dios, pecó contra Él y se alejó de Dios. Pecó contra su espíritu, y éste murió, pues quedó separado de Dios. Pecó contra su alma, y ésta se corrompió en vicios y pecados. Pecó contra su cuerpo y éste enfermó hasta volver al polvo. Pecó contra su posteridad, pues “el pecado entró en el mundo por un hombre, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rm 5,12), “y están destituidos de la Gloria de Dios” (Rm 3,23).

Innegable que el profeta, también parte que el alfarero “hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla”. Esto es, esta segunda vasija, el alfarero la hizo mucho mejor. De igual modo, “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Ga 4,4), el alfarero volvió a batallar con el barro de la naturaleza humana, “y la virgen concibió, y dio a la luz un hijo, y le puso por nombre Emmanuel (Is 7,14), y “envió a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4,4).

b. Segunda vasija

Esta segunda vasija de barro en el taller del alfarero, -Adán- quedó perfecta, maravillosa. ¡Él es admirable! “Y el Verbo se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre Él Hijo único; en Él todo era don amoroso y verdad” (Jn 1,14). “Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2,9).

“Y, sin duda alguna, grande es el Misterio de la piedad: Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto de los Ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria” (1Tm 3,16).

“Fue sepultado junto a los malhechores y su tumba quedó junto a los ricos, a pesar de que nunca cometió una violencia ni nunca salió una mentira de su boca” (Is 53,9).

“A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él” (2Co 5,21).

“Así había de ser nuestro Sumo Sacerdote: santo, sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores y elevado por encima de los cielos” (Hb 7,26).

Asimismo como el enemigo agredió y logró echar a perder la primera vasija, el primer Adán, aún con mayor fuerza atacó y trató de dañar y echar a perder esta segunda vasija, Jesús, nuestro Señor, por medio de la muerte prematura, la tentación, la persecución, el insulto, la acusación falsa; y cuando creyó que con la muerte le destruía, fue crucificado, y allá en la cruz, “les quitó su poder a las autoridades del mundo superior, las humilló ante la faz del mundo y las llevó como prisioneros en el cortejo triunfal de su cruz” (Col 2,15).

c. Tercera vasija

En esta tercera vasija de barro en el taller del alfarero, lo que Dios hace es la presencia de la naturaleza Divina en el barro, que el Apóstol Pedro le llama “Por ellas nos ha concedido lo más grande y precioso que se pueda ofrecer: ustedes llegan a ser partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que en este mundo va a la par con el deseo” (2Pe 1,4).

“La cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios” (Jn 1,13) y el resultado es un nuevo nacimiento, “nacido del Espíritu” de Dios (Jn 3,1-8), “nacido de Dios” (1Jn 5,1), “pues, habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente (1Pe 1,23) y “hechos hijos de Dios” (Jn 12; 1Jn 3,1-2) y recibe la vida eterna (Jn 3,16) por el cual

“por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2Co 5,17).

Las vasijas de los alfareros, por ser trabajo manual, son diferentes sin importar el empeño que el artesano haya puesto por hacerlas igual, además tienen usos muy variados, unas son para guardar líquidos, otras comidas, algunas para adorno.

De igual carácter Dios nos ha hecho a cada uno como mejor le ha parecido, nos ha colmado de dones naturales y sobrenaturales, nos ha dado vocaciones, misiones y ministerios diferentes, por tanto, cada uno de nosotros es único, y cualquiera que sea el propósito de Dios en nuestra vida, debemos abrirnos a su acción transformadora, y sobre todo ser conscientes que las Manos del alfarero siempre querrán hacer de cada uno de nosotros una mejor persona.

Voy a contarles una encantadora historia que proporciona elementos de reflexión a nuestras vidas porque a veces no apreciamos lo que somos, lo que recibimos y lo que podemos hacer. Varios comentan que de tanto percibir las cosas no sabemos estimar lo precioso que poseemos a la par, describamos esta metáfora sobre la “Vasija de barro”:

“Cuenta la historia de un hombre que vivía en las montañas había heredado de sus abuelos una vasija de barro muy antigua. La tenía en el suelo abandonado que ya el polvo casi no le dejaba ver los dibujos que la adornaban y su dueño no la tomaba en cuenta para nada, más bien la consideraba un estorbo. Un buen día pasó por la casa de aquel hombre un artista de la ciudad que sabía mucho sobre el arte de los antiguos. Y al ver la vasija le preguntó a su dueño si quería venderla. El hombre se rio y le dijo: Pero señor, ¿quién va a querer comprar esa vasija de barro? El artista le dijo: Yo le daré cien

pesos por ella. El hombre se puso muy contento. No sólo se iba a deshacer de aquel estorbo, sino que encima le iban a dar dinero. Muchos días después, el hombre que vivía en las montañas tuvo que ir a la ciudad. Caminó por las calles y vio que un montón de gente hacía fila frente a una tienda, donde un hombre estaba gritando: ¡Vengan a ver la obra de arte que acaba de ser descubierta! Por sólo 500 pesos usted podrá conocerla. El hombre pagó los 500 pesos para ver la obra de arte que anunciaban. Y su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que era la misma vasija de barro que él había vendido por cien pesos”.

Revisión de vida:

- Nos puede pasar igual que aquel hombre de las montañas: Que de tanto ver las cosas no sabemos apreciar lo valioso que tenemos a la par. “Con el tiempo aprendes que las palabras dichas en un momento de ira pueden seguir lastimando a quien heriste, durante toda la vida. Con el tiempo aprendes que disculpar cualquiera lo hace, pero perdonar es sólo de almas grandes”, lo expresa Jorge Luis Borges.
- Ni nos damos cuenta quien es en verdad el que nos apoya. La vida no es un camino cubierto de problemas que necesitan ser resueltos. Hay que saber vivir.
- Ciertamente nos falta sacrificio. Es seguro que lo creamos mal: El sacrificio, en cualquier esfera de la vida, es un valor humano.
- Como Agustín de Hipona en un momento de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un instante de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro,

muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

4. DE QUÉ BARRO SOY

Dios crea todo cuanto existe y lo consagra al descanso, lo cual también debe ser imitado por el pueblo. Varios elementos se repiten a lo largo de la creación con la intención de que quede bien impreso en la mente del creyente.

“Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía forma; las tinieblas cubrían el abismo. Y el soplo de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: –Que exista la luz. Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena; y Dios separó la luz de las tinieblas” (Gn 1,1-4).

Después se respiraba un aire de derrota, de fracaso, de horizontes cerrados, de desconfianza respecto a todo tipo de institución; lo que era todavía más peligroso: desde el punto de vista religioso, hay un ambiente de desconfianza hacia su Dios y hasta una cierta sospecha de que Él y sólo Él era el responsable, no sólo de los males pasados, sino también de los presentes.

“Y dijo Dios: –Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y

mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: –Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gn 1,26-28).

La pregunta, sería ¿De qué barro estoy hecho? De naturaleza sabe el hombre, que somos de barro, porque es la fuerza de Dios, la fuerza que salva, que cura, que nos pone en pie. Todos nosotros somos vulnerables, frágiles, débiles, y tenemos necesidad de ser curados. El Apóstol Pablo, dice:

“somos atribulados, somos perseguidos, golpeados, como manifestación de nuestra debilidad, de la debilidad de Pablo, manifestación del barro. Y esta es nuestra vulnerabilidad. A veces buscamos cubrir la vulnerabilidad, que no se vea; o maquillarla, para que no se vea; o disimular.

El mismo Apóstol, al inicio de este capítulo dice: “Cuando he caído en el disimulo vergonzoso. Los disimulos son vergonzosos, siempre. Son hipócritas”.

El mundo es barro nutritivo y charco maravilloso. Pero se trabaja exactamente con barro y con fantasía. Sí, pero es usual escuchar estas palabras: a veces toca aguantar los golpes que percibe la vida. ¿Quién de nosotros no ha tenido que sufrir desencantos, decepciones, tristezas e infortunios? y al mismo tiempo ¿quién de nosotros no ha ejercitado el amor, la fuerza de la oración, la gracia de Dios que actúa en nuestra vida? Sin, duda, que hemos inscrito en nuestras vidas con sello y con historia que ha habido unos utensilios significativos: las vasijas; sí, las vasijas de barro, las que han sido fabricadas por las manos humanas y que tan útiles se convirtieron en siglos pasados.

Las vasijas de barro de diferentes formas y tamaños, fueron utensilios de mucho valor en los hogares de la antigüedad. Nuestros padres primitivos se valían de grandes tinajas para almacenar el agua y el aceite; utilizaban cántaros para acarrear agua y frascos de estatuilla para guardar perfumes. Las vasijas de barro, para la bodega de almacenamiento, se llenaban de granos y otros alimentos. Las amas de casa aprovechaban cazuelas de barro para cocinar. En las comidas, usaban utensilios de barro como platos y tazones; en la noche, iluminaban las casas con lámparas de barro. Los artesanos que elaboraban estos utensilios tan necesarios eran parte significativa de la economía de los antiguos pueblos y ciudades. Era tanto, la admiración por el utensilio elaborado que un artesano, en un momento de inspiración, relató así su artesanía:

“Mis dos manos dieron forma a esta vasija. Y el lugar en el que se forma en realidad es uno de tensión entre la presión aplicada en el exterior y la presión de la mano del interior; es un verdadero arte manejar ambas manos, mientras una presiona, la otra va moldeando con suavidad y cariño. Así ha sido mi vida. Tristeza, muerte e infortunio, amistad y todas las cosas que me han sucedido que ni siquiera elegí. Todas influyeron en mi vida. Son las manos que me han ido formando por fuera y hacen que hoy sean parte de lo que soy. Sin embargo, hay cosas que creo que tengo dentro de mí: mi fe en Dios y el cariño y respeto de algunos amigos que actuaron en mí. Mi vida, al igual que esta vasija, es el resultado de lo que ocurrió en el exterior y de lo que sucede en el interior de mi vida. La vida, como esta vasija, se forma en lugares de tensión” (A Guide to prayer for All God’s People, Rueben P. Job y Norman Shawchuck).

Normal es que a lo extenso del día nos sintamos ajustados por las durezas y solicitudes de los otros, agobiados por las ventas y presionados por los retos que nos acosan desde el exterior. Sin fortaleza de espíritu en nuestro interior, sin esos instantes de discernimiento en la fe, la oración, la esperanza, esas dificultades nos trasladarán al desmorone, porque la tensión externa es muy fuerte. Nuestra vida interior nos proporcionará las energías que se necesitan para convertir la vida en una vasija útil, grata a los ojos del alfarero y gratas a los ojos de los que la utilizan. Así es, estamos llamados a que a través de nosotros se haga el bien, se viva en la verdad y se transmita el amor, hoy es la ocasión. Por eso, no nos desalentemos: Pues, “por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2Co 4,16).

Agustín de Hipona, dice:

“somos puestos en apuros, pero no sospechamos. Hay algo de Dios que nos da esperanza. Somos perseguidos, pero no solos; golpeados, pero no aniquilados”. Siempre existe esta relación entre el barro y la fuerza, el barro y el tesoro. Y la vergüenza, esa que se alarga en el corazón para que, entre la fuerza de Dios, la fuerza de Dios.

En una revisión de vida sellamos que en el ser humano la vergüenza de ser de barro y no ser un vaso de plata o de oro. De ser barro. Pues, si nosotros llegamos a este punto seremos felices. Seremos muy felices. El diálogo entre la fuerza de Dios y el barro: pensemos en el lavatorio de los pies, cuando Jesús se acerca a Pedro y Pedro le dice: ‘No, a mí no Señor’. No había entendido Pedro que era de barro, que tiene necesidad de la fuerza del Señor para ser salvado.

Nuestras vidas deben estar en manos del alfarero, que es Dios, el cual, les dará el molde necesario y justo en su momento preciso. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador! dice Agustín de Hipona. Si estás dispuesto a poner tu vida en manos de Cristo, debes saber que Él ara contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

5. TÚ Y YO SOMOS BARRO

Somos barro. Del barro que se forman los recipientes que pueden contener tesoros. Tú y yo somos diferentes. Tenemos distintos tipos de resistencia, tanto física como mental. Tenemos capacidades diversas para soportar más o menos horas de trabajo. A algunos se nos da bien viajar, a otros no tanto. En muchos sentidos tenemos distintas capacidades. Pero sea cual sea la constitución que Dios nos ha dado, ninguno somos más que polvo.

En la dimensión integral de Agustín de Hipona sobresale el pensamiento que el hombre es hecho de polvo y se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: “Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado. Seguro es que el amor cambia la vida” (s. 313A, 2-3) y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo, a pesar de su agotamiento. Somos barro. Del barro que se forman los recipientes que pueden contener tesoros.

A tal punto que no reflexiona sobre un ser humano abstracto y desencarnado, sino que centra la mirada sobre sí mismo; y, es entonces, cuando desvela y narra la dramática experiencia de la

búsqueda inquieta que ocupó toda su vida durante años, hasta que se echó en las manos del alfarero. Dejando en manos del alfarero todo, ya que Él proporciona el molde correcto. Tenga la oportunidad de corregir los errores y trasladar de lo que tienes dentro, en tu interior a su vida. Dios es el único que puede cambiar la vida y corregirla, Él tiene planes de bienestar para todos los que le buscan así que no te canses de buscar su voluntad que es buena y agradable para nosotros; que Agustín de Hipona sea ese camino de identidad con Dios.

¿Qué significa las palabras del profeta Isaías: “Barro en manos del alfarero”? El ejemplo más minucioso se halla en Jeremías: “¿No puedo yo tratarlos a ustedes, casa de Israel, como ese alfarero? Oráculo del Señor. Sí, como la arcilla en la mano del alfarero, así están ustedes en mi mano, casa de Israel” (Jr 18,6).

Tratamos de tener siempre la razón y hasta con enunciados falsos dichos por otros perseguimos llegar a acontecimientos reales.

No creemos que somos de barro. Pasamos instantes de la vida indiferentes, hasta con una cantidad de vacíos, desesperación y de errores que en su instante los argüimos: entre bien o entre mal. “La verdad no es mía ni tuya sino patrimonio de todos” (en. Ps. 103,2). Esto fue lo que vivió mi Amigo Kevin, quedando decepcionado, desencantado y confundido. Fue el momento de invitarle a la calma, que es señal de autoridad. Hay que ser como el barro en manos del alfarero, un pasaje que leemos en la Biblia como una misión del profeta Jeremías.

El profeta fue instruido por Dios para que fuera a la casa de un alfarero donde Él pudiera ilustrar su relación con Israel. El profeta comunica una lección significativa que aprendió de Dios de una manera única. Pues, Dios le dijo a Jeremías que fuera a

la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje significativo. Así que fue a la casa del alfarero. Cuando llegó a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una vasija.

El vaso en manos del alfarero. Sí. Guardamos un tesoro en vasos de barro. Pero la tentación es siempre la misma: cubrir, disimular, no creer que somos de barro. Esa es la hipocresía frente a nosotros mismos. O en palabras de Agustín de Hipona:

“Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas” (nat. et gr. 43,50).

Si volvemos al profeta Jeremías mostramos que el amor nos puede cambiar la vida y solo es dejarnos abandonar en manos del alfarero, porque es el que toma la arcilla y la convierte en loza. Que la arcilla húmeda se convierte en un torno cuando el alfarero la moldea en lo que quiera. Una vez acabada, la creación del alfarero se cuece en un horno, lo que endurece la arcilla. De ahí la similitud comparativa: Dios es el alfarero y nosotros somos barro en manos del alfarero.

La metáfora es cierta, el alfarero es Dios mismo, que utiliza sus manos que son el Maestro, Jesús y el Espíritu Santo. Él es el camino, la verdad y la vida, la Palabra de Dios hecha carne, El Buen Pastor que guía sus ovejas descarriadas, es nuestro modelo a imitar, y el Espíritu Santo, nos da la fuerza, amor y todo aquello que necesitamos para vivir como Cristo nos pide y ponernos en sus manos.

En las manos de Dios el alfarero nos forma y ellas están en nuestras vidas. Nos va perfeccionando, somos débiles y necesitamos de ayuda, no hay nadie perfecto, todos somos iguales. No

podemos ser hipócritas. Sólo hay gente que tiene cosas que tú no tienes, como tú tienes cosas que ellos no tienen. La vida es gratis, es un don, un regalo y los regalos no hay que rechazarlos. A pesar de ser conscientes de nuestra nada. ¿Pero para que ese regalo tenga algún sentido, tienes que preguntarle, quien te la regaló? De otra manera te estarás perdiendo el verdadero significado de tu existencia, de su propio valor.

Muchas veces nos sentimos mal por la forma en que actúas y reaccionas, pero lo que ocurre es que algunos lastimamos con más facilidad que otros. Las virtudes de los demás siempre son más visibles para ti, que las tuyas propias. Estamos en manos de Dios, sus manos nos forman. Y nos ayudan a cambiar de vida. Él sabe cómo aplicar presión hábilmente, cómo frotar, o cómo apretar y empujar; todo esto diseñado para hacernos una vasija apta para su uso.

A veces incluso nos coloca en el horno donde los fuegos de la vida nos convierten en vasos más sólidos para su uso. Nunca creas que es tarde para volver a empezar. Nunca es tarde para realizar un sueño. No hay nada imposible para Dios. “Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. “Pues, a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,28-29).

6. SUS MANOS NOS FORMAN

En intervalos de la vida las manos del alfarero se valen de las dificultades, adversidades, enfermedades, problemas, y otras situaciones para moldearnos, transformándonos interiormente, aun cuando nuestro entorno siga igual, dándonos paz en medio de

la tormenta y agradecimiento por las circunstancias que ayudan a moldearnos. ¿Qué tanto te dejas moldear por las Manos del alfarero?, ¿Qué debes hacer para ser barro dócil en las Manos del alfarero, estás dispuesto a su acción?

Cuando nos hallamos bajo algún tipo de dificultad correspondemos imaginar las hábiles Manos del alfarero usándolo para el bien de nuestra vida. Discernir y usar su palabra en la oración como lo hizo el profeta Isaías. Podemos confiar en sus diestros y expertos dedos porque no nos harán daño, sino que nos ayudan a moldear nuestro ser.

A modo de instrucción y revisión de vida sobre el barro en manos del alfarero, reflexiones esta metáfora, aunque este barro presente está sujeto al desgaste diario, a las tribulaciones y a los padecimientos, sabemos que en Cristo Jesús tenemos la esperanza de un futuro glorioso en el cual apreciaremos una transformación integral:

“Un niño jugaba con barro haciendo una construcción. Alguien se le acercó y le preguntó qué estaba haciendo y él respondió: Estoy haciendo una catedral. La otra persona le dijo: Si estás haciendo una catedral también tendrás que hacer al obispo, a los sacerdotes y los religiosos que están adentro. El niño respondió: ‘No tengo barro suficiente para hacer al obispo, a los sacerdotes y a los religiosos’”.

Revisión de vida:

- Somos de barro. De ese barro del que se hacen las vasijas que pueden contener tesoros, como anota el Apóstol Pablo: ‘Con todo, llevamos ese tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra’ (2Co 4,7).

- Como barro que somos, tenemos, de vivir siempre vigilando porque como anota el Apóstol Pedro ‘el diablo como león rugiente busca a quien devorar’ (1Pe 5,8) y para él somos bocado sabroso.
- Nuestra situación de barro quiere decir fragilidad y en ocasiones pecado y crisis espiritual. Acontece que estas crisis espirituales, ese no estar bien ante Dios y ante la comunidad cristiana.

Hay que aprender que la vida es un regalo sorprendente, que solo precisamos darnos cuenta, y que cada día es una fiesta de creación y crecimiento a condición de que estemos despiertos, que el amor nos hace sensibles y la coherencia poderosos, que la felicidad nos vacuna contra muchas enfermedades y que reduciendo las necesidades ampliamos nuestra libertad.

Es de asentar que al platicar sobre la identidad y Carácter propio de Agustín de Hipona lo centramos en un proceso integral orientado a hacer emerger y dinamizar, mediante la fuerza cognitiva del amor, todas las capacidades latentes del ser humano.

Nuestras vidas deben estar en manos del alfarero, que es Dios, el cual, les dará el molde necesario y justo en su momento preciso. ¡De la misma forma en que todo en la naturaleza ha pasado por un proceso para tomar su forma, tú y yo también en las manos de nuestro Creador! dice Agustín de Hipona. Si estás dispuesto a poner tu vida en manos de Cristo, debes saber que Él ara contigo lo mismo que hace el alfarero con el barro, es todo un proceso de echarle agua, darle forma con las manos, ponerlo en un horno caliente, cepillado, pintura y por último el horno más caliente y todo esto con el único objetivo de que el barro sea útil y duradero.

Un valor del profeta Jeremías lo encontramos al examinar capítulo 18: “Dios instruyó al profeta para que fuera a la casa de un alfarero donde Dios pudiera ilustrar su relación con Israel”. Él participa su lección significativa que aprendió de Dios de un

carácter único. “Dios le dijo a que fuera a la casa de un hombre en su pueblo que hacía alfarería, y una vez que llegara allí, Dios le revelaría un mensaje sustancial. Así que fue a la casa del alfarero. Al llegar a la casa de este hombre, observó cómo el alfarero tomaba un poco de arcilla y comenzaba a hacer una olla. Pero mientras el alfarero trabajaba, notó que la olla no estaba tomando la forma que el alfarero quería que tuviera, así que el alfarero cambió la forma de la olla. Cuando la forma de la maceta cambió, el alfarero estaba contento con su creación porque al alfarero le gustaba más la nueva forma de la maceta que la antigua.

Los antiguos decían que fueron palabras sabias de Dios al profeta: “Quería que vieras al alfarero rehacer la olla en otra forma. Tú, Jeremías, y todo el pueblo de Israel son como el barro en manos del alfarero, porque tú estás en mis manos. Te formaré y te haré como quiero que seas. Confía en mí, y déjame crearte como yo quiero que seas”.

Uno de los escenarios de esta presente vasija de barro, es su desgaste diario. Para el Apóstol Pablo, esta realidad no era motivo para flaquear. Aunque sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a la muerte, esa verdad no lo atemorizaba, debido a que sabía que quien había resucitado al Señor Jesús de los muertos lo iba a resucitar, no solo a él, sino a todos los que creyeran en el Hijo de Dios

¡Qué libertad nos produce saber que Dios tiene el control tanto de nuestra vida como de nuestra muerte, y de nuestra resurrección! ¡Siendo que tenemos este conocimiento del poder de Dios, no desmayamos!

Sé que esto cada día hay que trabajar en nuestras vidas y pedirle al Señor que derrame sobre nosotros su gracia y nos ayude a levantarnos cada vez que flaqueamos.

Concluyamos, con este himno de alabanza al Señor que evoca el trabajo del taller:

Alfarero del hombre, mano trabajadora:

Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto los primeros animales.
De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, vigor, origen, meta
de los profundos ríos de la vida.
El árbol toma cuerpo, y el agua melodía;
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.
No hay brisa si no alientas, monte si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia; vivir es este encuentro:
tú, por la luz; el hombre, por la muerte.
¡Que se acabe el pecado! ¡Mira que es desdecirte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra.
Amén.

ENTRE DOS AGUAS

*“Si no puedes hacer lo que quieres,
no es razón para que no quieras hacer todo lo que
puedes” (ep. 166).*

AMBIENTACIÓN

Agustín de Hipona, dice: “Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas, pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas”. El secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere, sino querer siempre lo que se hace”, señala León Tolstoi. Todo necio confunde valor y precio. La imaginación es más importante que el conocimiento y “la inteligencia no consiste solo en el conocimiento, sino también en la destreza para aplicar los conocimientos a la práctica”, precisa Aristóteles. Lo importante es no dejar de hacerse preguntas, ya que, como dice Heráclito “no podemos bañarnos dos veces en el mismo río. No podemos tenerlo todo”. ¿Dónde lo guardaríamos?, lo enuncia, Te Ven Wright.

Con estas frases y dichos célebres encontramos dos significados. A veces da a entender la indecisión o la duda: Entre dos aguas. No sé si cambiar o seguir tal cual. En otros momentos parece enseñar la destreza de una persona para eludir obstáculos sin entrar en ellos o para no expresar una opinión clara: “Bueno, estás de nuestra parte o de la de ellos. Decídete, porque es muy agradable estar entre dos aguas”. Al dialogar de “Entre dos aguas”, en la primera instancia, consigue interpretarse como la desembocadura de un río en el mar, lugar peligroso. En la segunda instancia, tal vez habría que pensar en quien nada entre el fondo y la superficie del agua, o por extensión, de una situación confusa, sin arriesgarse

al éxito —salir a la superficie—, o al fracaso —hundirse. O en palabras de Antonio Machado, en su poema:

“Todo llega y todo pasa.
Nada eterno: ni gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.
Tras estos tiempos vendrán
otros tiempos y otros y otros”.

El tiempo es un juez tan sabio que no sentencia de inmediato, pero al final da la razón a quien la tiene y nos ayuda a descubrir que las personas a veces nos sentimos así: Entre dos aguas; sintiendo dos vidas, en el mejor de los casos, viviéndolas. Hasta que llega el momento definitivo. La que queremos y la que tenemos; la real y la ideal. Aquella en la que seríamos capaces de todo y la que nos obliga. A veces se establece un equilibrio entre ambas, siendo imposibles de distinguir o separar. Otras, hay un abismo tan grande que nos lleva hasta la misma angustia.

Con Heráclito “todo fluye y nada permanece y todo hombre puede encenderse a sí mismo una luz en la noche”. Sí, claro está. Pero es que a veces me despierto pensando que este no es nuestro lugar, que no encuentro lo que busco, que no tengo lo que merezco o quizá, que no sé valorar lo que tengo.

Los trastornos del sueño en el momento en que corresponde dormir me indica que algo no va bien, que hay un desconcierto porque en la oscuridad no distingo en qué lado de la orilla estoy. A veces sueño y me despierto sin saber qué parte es exactamente la realidad.

En Agustín de Hipona y en Zaqueo encontramos un ejemplo de inquietud por Dios y un instante de estar entre dos aguas por la búsqueda de Dios, dándole un giro total a sus vidas.

Zaqueo, quien dadivoso de ver a Dios hace todo lo posible por encontrarlo, pues sabemos que la ausencia de alguien la llena Dios, pero la ausencia de Dios no la llena nadie. Hay un espacio interior donde habita la verdad y hay un ojo del corazón que equivale a percibir afectuosamente la realidad.

Agustín de Hipona es el filósofo, teólogo y pedagogo, el máximo exponente de la Patrística. Agustín utilizó el platonismo para fijar el dogma cristiano y combatir las herejías, contribuyendo inintencionadamente a la difusión de la cultura griega en la Edad Media. En su búsqueda de la verdad leyó también al Apóstol Pablo, a través de quien descubrió la afirmación de que solo la Gracia de Cristo puede salvar al hombre; doctrina que constituye otro de los pilares de su pensamiento.

Asentando la experiencia que se tiene sobre Agustín de Hipona y sobre Zaqueo: Entre dos aguas, quiero escribir los siguientes puntos de reflexión:

1. Buscar para encontrar a Dios
 - a. Verdad y libertad
 - b. Sed de Dios
 - c. Zaqueo ya es libre
2. Escucha interior de Dios
3. Inquietud por Dios
 - a. Mi peso es mi amor
 - b. Dar es mérito para recibir
4. El valor de la interioridad
 - a. ¿Qué es educar la interioridad?
 - b. Descubre por ti mismo
5. Valor del silencio

Zaqueo no podía seguir siendo el mismo después de conocer personalmente a Cristo. Decide restituir a toda persona que haya engañado. Y Cristo, que conoce el corazón de cada hombre, le da la buena noticia: “Hoy la salvación ha entrado a su casa”. El dar es mérito para recibir” (ep. 266,9). Dios es el bien propio del hombre. Por eso, si caes es para levantarte; si te levantas es para seguir; si sigues es para llegar a donde quieres ir y si llegas es para saber que lo mejor está por venir.

1. BUSCAR PARA ENCONTRAR A DIOS

Al hablar del hombre Agustín fragmenta de su vida que fue una intensa búsqueda de la definición de la persona. Recorrió en sus meditaciones las tres direcciones que delimitan el campo de la investigación antropológica: el ser del hombre, su perduración más allá de la vida y el sentido de su existencia. Él descubrió que la naturaleza del hombre es dialéctica: es un ser que está en un mundo hecho para él, pero él es hecho para Dios.

El hombre ocupa un lugar intermedio en la configuración ontológica del universo, un medio entre la nada y el todo, entre el cuerpo y el Creador del sí mismo y del cuerpo: “Como el torrente recoge las lluvias y se hincha, salta, se despeña, y corriendo acaba su carrera, así es todo el curso de la mortalidad el género humano, de lo oculto va apareciendo y corre; con la muerte otra vez se oculta. En el intermedio resuena y pasa. Es decir, el hombre es un murmullo entre dos abismos” (en. Ps 109). Esta es la condición mortal, finita, del ser humano.

Si el hombre es de Dios, es en Dios y es para Dios, parece evidente que esta reflexión de la búsqueda de Dios ha de ser prioritario. Pero, además, Dios es el bien común por excelencia,

y nosotros hemos de ser especialistas en Dios, personas que han aprendido a vivir en comunión con Dios. Se puede afirmar que la búsqueda de Dios es de una importancia radical en la experiencia y en el pensamiento de Agustín.

Pretende buscar a Dios para poder dar razón de su fe, no porque no crea, sino para entender lo que cree y poder responder a quien le pregunta por su Dios: “Sin embargo, oyendo todos los días: ¿Dónde está tu Dios?, y alimentando cotidianamente con mis lágrimas, pensé día y noche lo que oí: ¿Dónde está tu Dios?; y busqué yo también a mi Dios, para que, a ser posible, no solamente creyese en Él, sino que asimismo lo viese. Veo, pues, las cosas que hizo mi Dios, pero a Él, que las hizo, no le veo” (en. Ps. 41,7).

Hay que estar atentos para no engañarse cuando se busca a Dios porque a veces es fácil que busquemos otras cosas más que a Dios. “Porque quienes buscaban a Dios por los dones terrenos, no buscaban a Dios, sino estos bienes. De este modo, Dios es amado con temor servil, no con amor liberal. Así Dios no es adorado, pues se adora lo que se ama. De aquí que, como Dios es el más excelente y lo más grande de todo lo que puede hallarse y se halla, por eso debe ser amado sobre todas las cosas para ser adorado” (en. Ps. 77,20).

Se dice que la clave está en buscar a Dios en Dios, ir a su encuentro en donde Él está: “¿Dónde falta la rectitud? En buscar en la Iglesia un algo distinto de Dios. Si buscase a Dios, fuera casto, por ser Dios el esposo legítimo del alma. Todo el que busca en Dios otra cosa fuera del mismo Dios, no busca a Dios castamente” (s. 137,9). El mismo Dios nos dice: “Me buscáis por algo que no es lo que yo soy; buscadme a mí por mí mismo. Ya insinúa ser Él este manjar” (Io. eu. tr. 25,10).

En su búsqueda de la verdad, el hombre ha de encontrar dentro de sí, en su alma, aquello que de permanente y necesario hay

en las cosas: su inteligibilidad misma. La verdad necesita interioridad y el yo se convierte en el lugar propio de la certeza, anulando así todo posible escepticismo.

a. Verdad y libertad

“La voz de la verdad no calla; no mueve los labios, pero vociferará en el interior del corazón” (ep. Ps. 57,2). Este valor de la verdad tiene dos connotaciones, la primera, como la manifestación ética de la autenticidad, la integridad personal, la sinceridad en las actuaciones y expresiones; la segunda, la expresión personal desde la interioridad para conocerse y conocer mediante el diálogo y la búsqueda constante de la verdad de las cosas, los fenómenos, la sociedad y su transformación. En esta interrelación académica, laboral y social, la Verdad es un valor que convoca y dinamiza todos los procesos institucionales.

“La auténtica libertad es vivir, no como siervos bajo la ley, sino como personas libres bajo la gracia” (reg. 8,47). La libertad es la capacidad de vivir despojados de todo aquello que no permite el desarrollo de la dignidad de la persona. Ser libre implica auto poseerse para disponerse y darse a Dios y a los hermanos. La libertad consiste en no vivir esclavos de nadie, de nada y ni de nosotros mismos, sino ser capaces de elección y asunción de un proyecto personal y social en todo momento; se expresa a través de la responsabilidad, la auto determinación, la coherencia y la planificación.

Cuando hablamos de la libertad, en todos sus aspectos, debe de estar basada en la verdad. Quiero repetir aquí las palabras de Jesús: “Y la verdad los hará libres” (Jn 8,32). Es, pues, el deseo que nuestro sentido de la libertad pueda siempre ir de la mano con un profundo sentido de verdad y honestidad acerca de nosotros mismos y de las realidades de nuestra familia.

Agustín de Hipona sabe que “Dios no nos ama porque seamos buenos, Él nos hace buenos porque nos ama. Ama la verdad, vive la verdad, predica la verdad, defiende la verdad. Porque el que no habla la verdad, traiciona la verdad. La verdad es la que nos hace libres” (s.134,1).

Así mismo, es consciente que asiduamente hay que estar en la búsqueda de la verdad y libertad, dado que es un asunto de amor y el amor busca incluso cuando se ha encontrado; pero, es más, a Dios nunca se puede decir que se le ama suficiente, siempre se le puede amar más.

Agustín dice: “No temas que el fastidio te canse. Es de tal calidad la delectación de aquella hermosura, que la tendrás presente y nunca te saciarás, o mejor, siempre estarás harto sin estarlo jamás. Porque si digo que nunca te hartarás, habrá hambre; si digo que estarás harto, temo que haya hastío. No sé qué decir donde no habrá hastío ni hambre. Dios tiene mucho que dar a quienes no saben cómo expresarlo y creen que lo han de recibir” (Io. eu. tr. 3,21).

Difícil resulta explicar esto que es, en cierta manera, misterioso. Por eso habla de insaciable saciedad: “Diremos amén con insaciable saciedad. De hecho, como no nos faltará nada, habrá saciedad; pero porque lo que no falta será objeto de alegría, habrá una cierta, si se puede decir, saciedad insaciable” (s. 362,29).

Es más, a veces parece que se oculta para que le busquemos mejor: “Hay que penetrar más profundamente las palabras del Altísimo, que a veces se manifiesta un poco para que demos con Él, y nuevamente se oculta para que le busquemos y como a pasos vayamos de lo hallado a lo que hay que hallar” (Io. eu. tr. 63,2).

b. Sed de Dios

Agustín de Hipona vive sujeto por la profunda inquietud, por la sed de Dios y, cómo percibiremos, le busca en todas partes para encontrarle:

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
 tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,
 y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,
 me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.
 Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
 Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
 si no estuviesen en ti, no existirían.
 Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;
 brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera;
 exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anheló;
 gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;
 me tocaste, y deseo con ansia
 la paz que procede de ti” (conf. 10, 27,29).

La búsqueda de Dios es de una escala radical en la experiencia y en el pensamiento de Agustín. Ya hemos verificado en el preámbulo algo de la experiencia de Agustín como buscador y de esa sed de Dios; pero también en el pensamiento tiene calidad la búsqueda, el buscar para encontrar a Dios, recapitemos en su formación filosófica: Cicerón suscita en él un incendio increíble por la sabiduría inmortal.

Agustín, en el 373, después de leer el Hortensio de Cicerón, de quien absorbió ese amor a la sabiduría que Cicerón elogia tan fogosamente, manifestó en su vida una inclinación plenamente nueva para él. A partir de entonces, Agustín consideró la retórica solo como una profesión; la filosofía le había ganado el corazón.

La filosofía fue para Agustín el amor y esfuerzo del alma entera hacia la sabiduría y hacia la verdad. La verdad era para Agustín de Hipona el ideal supremo al que se entregó con pasión. Esta verdad es la que se refiere al alma y a Dios, los dos objetos de su preocupación filosófica.

Buscó infatigablemente a Dios, donde encontró la experiencia de la felicidad: “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). La Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. “Dios siempre está tratando de darnos cosas buenas, pero nuestras manos están muy llenas para recibir las”. La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace.

Es seguro que Agustín admite los principios de la filosofía solo si están (porque están) acordes con las Sagradas Escrituras. Si especulamos en su formación escriturística, tenemos que reflexionar cómo la Escritura le hace una invitación a la búsqueda, a través del discernimiento de la oración perseverante, para llegar a la visión, que es la gran aspiración de Agustín.

c. Zaqueo ya es libre

Jesús no tiene piedad con los sueños. Las personas honorables, piadosas, patriotas de Jericó han venido a su encuentro. Pero Jesús se fija en un pobre hombre subido en un árbol, le manda acercarse y se invita a su casa.

¡Qué escándalo! Zaqueo es un publicano, y hasta un jefe de publicanos, un hombre detestado, avaro, ladrón y colaborador del enemigo. Su profesión de jefe de recaudadores lo clasifica entre los pecadores públicos. Sus compatriotas no lo habrían tocado ni con pinzas: estaba demasiado sucio por su dinero y sus relaciones sospechosas. Pero Jesús lo escoge por encima de todos los demás. ¿Cómo explicar esto?

No son los méritos de Zaqueo los que el Señor quiere pagar. El Señor más bien quiere suscitar esos méritos. Zaqueo creía que estaba buscando a Jesús, pero es Jesús el que lo busca a él. Aquel pecador público, aquel hombre solitario y odiado, se ve invitado por Jesús con la familiaridad más cariñosa: Zaqueo, baja enseguida.

No se emprende a ser cristiano por una decisión, actuación o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.

De inmediato, Zaqueo se deja caer de su árbol, lleno de asombro y de gozo. Jesús lo conoce, lo llama por su nombre, se invita a su casa con predilección a todos los demás. Jesús va a pasar unas horas con él. Van a comer y a beber juntos. Zaqueo se siente perturbado en el fondo de su alma. Ya no se reconoce a sí mismo; han cambiado todos sus valores. La generosidad divina ha penetrado tan hondo dentro de él, que se siente arrastrado por ella. También él se pone a dar y compartir. Lo que Jesús acaba de hacer por él, Zaqueo tiene prisa por hacerlo con los demás. Quiere procurarles la misma sorpresa y el mismo gozo.

Si en un abrir y cerrar de ojos Jesús logra cautivarle a él, a Zaqueo, es porque es posible amar gratuitamente, sin razón, por un puro impulso del corazón. Y, entonces, también él puede amar. Hasta entonces, ha estado siempre esperando a que le amen, para ponerse a amar él. Y de pronto se da cuenta de que no es necesario aguardar, sino comenzar. Y, comienza.

Algunos consideran que Zaqueo es avaro, y en el fondo es un derrochador. Incluso solo se ha preocupado por amontonar, pero ahora solo siente gozo en repartir y distribuir. Esto es lo que hace el paso de Jesús. Le deja ver a cada uno recursos más recónditos.

Los hace nacer a nueva vida. Revive a los muertos, principalmente a aquellos muertos que se creen vivos por desacierto. Jesús sabe que es preciso ser muy amado, antes de poder amar a otros.

Sabemos que Jesús ama a todos aquellos a quienes nadie quiere amar, a quienes nadie cree dignos de ser amados, ni capaces de amar. Y, gracias a aquella magnanimidad extraordinaria, hace brotar en ellos una fuente de amor, de generosidad y de gozo que nadie habría creído posible.

2. ESCUCHA INTERIOR DE DIOS

En Agustín de Hipona todos los caminos pueden llevar a Dios, pero siempre tienen que desembocar en el hombre interior: Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. “Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos” (conf. 10,8,15).

Jesús dirigiéndose a los fariseos y letrados les predica la parábola del Buen Pastor. La parábola no intenta presentar una simple comparación, sino llevar al auditorio “hacia lo absurdo”. Porque, en realidad, ningún pastor dejaría abandonadas a noventa y nueve ovejas para buscar a una perdida. Jesús sí lo hace por cada uno de nosotros, ovejas necesitadas siempre del abrazo de Dios.

“Jesús dijo a los fariseos y a los escribas esta parábola: Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus

amigos y vecinos, y les dice: 'Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido'. Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse" (Lc 15,4-7).

Revisión de vida:

- El buen hombre debe ayudar a los débiles a rectificar su vida y alegrarse cuando lo logren. Por eso Jesús pone en evidencia a estos fariseos y escribas, porque critican a Jesús por tratar con los pecadores para convertirlos.
- Cristo nos enseña aquí a no juzgar la vida de los demás. Es más provechoso acercarse al pecador y darle buen ejemplo que perder miserablemente el tiempo criticándole.
- Imitemos a Cristo también en esta faceta de carácter apostólico, y lancémonos a acercar a Cristo a aquellas personas que más lo necesitan.

Jesús nos muestra siempre su corazón, manso y humilde, con las cicatrices de nuestro pecado, como símbolo de su amor a los hombres, y es desde este corazón que vivifica y renueva la historia pasada, presente y futura, desde donde contemplamos y podemos comprender la alegría de Aquel que encuentra lo que había perdido.

Sacamos decir en un lenguaje imaginario que esta escucha interior de Dios implica "una fiesta en el cielo". Hay un regocijo espiritual por una conversión. Aunque es una frase antropomórfica, nos ilumina cómo la bondad y el amor de Dios se pueden presentar al modo humano de alegría como fue la del Padre del hijo pródigo. El perdonar no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. Es renunciar y emprender el camino.

En Agustín de Hipona, “Si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás” (s.150). Sí, claro, hay una gran fiesta en la tierra desde el punto de vista de que nosotros también nos encantamos que una persona recobre la paz espiritual y vuelva al buen camino.

En el camino en algunos momentos es necesario mirar hacia atrás, pero no es necesario retroceder, es necesario escuchar el silencio, tal vez del silencio escuches algo más profundo de lo que escucharás en la turbulencia, tratar de observar a tu alrededor; cada uno tiene un universo diferente, tal vez inexplorado o sin descubrir, tal vez tu solo estés soñando, y yo solo sea parte de tu sueño, que se hace realidad.

La experiencia de la vida nos ha enseñado que hay que tener presente estas cinco direcciones y sin turbulencia:

Adelante, para saber a adónde va.

Atrás, para no olvidar de dónde viene.

Abajo, para fijarse si no está pisando a alguien en el camino.

A los costados, para ver quién lo apoya en los momentos difíciles.

Y Arriba, para tener presente que siempre hay alguien que lo cuida y lo protege.

A veces titubeamos de las buenas intenciones de una persona que quiera iniciar el camino de la escucha interior de Dios, el camino de retorno al Señor. Sin embargo, aunque nos cueste trabajo creerlo, deberíamos alegrarnos y sentir el regocijo de quienes recuperan un amigo, de añadir un puesto más en la mesa para compartir el pan. Es el momento de animar al hermano, de comprometerlo más, de apoyarlo y caminar con Él.

Examinemos nuestras actitudes al respecto: La escucha interior de Dios en la enseñanza de la parábola.

A veces pensamos que esta parábola no es para nosotros, pero fue dicha para todos. Cada uno de nosotros debe dejarse encon-

trar por el Buen Pastor, dejarse recoger por Él para que nos lleve al redil y cada uno de nosotros puede, con su conversión a Dios, provocar una fiesta en el Cielo. Pues, “buscamos para encontrar y encontramos para seguir buscando” (tr. 5,2). Con facilidad nos equivocamos, hay que aprender a perdonar.

En la escucha interior de Dios encontramos dos momentos significativos y están bien especificados por Agustín: El encuentro con Dios y buscar para encontrar a Dios.

Estar al tanto que el perdón de Dios es restaurador hace nueva a la persona. Dios no se cansa de perdonar, antes nos cansamos nosotros de pedirle perdón. Esto nos dice por medio del Apóstol Pedro: “Procurad todos tener un mismo pensar y un mismo sentir: con afecto fraternal, con ternura, con humildad. No devolváis mal por mal o insulto por insulto; al contrario, responded con una bendición, porque vuestra vocación mira a esto: a heredar una bendición” (1Pe 3,8-9).

3. INQUIETUD POR DIOS

Jesús vino al mundo para redimir al hombre de sus pecados, lo invitó a encontrarse con Él y lo inquietó a que lo buscara para que tuviera la posibilidad de la salvación. Nosotros somos ovejas de las que habla la parábola, y nuestro Pastor, Jesucristo, irá en busca de cada uno de nosotros si nos desviamos de su camino. Aunque le desobedezcamos, aunque nos separemos de Él, siempre nos va a dar la oportunidad de volver a su rebaño.

Fácil no es platicar el perdón, es difícil tanto recibirlo como darlo. Sin embargo, también es una palabra de sumo valor. Pero Dios quiere que crezcamos, y por eso te presenta situaciones incómodas, pero te da la fortaleza para sobrellevarla y aprender de ella.

Dios busca la felicidad del hombre, y la vocación es el descubrimiento de ese designio y ese plan que Dios ha previsto para que cada uno alcance la máxima realización personal. La aptitud de la vocación es como el reto que nos plantea nuestra vida. Es una nueva luz, un acontecimiento que nos da una nueva visión de la vida, y la llena de sentido.

Dios ocupa el primer lugar en nuestras vidas y de sus elegidos: “Dios sería para nosotros nuestro grande, rico y común patrimonio” (s. 355,2). Y un poco más adelante, en el mismo sermón, dice: “Aquellos a quienes no basta Dios y su Iglesia, permanezcan donde quieran y donde puedan, que no les quitaré el clericato. No quiero tener hipócritas. Quien quiera permanecer conmigo tiene a Dios. Si está dispuesto a que lo alimente Dios por medio de su Iglesia, a no tener nada propio, sino a darlo a los pobres o a ponerlo en común, permanezca conmigo” (s. 355,6).

Su inquietud por Dios ha de concebirse como una entrega radical a Él, de hecho, al poco tiempo de su conversión, en la oración introductora a los Soliloquios, nos presenta el latido profundo de su corazón, la razón de ser de su vida desde este momento. Lo expresa en forma de aspiración y de creencia, dado que todavía no lo comprende con la razón: “Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoras; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mi toda ignorancia para que te reconozca a ti” (sol. 1,1,5).

Un ejemplo de inquietud por Dios lo encontramos en Zaqueo. Una inquietud no es algo que tienen algunos, sino todos. La inquietud es el encuentro con la verdad sobre uno mismo. Un encuentro que proporciona una inspiración básica en la vida, de la que nace el compromiso, el cometido principal que cada persona

tiene, y que quien es creyente percibe como los planes de Dios para él.

Por eso, saber cuál es nuestra inquietud en la vida es la cuestión más importante que debemos plantearnos cada uno, y que podemos trazar a quienes queremos ayudar a vivir con acierto.

Las Escrituras nos dicen que el encuentro de Zaqueo con Jesús cambió su vida. Cambio su vida interior y le ayudó a corregir el rumbo de su destino. Posiblemente desde el momento en que Zaqueo con tanto interés buscó a Jesús, sabía que su modo de actuar no era el correcto y sabía que conocer a ese Profeta le cambiaría la vida, aunque esto tuviera muchos efectos.

Agustín de Hipona, dice: “Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Zaqueo, al subir al árbol, vence el respeto humano. Pone los medios necesarios para un encuentro cara a cara con el Señor. No imaginó que Jesús le pediría hospedarse en su casa. Y bajó del árbol rápidamente y lo recibió con alegría.

Agustín de Hipona sabe que es bueno estar atentos para no engañarse cuando se busca a Dios porque a veces es fácil que busquemos otras cosas más que a Dios. Asimismo, fue Zaqueo, lo buscó y lo encontró:

“Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era el jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicómoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: ‘Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa’. Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: Se ha ido a alojar en casa de un

pecador. Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: ‘Señor, yo doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le doy cuatro veces más’. Y Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,1-10).

Dios se revela a sí mismo para animarnos a la búsqueda. A Dios hay que buscarle siempre hasta llegar a la perfección. Pues, en una de las cartas que le escribe Nebridio le dice que él dirá a los tagastinos “tu ambición es amar a Dios, servirle y unirse a Él” (ep. 5).

Zaqueo pasó por la misma inquietud de Agustín, de ver a Jesús y unirse a Él, hasta entregar a los pobres todo lo que tuvo. Zaqueo era un ser humano con anhelos profundos, con sed de eternidad; solo Dios puede saciarle plenamente. Dios es la respuesta a sus interrogantes más apremiante.

Agustín lo sabe por propia experiencia: “Nada de lo que Dios te prometió vale algo separado de Él mismo. Con nada me saciará Dios a no ser con la promesa de sí mismo. ¿Qué es la tierra entera? ¿Qué la inmensidad del mar? ¿Qué todo el cielo? ¿Qué son todos los astros, el sol, la luna? ¿Qué el ejército de los ángeles? Tengo sed del creador de todas estas cosas; de Él tengo hambre y sed y a Él digo: ‘en ti está la fuente de la vida’, y, a su vez, me dice: ‘yo soy el pan vivo bajado del cielo’. Que mi peregrinación esté marcada por el hambre y sed de ti, para que se sacie con tu presencia. El mundo se sonríe ante muchas cosas hermosas, resistentes y variadas, pero más hermoso es quien las hizo, más resistente, más resplandeciente, más suave” (s. 158,7).

a. Mi peso es mi amor

Simplemente teniendo a Dios merece la pena vivir, y la vida se convierte para el hombre en camino de felicidad y alegría. “Hay que vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5).

Han dicho que la vida es un reto. Vívela, siente, ama, ríe, llora, juega, gana, pierde, tropieza, pero siempre levántate y sigue. La vida no es un camino cubierto de problemas que necesitan ser resueltos. Hay que saber vivir. Dios no mira tus logros, tu riqueza, ni tu poder. Dios mira tu corazón y nadie pierde por dar amor, pierde quien no sabe recibirlo.

En experiencia propia Agustín de Hipona es consciente que faltando en el interior del hombre no encontraremos allí nada más que un desierto repleto de pobreza: “Solo sé Señor que me va mal lejos de ti, no solamente fuera de mí, sino aún en mí mismo; y que toda la abundancia mía, que no es mi Dios, es indigencia” (conf. 10,20,29).

Sin Dios, todo el hombre es vacío, solo Él puede saciar plenamente: “Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Mas ahora, como al que tú amas lo elevas, me soy carga a mí mismo porque no estoy lleno de ti” (conf. 10,28,39).

Siguiendo con la inquietud de Zaqueo, era jefe de los publicanos de la ciudad; quiere ver pasar a Jesús, pero la multitud se lo impedía. Su baja estatura, su limitación no le permitía poder adivinar el paso del Señor y, siendo una persona de recursos y muy ligado al sistema de dominación de los romanos, no le importó subirse a una higuera para poder vislumbrar de una manera más certera la persona del Señor. Al desinstalarse y al querer ver a Jesús, la visión se amplifica, los problemas se hacen más pequeños, y a la gente se le ve en su verdad.

Destaquemos algunos elementos del encuentro con Jesús que transformó la vida de Zaqueo:

1. Zaqueo, de este modo, pasa de ser mero espectador a ser protagonista. Jesús busca establecer su morada en él. El encuentro con Jesús transformó a Zaqueo en una persona distinta, caritativa y alegre. Una auténtica buena noticia para todos nosotros hoy en día.
2. Jesús se detuvo, no pasó de largo lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo y a otros.
3. Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada.

b. Dar es mérito para recibir

Al significar lo que es la interioridad decimos que es ese ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo que somos. Como lo dice Agustín de Hipona: “Vive la vida que amas. Ama la vida que vives” (s. 21,8). Hay un espacio interior donde habita la verdad” (uera rel. 39,72) y hay un ojo del corazón que equivale a percibir afectuosamente la realidad. Como dice, Charles Reade:

“Si siembro un deseo, recogeré una acción.

Si siembro una acción, recogeré una costumbre.

Si siembro una costumbre, recogeré un carácter.

Si siembro un carácter, recogeré un destino”.

Jamás puedes obligar a alguien a cambiar, cada quien es como quiere ser, actúa como quiere actuar y a su vez pierde lo que quiere perder, dice Charles Reade. Agustín de Hipona, dice: “que no basta con conocer; es preciso saber. Nadie es feliz contra su voluntad” (tr. 13,8). La felicidad depende de nosotros mismos. Hay una sola forma de felicidad en la vida: amar y ser amado.

Agustín sabe que solo en Dios está el camino para la felicidad, que Él es la paz del hombre. Dios y la felicidad se identifican, por eso, buscar a Dios es buscar la felicidad y poseer a Dios es ser feliz.

Muchas son las historias y los relatos que se encuentran en las Escrituras, dar es mérito para recibir; sigamos con el de Zaqueo, era un hombre pecador que se encuentra con Jesús. Pero este encuentro no sucede de manera fortuita, sino que nace de la curiosidad de este hombre, que seguramente admiraba a Jesús en secreto.

Qué actitud tan hermosa la de Zaqueo, que, conociendo sus pecados, acepta al Señor y atiende rápidamente a su petición. Hay que imitar esta actitud de prontitud ante los reclamos del Señor y una prontitud alegre, porque no hay mayor motivo de felicidad y alegría que Jesús nos llame y lo hace todos los días. Sabemos que no podemos cambiar las actitudes de los demás, pero podemos elegir no dejarnos afectar por ellas. La felicidad no depende de lo que pasa a nuestro alrededor, sino de lo que pasa dentro de nosotros mismos.

4. EL VALOR DE LA INTERIORIDAD

Un elemento esencial en la interioridad es el silencio. Encontramos que el silencio es siempre partícipe de la palabra. Precisamos que la palabra nace en el silencio. Una palabra oportuna, madura, responsable, que construye y da vida. En el campo del

lenguaje, hay siempre espacio para el silencio y el callar, para poder interiorizar. Cuando la persona no dedica un tiempo a callar pierde la ocasión para que madure en su interior, para tener autoridad moral, hay que aprender a callar.

Agustín de Hipona, dice: “En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador” (Io. eu. tr. 18,10). Al significar lo que es el valor de la interioridad estamos desplegando la capacidad de reflexión del ser humano, situando el énfasis en lo verdadero y buscando la superación de lo negativo que a veces transmite: “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón” (uera rel. 39, 72).

Nos encontramos ante el valor central de la pedagogía agustiniana, de su sed por Dios. El ser humano que entra dentro de sí mismo es capaz de conocer y conocerse. La ventana de los sentidos solo permite asomarnos hacia afuera. Podemos conocer el mundo que nos rodea y no saber nada de nosotros mismos. Por eso el ser humano sin interioridad es un ser sin identidad. La interioridad es el lugar de las grandes preguntas y de las grandes certezas y convicciones.

La Interioridad como eje para desarrollar la capacidad de reflexión, es la que significa que es ese ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo quienes somos, pues de inmediato expresamos que somos seres humanos, capaces de vivir en sociedad y que tenemos sensibilidad, además de contar con inteligencia y voluntad, aspectos típicos de la humanidad. Seremos humanos con poder de raciocinio que posee conciencia sobre sí mismo y que cuenta con su propia identidad.

El ejemplo preciso suele ser el hombre, aunque algunos extienden el concepto a otras especies que pueblan este planeta.

Al hablarse de interioridad es hablar de profundidad, del fruto de encuentro y del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior, es donde reflexionamos, sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, trascendemos y saboreamos.

Nunca la verdad será una conquista puramente intelectual porque no se entra en la verdad sino por el amor. El ser humano se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: “Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado” (conf. 13,9,10). El amor cambia la vida y solo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo.

La metáfora de la Serpiente es un ejemplo de interiorizar de lo que pensamos y percibimos en vida al conservar la naturaleza y la esencia:

“Un hombre vio cuando una serpiente estaba muriendo quemada y decidió sacarla del fuego, pero cuando lo hizo, la serpiente lo mordió. Por la reacción del dolor, el hombre la soltó y el animal cayó de nuevo en el fuego y se estaba quemando de nuevo. El hombre intentó sacarla otra vez y otra vez la serpiente lo mordió. Alguien que estaba observando se acercó al hombre y le dijo: Disculpe, Excusa, pero usted es terco. ¿No entiende que todas las veces que intente sacarla del fuego va a morderle? El hombre respondió: La naturaleza de la serpiente es morder, y eso no va a cambiar la mía, que es ayudar y servir”.

Moraleja

No cambies tu naturaleza si alguien te hace daño; solo toma precauciones.

No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien.

No trates de engañarte con alguien creyendo que es o puede ser igual que tú; hay personas que sacarán su maldad sin importarles las consecuencias de sus actos, ni dañarse incluso a sí mismos.

No elegimos venir al mundo, pero tenemos el derecho de elegir dónde vivir la eternidad.

Vive sin aparentar, ama sin depender, escucha sin atacar y habla sin ofender.

a. ¿Qué es educar la interioridad?

Es el proceso de toma de conciencia, para su posterior reflexión e interiorización, de aspectos relativos a las diferentes dimensiones: social, corporal, psíquica y espiritual, para facilitar su integración y unificación de forma armónica y para que, simultáneamente podamos caminar con pasos sencillos hacia:

- La plenitud de lo humano, la propia y la de los demás.
- La apertura a lo sagrado (misterio, espiritualidad, dimensión profunda).
- Sentir el lazo con la Trascendencia.

El camino de Agustín de Hipona de la interioridad se caracteriza por tres momentos: No salir fuera de sí mismo, volver al corazón y trascenderse.

- **No salgas fuera de ti**, significa no renunciar a ser uno mismo a pesar de las distracciones exteriores. La interioridad es la capacidad de reconocer y juzgar desde uno mismo los sentimientos interiores y las situaciones exteriores que uno está viviendo.

La interioridad así comprendida no desconecta al individuo de las situaciones en las que se encuentra inmerso, sino que profundiza la perfección de estas situaciones: se vuelve capaz de comprender cómo afecta cada situación a su vida y a la vida de los demás y del mundo. Buscar tiempo para estar y hablar consigo mismo, no olvidar que somos la tarea y el proyecto más importante.

- **Vuelve al corazón**, entra dentro de ti mismo, es una invitación a la reflexión sosegada, al encuentro con la verdad de uno mismo. La convocatoria del corazón. Porque en la interioridad es donde el ser humano juzga, busca, decide su propio destino. El corazón es el lugar del afecto, pero también de la inteligencia y el talento.
- **Trasciéndete a ti mismo**. Trascender es empeñarse en la construcción de quien todavía no somos. Es un camino de superación. El ser humano aprende por sí mismo, mirando en su propia interioridad, ayudado por el maestro. El hecho de que el maestro, en una perspectiva agustiniana, tenga la función de “enseñanza”, hace que la sabiduría se convierta en alumbramiento de la verdad que cada uno descubre en su interior.

Así, pues, la meta de la enseñanza es despertar personas. Una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación. El ser humano alcanza su madurez cuando dialoga consigo mismo y se formula en su interior la pregunta por el sentido de su existencia; pregunta que solo tiene respuesta en el encuentro último con el verdadero maestro, con Dios.

Avivar un modelo basado en aprender a escuchar e interrogar haciendo conectar el interior con la realidad exterior para así modelarla, interactuar y transformarla. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol 2,7). La enseñanza del diálogo está basada en la mayéutica socrática donde educar quiere decir “sacar fuera”.

Agustín de Hipona asumió la perspectiva de Sócrates de ayudar a dar a luz la verdad que el hombre lleva dentro de sí. Para ello presenta el diálogo como herramienta pedagógica para el aprendizaje sabiendo que la verdad se busca y se construye a través de la discusión y mediante el uso de preguntas.

Siempre hay una gran esperanza firme en cambiar, un cambio de pensamiento para acercarse más y más a Dios. Una invitación a aprender previamente a callar para poder hablar con acierto y tino, porque si hablar es plata, callar es oro. Así como tú callas y defiendes cubriendo los defectos ajenos con la misma medida, serás defendido por Dios.

Si yo cambiara

“Si yo cambiara mi manera de pensar
hacia otros, me sentiría sereno.
Si yo cambiara mi manera de actuar
ante los demás, los haría felices.
Si yo aceptara a todos como son, sufriría menos.
Si yo me aceptara tal como soy,
exceptuando mis defectos, cuánto
mejoraría mi hogar, mi ambiente.
Si yo deseara siempre el bienestar de los demás sería feliz.
Si yo encontrara lo positivo en todos, la
vida sería digna de ser vivida.

Si yo amara al mundo, lo cambiaría.
Si yo me diera cuenta de que al lastimar
el primer lastimado soy yo.
Si yo criticara menos y amara más.
Si yo cambiara, cambiaría el mundo”.

b. Descubre por ti mismo

A lo largo de su existencia el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los periodos de su vida. En ocasiones puede parecer que una de estas esperanzas lo llena completamente, lo realice a tal punto que no necesita de ninguna otra.

En la vida humana y también la vida religiosa es una tensión constante, una inquietud perenne hasta llegar al descanso sin final: Estar con Dios. Si el principio de sus Confesiones se abre con la frase “nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (conf. 1,1,1), se cierra con la misma realidad: “Así la voz de tu libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna” (conf. 13,36,51). Así todas las Confesiones se unen en este ansioso deseo del autor: caminar hacia el descanso, hacia Dios, que es la esperanza última.

En la juventud puede ser la esperanza de un amor grandioso y satisfactorio; la esperanza de conseguir determinada posición en la profesión, de obtener uno u otro éxito culminante y determinante para su vida. A veces puede ser una casa o un coche, una moto o paseo. Sin embargo, cuando estas esperanzas se satisfacen, se ve con claridad que ciertamente esto no lo era todo, que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que

solo puede contentarse con algo infinito, algo que será más de lo que podrá alcanzar en esta tierra.

El ser humano en sus instantes de sinceridad, reconoce que no encuentra una felicidad que los sacie plenamente, aunque hayan tenido todo y haya gozado de todo. Sí, el hombre necesita esperanzas breves y duraderas, que día a día le den la fuerza para mantenerse en el camino.

Según Agustín de Hipona, “los tiempos somos nosotros, según seamos nosotros, así serán los tiempos” (s. 80,8). Esta afirmación equivale a decir que también los seres humanos están vinculados a una cultura, a un paisaje geográfico y humano. Por consiguiente, su tarea, la consecuencia de la conexión con la realidad, implica desde una perspectiva agustiniana interactuar con esa realidad para transformarla positivamente desde una actitud de esperanza.

En una sociedad dinámica y sometida a cambios acelerados el ámbito formativo centra su trabajo en la capacidad de adaptación y de selección críticas con la realidad circundante para evitar el desajuste del mundo personal del discípulo con la vida, con la realidad exterior.

Agustín de Hipona en la obra “La catequesis a los principiantes” (*De Catechizandis Rudibus*), anima a su discípulo Deogracias a que procure suscitar el interés y la atención de sus discípulos. Pero el interés que aconseja no es tanto la participación activa sino la destreza didáctica para suscitar el gusto por la enseñanza. Para ello Agustín pide al maestro no instalarse en la repetición sino renovarse en el lenguaje y en la disposición interior hacia lo que debe comunicar a sus discípulos. “Solo puedo hacer lo que quiero cuando dejo de querer lo que no debo” (ep. 10,1).

Es real que el itinerario pastoral de Agustín simboliza un modelo de la relación armónica que debe existir entre la fe y la razón.

Esta armonía significa ante todo que Dios está cerca de todo ser humano, cerca de su corazón y de su razón. Esta presencia misteriosa de Dios puede ser reconocida en el interior del hombre, porque, como decía Agustín de Hipona con una expresión muy conocida: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1).

La enseñanza está dedicada, por el contrario, a la reflexión de fe y razón, que es un tema preciso, o mejor, el tema determinante de la biografía de Agustín de Hipona.

Esta es una escena esencial en la vida de Agustín que desde niño había asimilado de su madre, Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su razonabilidad y no quería una religión que no fuera expresión de la razón, es decir, de la verdad.

Se expresa que su sed de verdad era radical y le llevó a alejarse de la fe católica. Pero su radicalidad era tal que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la misma verdad, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera solo una hipótesis última cosmológica, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida.

Sin duda Agustín encontró a Dios y durante toda su vida hizo su experiencia hasta el punto de que esta realidad que es ante todo el encuentro con una Persona, Jesús, cambió su vida, como cambia la de cuantos, hombres y mujeres, en todo tiempo, tienen la gracia de encontrarse con Él. Una gracia que es gratitud y memoria del corazón. Un amor sin límites, como dice el Apóstol: “El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites” (1Co 13,4-7).

Una felicidad plena. El descubrir a Dios por ti mismo y estar con Él. Basta, solo estar en la felicidad. Por eso la gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene:

- Viven de manera sencilla y tienen paz.
- Dan amor y actúan generosamente.
- Son solidarios, solícitos y hablan con amabilidad.
- Respetan a sus semejantes y son abiertos a los demás.
- Son sinceros con todos. No basta con conocer; es preciso saber.

El camino espiritual de Agustín de Hipona prepara un modelo válido asimismo en la actualidad en la relación entre fe y razón, reflexión no solo para hombres creyentes, sino para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano.

5. VALOR DEL SILENCIO

“Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar” (Eclo 3,7). Bastante tiempo dedicamos a hablar y poco tiempo a escuchar, a permanecer en silencio. Es indiscreto prestar atención cómo por medio de la palabra, que se nos ha dado para comunicarnos, engañamos y nos engañamos. En ningún siglo, ha escrito Ignacio Silone, “la palabra ha sido tan pervertida, como lo está ahora, alejada de su finalidad que es la comunicación entre los hombres”.

El silencio busca la soledad. Agustín de Hipona, dice: “Nuestra alma tiene necesidad de soledad. En la soledad, si el alma está atenta, Dios se deja ver. La multitud es ruidosa. Para ver a Dios es necesario el silencio” (s. 145).

El silencio es el excelente amigo que en ningún tiempo traiciona. Marcamos que el silencio es una herramienta de comunicación eficaz. Como todas las herramientas, hay que saber hacer un buen uso de ella. Se puede decir que el silencio es la falta de sonido de algo o alguien en su totalidad, en ciertos casos éste puede ser de beneficio, ya que permite tomar un tiempo de pausa para reflexionar respecto a las cosas y de esa forma tener una mejor perspectiva de los objetivos que se tienen y de cómo obtener lo que se quiere.

Es cierto que pocas veces se tiene en cuenta el valor del silencio para una escucha considerada y activa. Quien respeta las pausas y el silencio en la comunicación es considerado como alguien discreto y educado. Además, el silencio no dificulta el habla, sino que la hace posible. El lenguaje es palabra y silencio.

Al reflexionar más sobre el silencio expresamos que es fuerte, no es débil. El Swami Brahmdev tiene bellas teorías sobre la fuerza del silencio. Asegura que el mayor secreto de los grandes hombres es construir una relación viva con la fuerza del silencio. Pareciera iluso hablar de la fuerza del silencio, pero quien aprenda a manejar el silencio tendrá el esquivo éxito interior y naturalmente una fácil realización en el mundo exterior. Los sabios y los justos siempre mantienen el silencio como su mejor arma: hablan con el silencio. Nunca un necio hace silencio.

Al llegar el silencio, activa eficazmente todos los sentidos del hombre, estimula la circulación de las ideas. Quien cultive la fuerza del silencio recibe a cambio una actitud interior progresista, y lo guía el convencimiento que en cada momento futuro hay una oportunidad de avance, de moverse hacia adelante.

En forma, nada es más fácil que callar. Pero en la práctica, el silencio es un reto difícil. El silencio es dignidad en la derrota. El silencio es grandioso en la victoria. El silencio obligatorio es censura inaceptable. El silencio como cultura es gimnasia para el espíritu.

El proverbio judío, expresa: “Hay que guardarse bien de un agua silenciosa, de un perro silencioso y de un enemigo silencioso”. Porque lo podemos considerar como un recurso que se puede utilizar mientras se está empleando una comunicación de cualquier tipo. El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. ¡Basta de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas! porque, por haber callado, ¡el mundo está podrido!

El silencio es manejado muchas veces como espacio para la reflexión. Es aquella pausa breve que haces cuando comunicas. Cuando la haces, das importancia a lo que acabas de decir, es como si lo subrayases, al tiempo das un pequeño espacio para la reflexión y la asimilación. Siendo el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.

Jesús se retiraba al monte a orar en muchas ocasiones. A veces lo hacía con algunos de sus discípulos. Rehuía en ciertos momentos el bullicio de la gente, se apartaba de todo aquello que le pudiera impedir o dificultar entrar en una relación personal, íntima y filial con el Padre. Eran ratos de contemplación pura. El monte era un lugar propicio, la noche favorecía un camino de interiorización luminosa, la soledad le ayudaba a encontrarse consigo mismo y con el Padre. Y así pasaba largas noches en oración. Por eso debemos decir que el silencio es el elemento en el que se forman todas las cosas grandes.

Si nuestra vida de consagrados tiene una dimensión esencialmente de oración, debemos proporcionar el ambiente propicio para que se pueda cultivar y desarrollar la vida de oración. Manejar el silencio es más difícil que manejar la palabra. El silencio es un gran arte para la conversación. Por eso se nos invita a que nunca rompamos el silencio si no es para mejorarlo.

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. Se requiere un clima de silencio, exclusivamente en ciertos

momentos del día o de la noche; lugares adecuados y libres de cualquier otra actividad; paz y serenidad en el ambiente; libertad para buscar y encontrar algunos ratos de reflexión personal; momentos programados de oración comunitaria.

Pero esto no basta. Falta lo más importante. Es el consagrado, y la propia comunidad, quien debe buscar la paz del corazón, el silencio interior, el lugar y momento más adecuados, para lograr y mantener el coloquio con Dios Padre, en el espíritu de Jesús.

Mantenerse en silencio cuando escuchas a alguien, no significa mantener la boca cerrada. En este contexto el silencio significa asentir y/o dar señales que de alguna forma expresan que estamos siguiendo el mensaje o la historia que nos están exponiendo.

Muchas veces este silencio habla más de lo que creemos. A veces lo que hay detrás es miedo. Miedo a confrontar, a decir la verdad, a la reacción de los demás, es como creer que ya se desvanecerá. Incluso nos intentamos convencer de que no hace falta decir nada. Como si el tiempo lo tuviera que diluir o difuminar, y lo que realmente hacemos en estas ocasiones es retrasar la solución, o la respuesta, o el problema. Me atrevería a decir que incluso lo hacemos más grande. Esto sin tener en cuenta el impacto en el otro.

Devoto del silencio, pero el silencio bien manejado. Pero claro, en determinadas ocasiones hay que ser valiente para romper este silencio y confrontar, y eso ya cuesta más. ¿Qué uso haces del silencio? Teniendo claro que casi nunca las cosas se resuelven solas ¿Eres de dar respuesta cuando te preguntan? ¿O de romper el silencio para decir NO cuando toca?

Concluamos con esta alabanza silenciosa de Agustín de Hipona:

Nos hiciste para ti

(conf. 1,1,1).

“Grande eres, Señor, y digno de toda alabanza. Grande es tu poder, tu sabiduría no tiene límites.

Y este hombre, pequeña migaja de tu creación, quiere alabarte.

Precisamente este hombre, que es un amasijo de fragilidad, que lleva aún pegada la etiqueta de su pecado, y es la mejor demostración de lo que es la soberbia.

A pesar de tanta miseria, este hombre quiere alabarte.

Y eres tú mismo quien lo estimulas a que encuentre deleite en ello.

Porque nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”.

Amén.

“¡TÚ ERES EL MESÍAS, EL HIJO DE DIOS VIVO!”

*“Nadie niega a Dios, sino aquel a quien le conviene que Dios no exista”
(San Agustín).*

AMBIENTACIÓN

Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre?” ¿Quién dicen que es? Ellos le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas (v.13-15). Cuando Jesús preguntó a sus discípulos acerca de lo que la gente decía de Él, ellos le facilitaron unas pocas respuestas. Todas esas respuestas indicaban que la gente veía a Jesús como un profeta, como uno que hablaba de parte de Dios, lo que no está del todo desorientado, pero no era preciso y cabal. Por eso es bueno mostrar lo que otros ocultan y conocer mejor su identidad.

Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es. Asimismo, nadie se da cuenta de que algunas personas gastan una energía tremenda simplemente para ser normales. A la velocidad de la luz, todos se fusionan con todos. La identidad privada desaparece. Porque al hacer el estudio de la identidad significamos que es el conjunto de características propias de una persona y la concepción que tiene de sí misma en relación al resto de personas. La identidad personal es individual, dinámica y abarca diferentes dimensiones de la persona.

El mundo en este instante se siente idéntico ya que ninguno tiene tiempo para diferenciarse, ni siquiera tiene tiempo para lograr. La identidad consiente por un lado la individualización o diferenciarse del resto de personas y por otro ofrece la posibilidad de pertenencia a un grupo o colectivo. Gabriel García Márquez dice:

“Los seres humanos no nacen para siempre el día que sus madres los alumbran: la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez, a modelarse, a transformarse, a interrogarse (a veces sin respuesta) a preguntarse para qué diablos han llegado a la tierra y qué deben hacer en ella”.

Hay que saber, ¿quién eres?, hace parte de su identidad, en otros ámbitos como el administrativo, la identidad es el conjunto de información y datos diferenciadores e individuales que sirven para identificar a una persona. La identidad de una persona se refleja en este sentido en información personal, números, fotos, huellas digitales y otros elementos que permiten identificar de manera oficial a alguien. Tu tiempo es limitado, de modo que no lo malgastes viviendo la vida de alguien distinto. La mayoría de las personas son otras: sus pensamientos, las opiniones de otros; su vida, una imitación; sus pasiones, una cita.

Con Pedro toda la Iglesia reconoce que Jesús es el Mesías e Hijo de Dios Vivo y queda invitada a seguirlo con todas las consecuencias inherentes a la cruz.

Expongamos este cuento de Anthony de Mello, sobre ¿Quién eres?:

¿Quién eres?

“Una mujer estaba agonizando en la sala de un hospital.

De pronto, tuvo la sensación de que era llevada al cielo y presentada ante un Tribunal.

¿Quién eres?, dijo una Voz.

Soy la mujer del alcalde, respondió ella.

Te he preguntado quién eres, no con quién estás casada.

Soy la madre de cuatro hijos.

Te he preguntado quién eres, no cuántos hijos tienes.

Soy una maestra.

Te he preguntado quién eres, no cuál es tu profesión.

Y así sucesivamente. Respondiera lo que respondiera, no parecía poder dar una respuesta

satisfactoria a la pregunta ¿Quién eres?

Soy cristiana, respondió ella.

Te he preguntado quién eres, no cuál es tu religión.

Soy una persona que iba todos los días a la Iglesia

y ayudaba a los pobres y necesitados.

Te he preguntado quién eres, no lo que hacías.

Evidentemente, no consiguió pasar el examen,

y fue enviada de nuevo a la tierra.

Cuando se recuperó de su enfermedad,

tomó la determinación de averiguar quién realmente era y su vida cobró otro sentido”.

Cuánta sabiduría hay en estas palabras de Anthony de Mello: ¿Quién eres? es una pregunta bastante profunda y difícil de responder. Pero no es difícil porque no se pueda llegar a descubrir quién eres tú realmente, sino porque es difícil expresarlo con palabras. Lo que no es tan fácil es ponerle palabras. Lo que somos se encuentra más allá de las palabras.

Algunos de los aspectos esenciales que revelamos en la reflexión teológica hermenéutica sobre la identidad de Jesús: “¡Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo!” son los siguientes:

1. Confesión de Pedro
 - a. El camino de Jesús
 - b. Cristo, Señor de la vida
 - c. El camino de nosotros
2. Mostrar lo que otros ocultan
3. Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo
4. Solo Jesús edifica la Iglesia
5. Lo que ates y desates

La explicación hermenéutica de la fe no suministra solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”, en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él.

1. CONFESIÓN DE PEDRO

En la región de Cesárea de Filipo, su nombre moderno es Baniyas, una pequeña villa en un lugar placentero a 900 pies sobre el nivel del mar, al pie del Monte Hermón y a 45 millas al suroeste de Damasco, capital de la villa. El paisaje es espléndido y el país es muy fértil debido a la abundancia de agua. Cerca de esta ciudad tuvo lugar la confesión de Pedro (Mt 16,13-20). Allí vivía la hemorroísa (Mt 9,29), según Eusebio ella erigió frente a su casa un

monumento de bronce que representaba la sanación que obtuvo de Jesús; en este grupo Juliano el Apóstata sustituyó la estatua de Cristo por la suya propia.

Escribamos el pasaje bíblico:

“Al llegar a la región de Cesárea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: ¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es? Ellos le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas. Y, ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy? Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús le dijo: Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y Yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Entonces ordenó severamente a sus discípulos que no dijeran a nadie que Él era el Mesías” (Mt 16,13-20).

El texto de Mateo donde estamos relatando la confesión de Pedro, “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo” (v.16). Alcanza que alguna vez en la oración nos cuestionemos quién es Jesucristo para cada uno de nosotros, pero es aún más importante que eso descubrir quién soy yo para Jesucristo.

Describamos sencillamente las preguntas que nos haríamos al leer este pasaje bíblico de la confesión de Pedro:

- ¿A dónde llegó Jesús?
- ¿Qué les pregunta a sus discípulos?

- ¿Y para ustedes quién soy?
- ¿Qué le contesta Pedro?
- ¿Qué le dijo Jesús a Pedro?
- ¿Qué les ordena a sus discípulos?

Con la reflexión teológica sabemos que esta confesión de Pedro es un don de Dios: “¡Dichoso tú, Simón, ¡hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (v.17). Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina.

La fe y el seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado le abrió los ojos a una fe plena.

La lectura bíblica se sitúa en un momento como foco de la vida de Jesús. Su ministerio, al comienzo, tuvo mucho éxito. Fueron muchos los que le siguieron. Pero, en esta ocasión, Jesús se retiró al norte de Palestina, en Cesárea de Filipo (40 kilómetros al norte del lago Tiberíades), solo con sus discípulos, para reconsiderar el fracaso de su tarea evangelizadora. Incluso en el diálogo con sus discípulos, Jesús pretende que éstos vean más claro que nadie su misión.

La región en que tiene lugar la escena se encuentra al noreste de Galilea de los paganos. Sin ser totalmente una tierra extranjera, la región participa mucho de esta condición. Si a esto se añade el contexto precedente que habla de la prevención contra la enseñanza específicamente religiosa judía, tendremos que concluir que Mateo está presentando y escribiendo en clave y perspectiva una nueva realidad religiosa.

Esta nueva realidad va a recibir en este texto el nombre de Iglesia de Jesús (v.18). Es la primera vez que el término Iglesia (ἐκκλησία, ecclesia) aparece en el Evangelio de Mateo para designar la comunidad de discípulos de Jesús, es decir, la comunidad de creyentes en Él.

Cristo mismo es la Buena Noticia que ha entrado en mi vida. Saber que tengo un Salvador da una perspectiva totalmente nueva a todo lo que hago, una orientación decisiva de cada acción, hacia un Dios que vive en mí.

En la lectura bíblica pareciera que lo clave es la pregunta que dirige en primera persona a sus seguidores: ¿Quién dicen ustedes que soy yo? Las respuestas son variadas. Para unos es Jeremías, para otros es Elías o Juan. Todos tienen en común que son hombres que hablan de las promesas de Dios.

Pedro toma la palabra y responde la pregunta con una clara y profunda profesión de fe: “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”. Jesús lo reconoce y alaba porque ha sabido captar la revelación de Dios. Con esta pregunta nos está interpelando, buscando en nosotros una respuesta renovada acerca de quién es Jesús para nosotros y la respuesta de Pedro siempre será un modelo de respuesta para cada uno de nosotros. Porque en nuestro caminar hay momentos en la vida en los que nos tenemos que hacer cargo que la adhesión, la respuesta, acerca de la identidad de Jesús y preguntarnos sinceramente quién es Él para nosotros y qué lugar ocupa en nuestra vida.

a. El camino de Jesús

El camino misterioso va hacia el interior. Es en nosotros, y no en otra parte, donde se halla la eternidad de los mundos, el pasado y el futuro. ¡La Iglesia de hoy no necesita cristianos a tiempo

parcial, sino cristianos de una pieza! La vocación del cristiano es la santidad, en todo momento de la vida. En la primavera de la juventud, en la plenitud del verano de la edad madura, y después también en el otoño y en el invierno de la vejez, y, por último, en la hora de la muerte.

Jesús de Nazaret, también llamado Cristo, Jesucristo o simplemente Jesús, fue un predicador y líder religioso judío del siglo I. Es la figura central del cristianismo y una de las más influyentes de la historia.

Se sabe que Cristo es una traducción del término hebreo “Mesías”, que significa “ungido”, y que se emplea como título o epíteto de Jesús de Nazaret en el Nuevo Testamento. En el cristianismo, Cristo se utiliza como sinónimo de Jesús.

Para el catolicismo, Cristo es el hijo de Dios hecho hombre para la salvación del género humano, y esa es la Buena Nueva: Dios ha enviado a su hijo. Hijo de Dios hecho hombre: para la Iglesia católica esto significa que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, se hizo hombre en el seno de María.

En un cristiano, Cristo es la verdad última de la vida, el criterio supremo de actuación y la única esperanza de salvación y liberación definitiva.

La fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teóricas sino en aceptarle a Cristo, creerle a Cristo y descubrir en Él la última verdad desde la cual podemos iluminar nuestra vida, interpretar la historia del hombre y dar sentido último a esa búsqueda de liberación que mueve a toda la humanidad. El cristiano es, por tanto, un hombre que, en medio de las diferentes ideologías e interpretaciones de la vida, busca en Jesucristo el sentido último de la existencia.

La fe cristiana no consiste tampoco en observar unas leyes y prescripciones morales procedentes de la tradición judía, sino aceptar a Cristo como modelo de vida en el que podemos descubrir cuál es la tarea verdadera que debe realizar el hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que, frente a diversas actitudes y estilos de vivir y comportarse, acude a Cristo como criterio último de actuación ante el Padre y ante los hombres.

La fe cristiana no es tampoco poner nuestra esperanza en un conjunto de promesas de Dios más o menos generales, sino apoyar todo nuestro futuro en Jesucristo nuestro Salvador, muerto por los hombres, pero resucitado por Dios, el único del que podemos esperar una solución definitiva para el problema del hombre. El cristiano es, por tanto, un hombre que en medio de los fracasos y dificultades de la vida y frente a diferentes promesas de salvación, espera de Cristo resucitado la salvación definitiva del hombre.

Por eso, en cualquier época, los creyentes que deseen vivir fielmente su fe cristiana, tendrán que preguntarse una y otra vez: ¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Quién es hoy Cristo para nosotros? ¿Qué podemos esperar de Él?

Agustín de Hipona, dice:

“Quien no ha tenido tribulaciones que soportar, es que no ha comenzado a ser cristiano de verdad”.

Nuestra tarea consiste en animar a cristianos y no cristianos a realizar obras de amor. Y cada obra de amor, hecha de todo corazón, acerca a las personas a Dios. Porque el cristianismo como doctrina se basa en la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret, a quien se considera el Mesías, Salvador e Hijo de Dios Padre.

El Poeta y filósofo alemán, Friedrich Leopold von Hardenberg, expresaba:

“tenemos tan sólo paciencia, vendrá, tiene que venir, el tiempo sagrado de la paz perpetua, en que la nueva Jerusalén será la capital del mundo; y hasta entonces sean alegres y animosos en los peligros del tiempo, compañeros de mi fe, anuncien con la palabra y las obras el Evangelio divino y permanezcan fieles a la fe verdadera e infinita hasta la muerte”.

El cristianismo tiene como libro sagrado la Biblia, compuesta por el Antiguo Testamento, que reúne los libros de la tradición religiosa judía, y el Nuevo Testamento, que contiene la vida y enseñanzas de Jesús, los hechos de los apóstoles y las cartas pastorales de los primeros cristianos. Las enseñanzas del Nuevo Testamento son casi exclusivas de la religión cristiana.

El cristianismo podría ser bueno, si alguien intentara practicarlo. El cristianismo ha hecho mucho por el amor convirtiéndolo en pecado. Cuando el cristianismo se convierte en instrumento del nacionalismo, queda herido en su corazón y se convierte en estéril. La cristiandad tiene que hacerse de nuevo viva y eficaz, y formarse otra vez una Iglesia visible sin respetar las fronteras nacionales, que acoja en su seno a todas las almas sedientas de lo supraterráneo y se haga gustosa mediadora entre el viejo y el nuevo mundo.

b. Cristo, Señor de la vida

Cuando dejas de soñar, dejas de vivir. La vida es una aventura atrevida o no es nada. A veces la vida no es cuestión de aptitud, sino de actitud. Por medio de Jesucristo podemos volver a nacer. Podemos cambiar; podemos cambiar completamente y podemos mantener ese cambio en nuestra vida. Jesús de Nazaret apareció en el pueblo judío como un personaje con rasgos propios de pro-

feta, que, después de la muerte de Juan el Bautista, causó un fuerte impacto en la sociedad judía.

La originalidad de su mensaje y de su actuación despertó la expectación política y las esperanzas religiosas dentro de su pueblo. Sin embargo, muy pronto se convirtió en motivo de discusiones apasionadas, fue rechazado por los sectores más influyentes de la sociedad judía y terminó su vida muy joven, ejecutado por las autoridades romanas que ocupaban el país.

Jesús de Nazaret, terminado en el fracaso total ante su pueblo, los dirigentes religiosos e incluso, ante sus seguidores más cercanos, parecía estar destinado al olvido inmediato. Sin embargo, no fue así. A los pocos días de su muerte, el círculo de sus desalentados seguidores vivió una experiencia única: aquel Jesús, crucificado por los hombres, ha sido resucitado por ese Dios al que Jesús invocaba con toda su confianza como Padre.

A la luz de la resurrección, estos hombres volvieron a recordar la actuación y el mensaje de Jesús, reflexionaron sobre su vida y su muerte, y trataron de ahondar cada vez más en la personalidad de este hombre sorprendentemente resucitado por Dios.

Recogieron su palabra no como el recuerdo de un difunto que ya pasó, sino como un mensaje liberador confirmado por el mismo Dios y pronunciado ahora por alguien que vive en medio de los suyos. Reflexionaron sobre su actuación, no para escribir una biografía destinada a satisfacer la curiosidad de las gentes sobre un gran personaje judío, sino para descubrir todo el misterio encerrado en este hombre liberado de la muerte por Dios.

Empleando lenguajes diversos y conceptos procedentes de ambientes culturales diferentes, fueron expresando toda su fe en Jesús de Nazaret. En las comunidades de origen judío reconocieron en Jesús al Mesías (el Cristo), tan esperado por el pueblo, pero en un sentido nuevo que rebasara todas las esperanzas de Israel.

Reinterpretaron su vida y su muerte desde las promesas mesiánicas que alentaban la historia de Israel. Y fueron expresando su fe en Jesús como Cristo atribuyéndole títulos de sabor judío (Hijo de David, Hijo de Dios, Siervo de Yahveh, Sumo Sacerdote).

En las comunidades de cultura griega, naturalmente, se expresaron de manera diferente. Vieron en Jesús al único Señor de la vida y de la muerte, reconocieron en Él al único Salvador posible para el hombre y le atribuyeron títulos de sabor griego (Imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, Cabeza de todo).

*Este hombre no es uno más. En Jesús, Dios se ha hecho hombre
para nuestra salvación.*

De maneras diferentes, todos proclamaban una misma fe: en este hombre Dios nos ha hablado. No se le puede considerar como a un profeta más, portavoz de algún mensaje de Dios. Este es la misma Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14). En este hombre Dios ha querido compartir nuestra vida, vivir nuestros problemas, experimentar nuestra muerte y abrir una salida a la humanidad.

c. El camino de nosotros

Charles Reade, decía:

“siembra un acto y cosecharás un hábito. Siembra un hábito y cosecharás un carácter. Siembra un carácter y cosecharás un destino”.

El destino no reina sin la complicidad secreta del instinto y de la voluntad. No mires nunca de dónde vienes, sino a dónde vas.

El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos. ¡Actúa en vez de suplicar! ¡Sacrificate sin esperanza de gloria ni recompensa! Si quieres conocer los milagros, hazlos tú antes. Sólo así podrá cumplirse tu peculiar destino.

El salmo 125 “Dios, alegría y esperanza nuestra”, describe que el destino mezcla las cartas, y nosotros las jugamos y que a menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo”:

“Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares.
Hasta los gentiles decían:
El Señor ha estado grande con ellos.
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres.
Que el Señor cambie nuestra suerte
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares.
Al ir, iban llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelven cantando,
trayendo sus gavillas”.

A veces nuestro destino semeja un árbol frutal en invierno. ¿Quién pensaría que esas ramas reverdecerán y florecerán? Mas esperamos que así sea, y sabemos que así será. Siempre se ha creído que existe algo que se llama destino, pero siempre se ha creído también que hay otra cosa que se llama albedrío.

El ejemplo está con la primera comunidad que fue descubriendo el misterio encerrado en Jesús a partir de una doble experiencia: el contacto con Jesús durante su vida y su exaltación después de la ejecución en la cruz. Si queremos nosotros seguir los pasos de esta comunidad, debemos soslayar dos errores, es preciso correr riesgos, seguir ciertos caminos y abandonar otros. Ninguna persona elige sin miedo:

1. El partir únicamente de su resurrección, olvidando totalmente quién fue Jesús de Nazaret, cómo actuó, qué postura adoptó ante la vida. En este caso, podríamos llegar a afirmaciones muy solemnes sobre Jesús y llamarlo Señor, Mesías, Salvador, Hijo de Dios, pero desconoceríamos su personalidad concreta y no podríamos aprender de Él cómo debemos enfrentarnos a la vida para alcanzar un día la resurrección.

Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz, y para subir a la Cruz hay que tener el corazón libre, desprendido de las cosas de la tierra. Nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida.

2. El partir únicamente de su historia terrestre olvidando la resurrección que da sentido a toda su vida y su muerte. En este caso, nos informaríamos de la vida de un gran hombre, llamado Jesús, pero nunca llegaríamos a descubrir su verdadera originalidad como liberador definitivo de este hombre que termina siempre fatalmente en la muerte.

En la cruz esta la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo. Por eso, recorreremos el siguiente camino:

- Trataremos de recoger algunos aspectos fundamentales de Jesús de Nazaret que nos ayuden a revivir de alguna manera la imagen de aquel hombre que tanto impresionó a sus contemporáneos.

- Trataremos de penetrar en la experiencia pascual de los primeros cristianos para comprender mejor qué es creer en Cristo resucitado.

Trataremos de conocer mejor la fe de los cristianos que se atreven a afirmar algo tan original como escandaloso: en Jesús de Nazaret Dios se ha hecho hombre por nuestra salvación. La Cruz nunca aplasta. Si su peso te hace tambalear, su potencia te endereza. Subamos al Calvario llevando nuestra cruz, con la convicción que este camino abrupto nos conduce a la visión de nuestro dulcísimo Salvador. La cruz permanece firme, mientras el mundo da vueltas.

2. MOSTRAR LO QUE OTROS OCULTAN

¿Cuál es la imagen que asumimos de Jesús? ¿Es la imagen que nos presenta la Palabra de Dios o es la imagen que a nosotros nos acomoda?

“Jesús dijo a sus discípulos: Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; toquen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que toca se le abre. ¿Hay acaso entre ustedes alguno que le dé una piedra a su hijo, si éste le pide pan? Y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Si ustedes, a pesar de ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, con cuánta mayor razón el Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quienes se las pidan. Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. En esto se resumen la ley y los profetas” (Mt 7,7-12).

Cuánta sabiduría hay en estas palabras. Es verdad que en cuanto a bondad y pureza de corazón nosotros, seres humanos, no tenemos

mucho de qué vanagloriarnos. Pero Jesús sabe que, en lo que se refiere a los niños, somos capaces de una generosidad infinita. Por eso nos alienta: si tenemos fe, el Padre nos dará su Espíritu.

Nuestra experiencia como creyentes nos convence de que Él es un Padre y que nos ama con un amor ilimitado, hecho visible por la persona de Cristo. Su presencia entre nosotros, su pasión, su muerte y su resurrección, han hecho clara la misericordia divina para nosotros. Es a partir de estos principios que extraemos los motivos de nuestra confianza y oración por el buen Dios. Estamos seguros de que nos escucha y cuida de cada uno de nosotros con el amor del Padre.

Jesús viene a confirmarnos en esta fe nuestra:

“pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y todo el que busca encuentra, y todo el que llama se le abrirá”.

Jesús esboza visiblemente la cuestión de su identidad, muestra a los discípulos su destino y los invita a un seguimiento radical.

Jesús tiene una confianza ilimitada en que el Padre quiere darnos todo lo bueno. Por eso nos exhorta a pedir con esa misma confianza. Como los niños pequeños, que todo lo esperan de sus padres. Si creáramos una encuesta acerca de lo que hoy se dice de Jesús nos encontraríamos muchas más respuestas que en aquel tiempo, algunas de las cuales, del todo desenfocadas. Atenderíamos opiniones tales como que Jesús es un maestro de moral; Jesús es el defensor de los pobres; Jesús es el operador de milagros; Jesús es una imagen objeto de devoción; Jesús es reformador de la sociedad; Jesús es el Salvador. Se podrían multiplicar las identidades que se le atribuyen a Jesús.

La fidelidad de Dios es eterna y ha mantenido su promesa y su alianza de generación en generación, libremente de las infidelidades, rebeldías, traiciones e idolatrías de su pueblo.

La historia del pueblo de Israel es este concatenarse de la fidelidad de Dios y de la infidelidad de su pueblo. La alianza encuentra su pleno cumplimiento en Cristo y en la fundación de su Iglesia. Cristo sella el inicio de la nueva alianza al fundar su Iglesia sobre los Apóstoles, con Pedro como fundamento visible en la tierra: el Papa. Y ratifica esta “alianza nueva y eterna” en el momento de la institución de la Eucaristía, memorial de su pasión redentora, pacto sellado en su Sangre preciosa para la remisión de todos los pecados.

La respuesta inspirada de Pedro -esto no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en los cielos- es el conocimiento interior prometido por Dios para aquellos con quienes establece la nueva alianza: todos me conocerán. Su Iglesia es el nuevo pueblo, con un mandamiento nuevo, con una doctrina nueva, llamada a crear hombres nuevos bajo la guía del Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro.

¿A qué Mesías seguimos hoy los cristianos? ¿Nos dedicamos a hacer las obras que hacía Jesús? Y si no las hacemos, ¿qué estamos haciendo en medio del mundo? ¿Qué está viendo y oyendo la gente en la Iglesia de Jesús? ¿Qué ve en nuestras vidas? ¿Qué escucha en nuestras palabras?

Al revelar nuestra identidad en Dios es saber quiénes somos con respecto a Él y por supuesto conocerlo. La naturaleza de Dios, su esencia, es el amor y con amor nos creó para propósitos específicos. Al entender nuestra identidad en Dios estaremos capacitados de defenderla y mostrársela a los demás.

El punto clave sobre la identidad está en descubrir quién eres y cómo te proyectas o presentas al mundo.

En la Biblia hay unas escenas que no se muestran y no se conocen, por ejemplo: cuenta la historia de cuatro jóvenes en el libro de Daniel que fueron arrancados de sus raíces, pero, que el simple hecho de ellos saber quiénes eran en y para Dios, fue determinante en su vida espiritual y su éxito en tierras lejanas. A pesar de que estos jóvenes estaban en un lugar con creencias, cultura e idioma completamente diferentes a lo que ellos conocían, y aun estando en el palacio del máximo representante de esa nación, no influyó en ellos para hacerlos cambiar, sino que ellos mantuvieron y defendieron quiénes eran (su identidad) y el Dios en quien habían creído.

Una vez entendamos el valor para Dios y el amor con que nos creó, te protege, provee y en general cuida de ti, entenderás quién eres para Dios. Ahora bien, debes poner empeño en conocer a Dios y el propósito para el cual fuiste creado.

Descubre tu Identidad en Dios, no en tu hábitat. Cuando comprendas quién eres desde una perspectiva espiritual y respecto a Dios, debes ser coherente en cuanto a modelar los valores que caracterizan el ser hijo de Dios y defenderlos no importa el ambiente en el que estés (así como Daniel y sus amigos) y no comprometer quién eres por complacer a los demás.

Alguien que sabe quién es, no cede a las provocaciones de los demás, no se deja arrastrar y no deja de ser quien es para complacer a otros.

El trabajo de querer complacer a otros es una carga muy pesada de llevar; siempre habrá presiones en el hábitat, pero es difícil que alguien que reconoce quién es, se deje llevar.

No importa qué tanto te critiquen por quién eres, eres de Dios y eso tiene más peso que cualquier crítica. Saber esto te da segu-

ridad y poder sobre lo que otros dicen. Es imposible controlar lo que otros piensan de ti, lo que puedes controlar es la forma en que te puede afectar.

Dios te creó con características específicas y especiales; con una personalidad única como una huella dactilar. Esa personalidad es lo que hace que tus relaciones sean genuinas y especiales. Las personas saben cuándo alguien no es real o se presenta diferente a como es y si no lo descubren de inmediato en algún momento lo sabrán.

Todos hemos realizado acciones contrarias al carácter y persona de Dios, esas cosas son las que debemos cambiar, las que no agradan a Dios. Por lo demás, Disfruta quién eres, muestra tu personalidad y brilla con esa luz hermosa que te ha dado Dios.

3. ¡TÚ ERES EL MESÍAS, EL HIJO DE DIOS VIVO!

Este pasaje tiene dos núcleos. El primero es el atrevido anuncio de Pedro de que Jesús es “Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo” (v.16). El segundo es la bendición y legitimación de Pedro. El pasaje nos pone en presencia de una doble identificación: por una parte, Jesús pregunta cómo le identifica la gente; por otra, Pedro es identificado por Jesús tras la confesión de fe de él. Además, si tenemos en cuenta el género literario de este pasaje típicamente semítico, resulta evidente que es Jesús quien dio a Simón el nombre de Pedro, con todo el simbolismo que dicho nombre comporta.

Jesús nos sigue planteando siempre la misma pregunta que planteó a sus discípulos: Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Y el gran reto que tenemos es que Jesús apruebe nuestra respuesta como aprobó la de Pedro:

“Dichoso tú, Simón, porque esto no te lo ha revelado ningún hombre, ¡sino mi Padre, que está en los cielos!” (v.17).

Esta contestación de Jesús indica que la declaración de Pedro sobre Jesús no fue fruto meramente del trato que ÉL había tenido con él, sino de una experiencia de fe. Pedro se había encontrado con Jesús en un plano superior al mero trato de amistad. Pedro descubrió y declaró que Jesús no solo era un hombre que decía y hacía cosas buenas, sino que era una persona en la que él había encontrado al mismo Dios y en la que él podía poner su confianza y su fe.

¿Nos hemos encontrado nosotros con Jesús? ¿Hemos experimentado el amor de Dios por nosotros en el trato con Jesús? ¿Se ha transformado nuestra propia vida en el encuentro con Jesús? Estas preguntas son importantes, porque la nueva evangelización, a la que estamos convocados, dice que el inicio de nuestra identidad como discípulos misioneros de Jesús es precisamente nuestro encuentro con ÉL, que de tal forma transforme nuestra vida, que nos permita descubrir nuestra más auténtica identidad personal y nuestra vocación y misión.

Pero, ¿dónde y cómo nos vamos a encontrar hoy con Jesús? ¿Quién facilitará nuestro encuentro con ÉL? Y si ya lo conocemos, ¿cómo fortalecemos su amistad?

El encuentro con Jesús auténtico será posible en primer lugar como encuentro de fe, en la Iglesia. Conocer a Jesús en su identidad verdadera como el Mesías, el hijo de Dios, no es posible desde una aproximación superficial, exterior, objetiva, sino como un encuentro de fe que transforma a la propia persona. Se facilita a través de la lectura de la Palabra de Dios, especialmente de los evangelios. Pero el encuentro con Jesús no significa conocer el texto de los evangelios o incluso sabérselo de memoria, sino abrirse en actitud de oración a la persona de la que esos textos hablan.

Un encuentro con Jesús se realiza a través de los sacramentos de la Iglesia, pero el encuentro con Jesús no significa realizar los ritos de manera digna y según las normas, sino dejarse tocar y transformar por Jesucristo que nos sale al encuentro con el amor y la misericordia de Dios en el signo sacramental.

El encuentro con Jesús es posible a través del servicio al prójimo, pero no consiste en dar cosas a los necesitados, sino en acogerlos y compadecerse de sus sufrimientos y dolores. Cuando eso ocurra, entonces conoceremos a Jesús no con un conocimiento humano, sino como gracia de parte del Padre que está en los cielos.

Simón Pedro escuchó a continuación que Jesús le otorgaba una nueva identidad y misión. Yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. A nosotros Jesús nos otorgará la identidad de discípulos misioneros suyos para construir la Iglesia por medio de nuestra fe, de nuestro testimonio y nuestra caridad.

Tendremos la misión de conducir a otros hacia Jesús.

Seremos misioneros que de este modo construyen la Iglesia como la comunidad de los discípulos de Jesús que vivimos unidos por un mismo Espíritu. Si Pedro es piedra fundamental de la Iglesia, nosotros somos las piedras vivas que edifican la Iglesia sobre el cimiento de Pedro y los apóstoles.

Ésta es la fuerza transformadora del Evangelio. Así se despliega la gracia de Dios que renueva y da vida. De este modo descubriremos también el sentido y misión de nuestra propia vida, cuando nos comprendamos a nosotros mismos a la luz del amor que Dios nos tiene y vivamos como hijos suyos que tenemos puestas en Él nuestra mirada.

Este gran don, este gran regalo de Dios, nos motiva a unir nuestra voz a la de san Pablo, que alaba la sabiduría y la ciencia de Dios.

En efecto, todo proviene de Dios, todo ha sido hecho por Él y todo está orientado hacia Él. A Él la gloria por los siglos de los siglos.

4. SOLO JESÚS EDIFICA LA IGLESIA

Agustín de Hipona, dice:

“Amad a esta Iglesia, permaneced en esta Iglesia, sed vosotros esta Iglesia”.

La Iglesia es la caricia del amor de Dios al mundo.

El episodio que venimos asimilando tiene lugar en la región pagana de Cesárea de Filipo. Jesús se interesa por saber qué se dice entre la gente sobre su persona. Después de conocer las diversas opiniones que hay en el pueblo, se dirige directamente a sus discípulos: “Y, ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”. Jesús no les pregunta qué es lo que piensan sobre el sermón de la montaña o sobre su actuación curadora en los pueblos de Galilea. Para seguir a Jesús, lo decisivo es la adhesión a su persona. Por eso, quiere saber qué es lo que captan en Él.

Simón toma la palabra en nombre de todos y responde de manera solemne: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús no es un profeta más entre otros. Es el último Enviado de Dios a su pueblo elegido. Más aún, es el Hijo del Dios vivo. Entonces Jesús, después de felicitarle porque esta confesión sólo puede provenir del Padre, le dice: “Ahora yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”.

Las palabras son muy precisas. La Iglesia no es de Pedro sino de Jesús. Quien edifica la Iglesia no es Pedro, sino Jesús. Pedro es sencillamente la piedra sobre la cual se asienta la casa que está

construyendo Jesús. La imagen sugiere que la tarea de Pedro es dar estabilidad y consistencia a la Iglesia: cuidar que Jesús la pueda construir, sin que sus seguidores introduzcan desviaciones o reduccionismos.

El Papa Francisco sabe muy bien que su tarea no es “hacer las veces de Cristo”, sino cuidar que los cristianos de hoy se encuentren con Cristo. Esta es su mayor preocupación. Ya desde el comienzo de su servicio de sucesor de Pedro decía así: “La Iglesia ha de llevar a Jesús. Este es el centro de la Iglesia. Si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, sería una Iglesia muerta”. “La Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios, no se puede separar a Cristo de la Iglesia”, dice el Papa Benedicto XVI.

Siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino Suya y no la dejará hundirse. Por eso, al hacer público su programa de una nueva etapa evangelizadora, Papa Francisco presenta dos grandes objetivos:

- En primer lugar, encontrarnos con Jesús, ya que, Él puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestras comunidades. Jesucristo puede también romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo.
- En segundo lugar, considera decisivo volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, por tanto, siempre que lo intentamos, brotan nuevos caminos, métodos creativos, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual.

La gente no va a la iglesia en busca de sermones sino a soñar con

Dios.

Asimismo, sería espantoso que la invitación del Papa a impulsar la renovación de la Iglesia no llegara hasta los cristianos de nuestras comunidades. Amar a la Iglesia significa también tener la valentía de tomar decisiones difíciles, teniendo siempre presente el bien de la Iglesia y no el de uno.

El pasaje de Mateo nos muestra la confesión de Pedro. El relato narra cómo este Apóstol reconoció la identidad fundamental de Jesús. Mientras la gente identifica a Jesús de manera aproximada y periférica, Pedro reconoció la verdadera identidad de Jesús, como el Mesías, el Hijo de Dios. A su vez, Jesús otorgó a Simón un nuevo nombre y con ello, una nueva misión y en cierto modo también una nueva identidad.

Pedro es el quicio de la Iglesia de Jesús, porque la fe en Cristo es la fuerza que sostiene la Iglesia.

Simón Pedro, conocido también como san Pedro, Cefas o simplemente Pedro, fue, de acuerdo con múltiples pasajes neotestamentarios, uno de los discípulos más destacados de Jesús de Nazaret. Su nombre de nacimiento era Simón bar-Jona y era pescador de oficio en el mar de Galilea.

Pedro es quien recibe la misión directamente de Jesucristo de llevar adelante la Iglesia. Pedro no lo buscó, no lo pidió. Cristo se lo entregó personalmente.

La identidad de Jesús sigue tan real como cuando se escribió el Evangelio. Jesús es quién es y su identidad no depende de que la reconozcamos o no. Pero el modo como nosotros percibimos, reconocemos y acogemos a Jesús sí condiciona nuestra relación con Él y lo que esperamos y recibimos de Él.

Al preguntarnos ¿Cómo se conoce a Cristo? Ciertamente, Él es mucho más de lo que puede aparecer en un libro o de lo que los

rumores digan por ahí. ¡Mucho más! Hay en Él una riqueza que apenas puedo imaginar. Conocerlo realmente es en el fondo un don del Padre, algo que llega hasta el fondo del alma y que ilumina toda mi realidad. El conocer a Cristo no es un fenómeno repentino, de la noche a la mañana. Así como en las madrugadas va saliendo el sol, poco a poco la luz y el calor lo inundan todo, pero todavía queda algo de oscuridad, algo así pasa con descubrir a Cristo.

Pedro tenía ya una idea de Jesús, pero poco después de su profesión de fe veo que no ha captado el mensaje completo. Su vida no estaba del todo conformada con el Señor. Y de igual modo mi vida cristiana es más bien un camino donde ya está amaneciendo, pero aún tengo que seguir avanzando en el conocimiento de Cristo. La plenitud llegará en el cielo, y aquí en la tierra tengo la esperanza de crecer cada día un poquito más.

5. LO QUE ATES Y DESATES

El Evangelio nos muestra que la autoridad de Pedro es tal, pues viene sustentada por Dios. La autoridad eclesíástica la es en razón por la ayuda divina al servicio de la comunidad: “Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo” (Mt 16,19). Pedro es quien recibe la misión directamente de Jesucristo de llevar adelante la Iglesia. Pedro no lo buscó, no lo pidió. Cristo se lo entregó personalmente. Y queda claramente definido que lo que él, Pedro, lo que ates o desates, quedará atado o desatado en el cielo.

Lo que ates y desates se cumple en el momento de exponer ante el sacerdote mis pecados.

Con estas palabras conseguimos concebir el significado del servicio de Autoridad del Papa. Asimismo, es un presentimiento del sacramento de la reconciliación.

Es la Iglesia la encargada de este perdón, otorgado por Cristo a Pedro. ¡Cómo no aprovechar este gran don que reconforta el alma, acrecienta la gracia (la amistad íntima con Dios), nos ayuda a ser perfectos en nuestra vida cristiana, sobre todo para no caminar remotamente, para abrir nuestro corazón al conocimiento de Dios! ¿Confiamos plenamente en estas palabras de Cristo? ¿O ya nos suenan como algo lejano e incomprensible?

Cristo no dice: “sobre estas piedras edificaré mi Iglesia o mis Iglesias”. Indica que Pedro es la piedra sobre la cual deja edificada su Iglesia. Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, 424:

“Movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: ‘Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo’ (Mt 16,16). Sobre la roca de esta fe, confesada por san Pedro, Cristo ha construido su Iglesia”.

Pedro es el garante, el guardián de las llaves. Esta es una clara invitación a renovar nuestro amor incondicional al Santo Padre, representante (vicario) de Cristo en la tierra. Es el puente (pontífice) que nos lleva a Dios a través de sus enseñanzas y gracias a Dios, también con el ejemplo de su vida.

El Papa es el obispo de Roma y, como tal, recibe la consideración de cabeza visible de la Iglesia católica y cabeza del Colegio Episcopal, además del título de soberano en el Estado de la Ciudad del Vaticano. El cargo de Papa es de tipo electivo, a través de un cónclave.

Ciertamente, ser fiel supone tomar en serio y tratar de vivir el estilo de vida que Jesús vivió, pero la fe cristiana no se puede

reducir a un compromiso ético y a un estilo de vida, sino que es algo más. La forma de vida cristiana nace de la relación de fe con Él y se define como seguimiento de Jesús. Es el fruto que nace de la relación con Él.

Difícil dejar caer en el olvido las enseñanzas y el maravilloso ejemplo de san Juan Pablo II, de Benedicto XVI, y hoy en día del Papa Francisco. Gran certeza gozamos al tener un guía asistido por el Espíritu Santo para llevar adelante a la Iglesia.

Sabemos que en el Papa los católicos asumimos un punto firme y seguro de nuestra fe porque Jesucristo quiso edificar su Iglesia sobre Pedro y sus sucesores. En sus enseñanzas y en su Magisterio Pontificio hallamos una roca inconvencible de frente a los oleajes de confusión doctrinal que hoy en día se arremolinan por doquier, sobre todo en todas esas sectas que quieren asolar, engañar y mentir a los fieles católicos.

En el Papa, en los Obispos y en los sacerdotes fieles, es decir, en todos aquellos que reconocen la Autoridad del Romano Pontífice, siguen su Magisterio y transmiten sus enseñanzas, encontramos al mismo Cristo, Buen Pastor, que guía a sus ovejas a los pastos del cielo.

El Magisterio es toda la enseñanza de la Iglesia; con ello la Iglesia conserva y transmite a través de los siglos, el depósito de la fe, es decir, el contenido de la Revelación. Todo el pueblo de Dios está llamado a conocer, custodiar y propagar el depósito de la fe, siendo tarea de toda la Iglesia proclamar el Evangelio de salvación a todos. En esta sección, documentos del Magisterio papal que inspiran y guían el trabajo del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

El cristiano sabe que puede encontrar en la doctrina social de la Iglesia los principios de reflexión, los criterios de juicio y las directrices de acción como base para promover un humanismo integral y solidario.

Somos llamados a ser la piedra fundacional para el progreso de las vidas de aquellos que nos rodean. San Juan nos dice en el Apocalipsis 2,17:

“que cada uno de nosotros recibirá un nuevo nombre cuando lleguemos al cielo”.

Hagamos todo lo posible para prepararnos a nosotros mismo, aquí en la tierra, para recibir alegremente aquel nuevo nombre misterioso.

A pesar de los contratiempos y de los azotes del mal hacia la humanidad, tenemos la promesa de Cristo: el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. No pueden vencer ni en mi vida ni en la Iglesia, si realmente caminamos según la voluntad de Dios.

Esto no es ajeno a nuestra fe, o al menos no debería serlo. Y hay que ser conscientes que siempre ha habido, los hay y los seguirá habiendo, quienes se consideran más papistas que el Papa. A ellos, a los más papistas que el Papa, a ellos Dios nunca les dio las llaves, Dios nunca les prometió nada y no son garantes de nada. Quizá ya se han encontrado con alguien que ataca directa y llanamente al Papa porque, según su opinión, el Papa está equivocado.

Los hay incluso que van más allá diciendo que el Papa actual sigue siendo Benedicto y no Francisco. Son personas que se piensan superiores al Espíritu Santo y que le quieren corregir la plana a Jesucristo: No, Jesús, las puertas de la muerte sí prevalecieron contra ella porque ahora hay un Papa que no se rige por la camisa de fuerza que yo insisto se debe usar, de un Papa que ya no vive en un palacio, que no usa zapatos rojos, pero es rojillo.

Son el tipo de personas que se quedaron atrapadas y se niegan en caminar al paso de la Iglesia y que interpretan con mirada miope la realidad eclesial actual. La promesa de Cristo se hace presen-

te día a día, y las puertas del infierno no prevalecerán porque esa es Su promesa, no la nuestra.

En última instancia, en la identidad del cristiano estas palabras del Papa Francisco: “Siempre hay posibilidad de cambio, estamos a tiempo de reaccionar y transformar, modificar y cambiar, convertir lo que nos está destruyendo como pueblo, lo que nos está degradando como humanidad”, por eso que hermosos son los pies del mensajero.

Qué hermosos son los pies

“¡Qué hermosos son los pies
del que anuncia la paz a sus hermanos!
¡Y qué hermosas las manos
maduras en el surco y en la mies!
Grita llena de gozo,
pregonero, que traes noticias buenas:
se rompen las cadenas,
y el sol de Cristo brilla esplendoroso.
Grita sin miedo, grita,
y denuncia a mi pueblo sus pecados;
vivimos engañados,
pues la belleza humana se marchita.
Toda yerba es fugaz,
la flor del campo pierde sus colores;
levanta sin temores,
pregonero, tu voz dulce y tenaz.
Si dejas los pedazos
de tu alma enamorada en el sendero,
¡qué dulces, mensajero,
qué hermosos, que divinos son tus pasos!”

Amén.

CON CRISTO ¡SÍ SE PUEDE!

*"Nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida"
(Papa Francisco).*

AMBIENTACIÓN

Jesús les dijo: "Síguenme y yo los haré pescadores de hombres". Nadie puede realmente llamarse a sí mismo un discípulo de Jesús si no está dispuesto a obedecerlo y renunciar. Cuando Jesús llamó a sus primeros discípulos, simplemente dijo: "Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres" (Mc 1,17).

El ser seguidor de Jesús no es cargar una cruz, pues, ser cristiano es responder al "sígueme" al llamado de Jesús; es caminar todos los días junto a Él. El renunciar no es tener una vida sencilla o fácil, el renunciar es tener una vida donde está Cristo. Cristo no me promete una vida sin renuncia sino me promete una vida con Él. De mí depende cargar una cruz con Cristo o sin Cristo y seguirle amándolo.

"Junto con Jesús iba un gran gentío, y Él, dándose vuelta, les dijo: Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su Cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. ¿Quién de ustedes, si quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que, una vez puestos los cimientos,

no pueda acabar y todos los que lo vean se rían de él, diciendo: Éste comenzó a edificar y no pudo terminar. ¿Y qué rey, cuando sale en campaña contra otro, no se sienta antes a considerar si con diez mil hombres puede enfrentar al que viene contra él con veinte mil? Por el contrario, mientras el otro rey está todavía lejos, envía una embajada para negociar la paz. De la misma manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo” (Lc 14,25-33).

¿Si nos preguntamos que es la cruz? Simplemente expresamos: Dos palos, uno a través del otro, en ángulo recto, sobre los cuales los antiguos mataban a los malhechores y sobre los cuales sufrió Jesucristo. Instrumento de tortura formado por dos palos, uno transversal al otro, en forma de T, utilizado en el oriente semítico y adoptado por los romanos. Jesucristo murió en una cruz, por lo que se convirtió, desde el siglo IV, en el principal símbolo religioso cristiano, objeto de culto privado y público.

En un poema de, santa Teresa de Ávila, en la cruz está la vida, hallamos estas palabras: “En la cruz esta la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo”. Sin duda, que la cruz es algo real, algo que cuesta y pesa. Al mismo Cristo le pesó y se cayó, pero siguió caminando porque Él no miraba la cruz, Él caminaba mirándonos, caminaba amándonos y renunciando. Así convendría cargar mi cruz, mirándole, amándole y renunciando.

Cada altar tiene su cruz. “Con la cruz, Jesús se une a todas las personas que sufren hambre, en un mundo que, por otro lado, se permite el lujo de tirar cada día toneladas de alimentos”, dice el Papa Francisco. A muchos nos da miedo la idea de tener que cargar con una cruz, esto es algo natural, a nadie le gusta tener

dolor o sufrir por algo. La gente siempre pregunta ¿por qué para ser cristiano hay que cargar con una cruz y renunciar? ¿Si Dios es bueno por qué nos pide eso?

No hemos de confundir la cruz con cualquier desgracia, contrariedad o malestar que encontramos en la vida. La cruz da miedo. Pero seguir a Jesús significa inevitable aceptar la cruz que se presenta a cada cristiano. Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la cruz, y para subir a la cruz hay que tener el corazón libre, desasido de las cosas de la tierra.

Algunos puntos fundamentales sobre esta reflexión teológica, bíblica y pastoral, son los siguientes:

1. Tomar la cruz
2. El camino del discípulo
3. Dios sigue llamando
 - a. Características del discípulo
 - b. Renunciar a todo
4. Aprender a renunciar
5. Acercándose, Jesús les habló
6. Siguiendo a Jesús
 - a. Comunidad fraterna
 - b. Comunidad levadura
7. Dios es nuestro protector
 - a. Confianza en Dios ante el peligro
 - b. Oración del inocente perseguido

Pero ¿qué es la cruz para nosotros? Es nuestra pregunta. Sí, es el signo de los cristianos, es el símbolo de los cristianos. Y nosotros nos hacemos el signo de la cruz, pero no siempre lo hacemos bien, a veces hacemos mal. Porque no tenemos esta fe en la cruz. “Todo es posible para el que cree” (Mc 9,23).

El discipulado es la verdadera identidad del cristiano, y será el discipulado lo que te dará la libertad. El discípulo es un hombre libre porque permanece en el Señor. Y, permanecer en el Señor, ¿qué significa?: Dejarse guiar por el Espíritu Santo, dice el Papa Francisco.

1. TOMAR LA CRUZ

El Papa Francisco afirmó que todo cristiano está llamado al compromiso de ‘tomar la cruz’, con lo que participa con Cristo en la salvación del mundo. Hemos reflexionado con los Evangelios que Jesús empieza a hablar de su Pasión y asegura a sus discípulos que deberá sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría (Mt 16,21).

Pedro se rebela y le dice: –Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso. A lo que Jesús le responde: –¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son como los de Dios, sino como los de los hombres.

Para Pedro y los otros discípulos, pero también para nosotros, la cruz es algo incómodo, la cruz es un escándalo, mientras que Jesús considera escándalo el huir de la cruz, que sería como eludir la voluntad del Padre, a la misión que ÉL le ha encomendado para nuestra salvación.

¿Cómo se entiende esto? ¡Nos sucede a todos! En los momentos de devoción, de fervor, de buena voluntad, de cercanía al prójimo, miramos a Jesús y vamos adelante; pero en los momentos en los que viene la cruz, huimos.

En el camino del discípulo, al decir: –Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz, y me siga, Jesús muestra el verdadero camino del discípulo en dos actitudes:

1. **Es renunciar a sí mismos**, que no significa un cambio superficial, sino una conversión, una inversión de mentalidad y de valores.
2. La otra actitud es la de **tomar la cruz**, no se trata solo de soportar con paciencia las tribulaciones cotidianas, sino de llevar con fe y responsabilidad esa parte de cansancio, esa parte de sufrimiento que la lucha contra el mal conlleva. La vida de los cristianos es siempre una lucha. La Biblia dice que la vida del creyente es una milicia: luchar contra el espíritu malo, luchar contra el mal.

Con el significado de la cruz, tomar la cruz significa participar con Cristo en la salvación del mundo. Por ello, al portar una cruz o tenerla en casa, en la institución, los cristianos deben verla como un signo de su compromiso asumido, del deseo de servir con amor a los hermanos, especialmente a los más pequeños y frágiles.

La cruz es signo santo del amor de Dios, es signo del Sacrificio de Jesús, y no debe ser reducida a objeto supersticioso o joya ornamental.

Si queremos ser discípulos de Jesús, “estamos llamados a imitarlo, gastando sin reservas nuestra vida por amor de Dios y del prójimo. Llevar la cruz como memoria de que Dios se hizo hombre para salvarnos. La única salvación está en Cristo crucificado, porque sólo Él, como significaba la serpiente de bronce, ha sido capaz de tomar todo el veneno del pecado y nos ha curado.

Jesús dice a sus enemigos: “Cuando habrán levantado al Hijo del hombre, entonces conocerán. El que no mira la cruz, así, con fe, morirá en sus propios pecados, no recibirá aquella salvación”.

El discípulo permanece en el Señor. Sí, aquellos que permanecen en la Palabra de Jesús tienen la específica identidad cristiana,

y ¿cuál es?: “Sois de verdad mis discípulos”. La identidad cristiana no es una carta de identidad que diga “yo soy cristiano”, no. La identidad cristiana es el discipulado. “Tú, si permaneces en el Señor, en la palabra del Señor, en la vida del Señor, serás discípulo”.

El negarse a sí mismo, no es odiarse o mirarse con desprecio, sino apreciarse como verdadero hijo de Dios, pero no colocarse como único Dios como pretenden las modernas ideologías que colocan al hombre sobre todas las cosas, pero que acaban despreciando a los “otros hombres y mujeres” para afianzar el egoísmo.

El tomar la cruz, cargar la cruz, es asumir la misma misión de Jesús que obedece al Padre con alegría y plenitud pero que se llena de amor y entrega también a todos los hombres por quien se ha hecho carne.

El apóstol Pablo nos invita a seguir el camino de Jesús y a hacerlo todo sin quejas ni discusiones, para que podamos ser verdaderamente hijos de Dios y brillar como antorchas en el mundo. Cuando Jesús pone muy claras sus condiciones está suponiendo que hay un corazón que lo ama, de otro modo no se entienden renunciaciones estoicas y miserias humillantes.

2. EL CAMINO DEL DISCÍPULO

La enseñanza de Jesús es respuesta para la vida de los discípulos. El camino del discipulado está en su palabra. Alcanzamos experimentar seguridad y gozo cuando andamos por ese camino, incluso en tiempos de peligro, tristeza e inseguridad.

El tiempo en el que vivimos es una época en que muchos se alarman por su sostén. Se preocupan por el futuro y dudan de su capacidad para resolver los desafíos con los que se enfrentan. Muchos han sufrido adversidades y tristeza en su propia vida; an-

helan saber cuál es el significado y el propósito de la vida. Viven momentos difíciles y no pueden encontrar solución a sus situaciones, pero lo más neurálgico es que hay fe en Dios, mantienen esos sueños vivos, comprenden que para lograr cualquier cosa se requiere fe y creer en sí mismos, visión, trabajo duro, determinación y dedicación. Se recuerda que todo es posible para aquellos que creen o, como dice Voltaire: “La fe consiste en creer cuando está más allá del poder de la razón creer” y es posible para el que cree.

Ser un discípulo de Jesucristo es estar en una relación con Jesús, es buscar ser como Jesús.

Hay necesidad de auténticos seguidores, de discípulos fieles y entregados al servicio del ser humano. ¿Qué es un discípulo? es un seguidor, uno que confía y cree en el maestro y sigue sus palabras y ejemplo, está llamado hacer siempre el bien. Por eso el maestro ha de guiar a su discípulo, con buenos pasos y con un corazón humano, pero lo que en ningún tiempo debe hacer es inculcarle ni sus experiencias ni sus interpretaciones. Por lo tanto, ser un discípulo es estar en una correspondencia. Es tener una relación íntima, instructiva e imitativa con el maestro.

En otras palabras, “sigan mi ejemplo como yo sigo el de Cristo” (1Co 11,1) porque como sus discípulos, pertenecemos a Cristo. El discípulo de Jesús tiene ciertas características que son acordes con una relación con Jesús. ¿Cuáles son las cualidades de un discípulo de Cristo? ¿Cuáles son los rasgos de aquellos que siguen y son llamados discípulos de Cristo?

El término de discípulo se aplica comúnmente a uno que está aprendiendo cualquier arte o ciencia bajo la enseñanza de uno distinguido por sus logros. En la Biblia, por ejemplo, decimos que es la persona que sigue las enseñanzas de un maestro. Los seguidores

de Juan el Bautista son llamados discípulos, en los Evangelios, Mt 9,14. En el Nuevo Testamento, este título se les da principalmente a los doce apóstoles, Mt 5,1; 8,23. Nadie puede realmente llamarse a sí mismo un discípulo de Jesús si no está dispuesto a obedecerlo.

En los Hechos de los apóstoles encontramos que los primeros seguidores de Jesucristo fueron llamados cristianos por primera vez cuando el testimonio de la fe llegó a la ciudad de Antioquía (Hch 11,25). Aunque inicialmente fue un término de burla, los seguidores de Cristo pronto abrazaron la designación cristianos porque los identificaba abierta y frescamente con Cristo. Pero antes de que el título de cristiano fuera ampliamente aceptado, ¿cómo eran llamados los primeros seguidores de Cristo? Simplemente los llamaban “discípulos”. Discípulo era la referencia preferida para los creyentes.

El discípulo decide permanecer en la Palabra de Dios y hace de ella su cimiento de vida. También es aquel que oye la Palabra y la pone en práctica, la aplica y la vive. A su vez es aquel que construye sobre la piedra en vez de construir sobre la arena. El acto de permanecer es uno de constancia, no es esporádico ni intermitente. Es el discípulo de la gente y para la gente.

Cristo es quien nos llama a ser sus discípulos y es quien promete conducirnos por ese sendero. Así siempre lo ha hecho y lo hará.

Durante sus años de ministerio público Jesús invirtió mucho tiempo de definir rotundamente como es un discípulo y como es su crecimiento. De forma intencional Cristo dio definiciones de lo que es un discípulo para marcar un camino de principios y una ruta clara a seguir para todos aquellos que respondamos a su llamado. Es preciso que en su Evangelio describió algunas características del discípulo.

La vida del discípulo debe producir frutos de vida eterna en su carácter, acciones, motivos, pensamientos y palabras. Su vida naturalmente crece y crece porque Dios mora en él y lo transforma a su imagen y semejanza. Nuestros ojos se abren, nuestro entendimiento en Dios se aumenta, y la comprensión de su voluntad se hace tan clara que reconocemos que ella es lo mejor para nuestra vida.

El discípulo en su madurez es llamado a dar frutos, ayudar a su prójimo a que llegue a ser con él un discípulo de Cristo. Solo uno que ha experimentado libertad pueda mostrarle el camino de libertad a otros. Solo uno que ha experimentado el poder de la gracia de Dios puede contar cuán grande son las abundantes reservas de esa maravillosa gracia.

El camino para seguir a Jesús está abierto siempre para todos y ser sus discípulos, afortunadamente, el único paso en el sendero del discipulado emprende en el mismo lugar en donde nos hallamos. No tenemos que cumplir con ningún requisito para dar ese primer paso. No importa nuestra clase si somos ricos o pobres. No se nos exige tener muchos saberes, ser elocuentes ni doctos. No tenemos que ser perfectos ni hablar bien, ni siquiera tener buenos principios. Lo único que sabemos es que la vida está llena de felicidad y lágrimas; sé fuerte y ten fe.

El Apóstol Pablo, dice:

“¿Debería acaso llevar cartas de recomendación de ustedes o para ustedes, como hacen otros? Ustedes mismos son nuestra carta de recomendación; es una carta escrita en el interior de las personas, pero que todos pueden leer y entender. Nadie puede negar que ustedes son una carta de Cristo, de la que hemos sido instrumentos, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; carta no grabada en tablas de piedra, sino en corazones humanos” (2Co 3,2-3).

3. DIOS SIGUE LLAMANDO

Los discípulos siguieron a Jesús. Seguir a Jesús no significa que no tendremos tribulaciones. De hecho, muchísimos discípulos de Jesús han sufrido enormes persecuciones. El apóstol Pablo habla de esto, cuando dice: “Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí, pero me dijo: –Te basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad. Mejor, pues, me preciaré de mis debilidades, para que me cubra la fuerza de Cristo” (2Co 12,8-9).

El ser discípulo de Cristo vislumbra un llamado de estar con Él y conocerle, como también, seguirle, y hacer discípulos de otra gente. Igualmente, es prudente pedir una expansión del contexto de este compromiso. ¿Dónde cabe en su totalidad dentro del plan de Dios?

Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: –¿Qué buscáis?

Ellos le contestaron: –Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?

Él les dijo: –Venid y lo veréis.

Entonces fueron, y vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: – Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús.

Jesús se le quedó mirando y le dijo: –Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro)” (Jn 1,35-42).

Juan en su Evangelio estimula a reflexionar la vocación de los primeros discípulos de Jesús y asimismo la nuestra. Después de las palabras del Bautista, estos dos discípulos, movidos interiormente por la gracia, se acercaron al Señor. A veces, Dios dirige una llamada directa y personal que remueve interiormente las almas y le invita a su seguimiento; otras veces, como en este caso, quiere servirse de alguien que está a nuestro lado, que nos conoce y nos sitúa frente a Cristo.

Con estos dos discípulos ya el deseo de ver al Mesías; las palabras de Juan les conmueven a buscar la amistad con el Señor: no es el provecho sólo humano, sino la personalidad de Cristo lo que les cautiva. Quieren conocerle, tratarle, ser adoctrinados por Él y gozar de su compañía.

La fe cristiana no se reduce sólo a la pura curiosidad intelectual, sino que es toda una vida, que no entenderá quien efectivamente no la viva; por eso el Señor no les explica inicialmente cuál es su modo de vida, sino que les invita a que convivan con Él un día.

Posteriormente, el apóstol Juan, que disuade en su Evangelio la experiencia de toda una vida, narra su primer encuentro con Jesús con el encanto de lo que nunca se olvida.

Aquellas horas que habían pasado junto al Señor producen los primeros frutos de apostolado. Andrés, sin poder ocultar su gozo, comunica a Simón Pedro la noticia de haber encontrado al Mesías y le lleva hasta Él. Como entonces, también ahora es urgente hacer que otros conozcan al Señor. Jesús mira a Simón afectuosamente. ¡Cuánto nos gustaría contemplar cómo era la mirada de Jesús! Aquí, por las palabras que pronuncia el Señor, aparece como imperiosa y entrañable. Su mirada penetrante ponía al descubierto el alma frente a Dios, y suscitaba al mismo tiempo el examen y la contrición.

Expresamos que el Señor nos llama también a nosotros. Una vez que Jesús subió a los Cielos, el seguimiento no es ya, eviden-

temente, un acompañamiento físico por los caminos de Palestina, sino que el cristiano debe vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Jesucristo, de manera que pueda exclamar con el apóstol Pablo: “He sido crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20).

La invitación del Señor comporta siempre un ponerse en camino; es decir, conlleva la exigencia de una vida de esfuerzo y de lucha por cumplir en cada momento lo que Dios espera de nosotros, aunque esto requiera una entrega abnegada y generosa.

a. Características del discípulo

El amor es una de las características del discípulo cristiano. El que Cristo nos mande a amar indica que el amor no es solamente un sentimiento o una preferencia; es lo que uno hace y cómo uno se relaciona con otros; es decir, una decisión, un compromiso, una manera de comportarse.

Declara Jesús que el mundo conocerá que somos sus discípulos si nos comportamos amorosamente los unos hacia los otros. Cismas, disputas, críticas mordaces y difamación, son contrarias al espíritu de Cristo. Su amor fue un amor sacrificial, incondicional; es un amor constante y espontáneo, que vela por los mejores intereses del ser amado. Él nos manda que nos amemos como Él nos ha amado.

Jesús vino a darse como un sacrificio para todos los pueblos. Invita a tomar la cruz. Mensaje que fue anunciado al principio de la historia humana, escrito con una señal divina en el sacrificio de Abraham y en el sacrificio de la Pascua, con más detalles señalados en el Antiguo Testamento. ¿Por qué era su muerte tan significativa que Él merecía tanta importancia? Eso es una pregunta digna de la consideración. La Biblia revela algo como

una ley cuando indica: “Porque la paga del pecado es la muerte. La vida eterna, en cambio, es el don de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rm 6,23).

El punto a mencionar del pacto de Abraham es demostrar que el plan de Dios se centra en bendecir a la gente; ese es Él. De eso se trata el discipulado con sus rasgos fundamentales. Se trata de bendecir al pueblo y a la gente intencionalmente y que se salve, ese es el plan de Dios. Yahvé dijo a Abraham:

“Deja tu país, a los de tu raza y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación y te bendeciré; voy a engrandecer tu nombre, y tú serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. En ti serán bendecidas todas las razas de la tierra” (Gn 12,1-3).

La promesa de Dios para Abraham, el padre en la fe las mostramos en diferentes acontecimientos extraordinarios, por su fidelidad, incluye:

- Semilla (una nación que viene de sus lomos).
- Una tierra en donde vivir.
- La bendición personal de un nombre estimado y de reputación.
- Bendición universal (por ejemplo, bendecir al mundo entero a través de Abraham). De tal modo, desde el principio de la creación el plan de Dios siempre ha sido bendecir a la gente. Su elección de Abraham revela la naturaleza personal y universal de ese plan.

El plan de Dios y el pacto con Abraham nos preparan a todos para los tratos de Dios con la gente en el presente y el futuro, pre-

parando en forma la semilla el fundamento del pacto con David y nuevo pacto, como manifiesta en las Escrituras.

Asimismo, en sus semblantes el discípulo es fiel. Sin duda alguna una de las características del discípulo cristiano es la fidelidad. Así como se dice del amor y de la justicia, la fidelidad de Dios forma parte de su ser; son inherentes a su divinidad. La fidelidad es un rasgo que se nos exige a nosotros como discípulos de Dios.

b. Renunciar a todo

La cruz tiene el sentido del amor y de la resurrección que da vida a todas las personas. ¿Cómo estamos siguiendo nosotros a Jesús? ¿Cómo recibo el regalo del sacrificio de Jesús?

El renunciar a todo y tomar la cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho Él aquel día de su muerte. A veces hay que ser fuertes en la vida al estilo del mensaje bíblico y renunciar a todo para estar con Jesús. Nada de apegos y despojados de todo. Para no sentirse tentado de echar marcha atrás. Así como lo han hecho varios para ir a evangelizar y seguir al Señor para ser dignos discípulos suyos.

Por eso el ser discípulo de Cristo es privilegio de muy pocas personas las consagradas, pero no de los cristianos de a pie, que luchan cada día contra mil obstáculos para tratar de ser buenos. Al fin y al cabo, a la mayoría de la gente del mundo les va como en feria.

En nuestra opción de seguir a Jesús hoy ¿de qué necesitamos liberarnos para seguirlo auténticamente? Para seguir a Cristo, sólo hay que dar el sí generoso y Dios hará el resto en nuestra vida. Hay una realidad en esta acción de Jesús, pasa de la mesa al camino. Se nos habla del discipulado y presenta las condiciones para que alguien pueda ser discípulo de Jesús.

¿Qué necesitamos para caminar? Simplemente liberarnos de cualquier atadura que pueda ser impedimento y decidarnos a ir hacia adelante. Todo lo que somos y tenemos, nuestros vínculos y nuestros bienes, quedan subordinados a esta meta del discipulado. Todo se ordena para que podamos caminar tras las huellas de Jesús. Se trata, en definitiva, de una opción de vida.

El estilo cristiano, sin cruz, no es cristiano, y si la cruz es una cruz sin Jesús, no es cristiana. El estilo cristiano toma la cruz con Jesús y va adelante. No sin cruz, no sin Jesús.

Este es el estilo cristiano porque Jesús ha recorrido antes este camino. Nosotros no podemos pensar la vida cristiana fuera de este camino. Siempre está este camino que Él ha hecho antes: el camino de la humildad, el camino también de la humillación, de negarse a uno mismo y después resurgir de nuevo. Este es el camino, arduo y difícil se seguir.

Jesús ha dado el ejemplo y aun siendo igual a Dios, se humilló a sí mismo, y se ha hecho siervo por nosotros. Este estilo nos salvará, nos dará alegría y nos hará fecundos, porque este camino de renegarse a sí mismo es para dar vida, es contra el camino del egoísmo, de estar apegado a todos los bienes solo para mí. Este camino está abierto a los otros, porque ese camino que ha hecho Jesús, de alunamiento, ese camino ha sido para dar vida.

4. APRENDER A RENUNCIAR

Jesús, expresa a sus discípulos: “El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo suyo” (v. 33). Y, aunque comprende nuestra debilidad y nuestra situación personal en los diversos

momentos y circunstancias por los que pasamos en nuestra vida, no rebaja sus exigencias: tenemos que seguir esforzándonos para ganar el premio, todo por amor aprendiendo a renunciar.

Muchas veces se presentan caídas, fracasos y derrotas. ¿Quién no las tiene? Pues, nadie nace campeón ni vencedor. Los héroes y los santos no nacen. Se van haciendo. Sigamos luchando, ya que, con grandísimos bríos y entusiasmo, aunque a veces, en el Maratón de la vida, en lugar de correr no podamos sino arrastrarnos. Es Jesús en persona el que vendrá en nuestra ayuda y el premio que nos proporcionará no será una simple medalla de oro, sino la vida eterna. Si se renuncia a todo lo que se ama, por amor con Cristo ¡Sí se puede!

Cuando se celebraban los espectáculos, por ejemplo, todos podemos contemplar el impresionante esfuerzo que hacen los atletas en sus torneos. A ellos no se les rebajan los récords o la marca Olímpica. Deben luchar todos por superarla. Los más avanzados son los que reciben las medallas.

De esta manera, ocurre en la vida de cada cristiano. El apóstol Pablo, conversando a los Corintios gente familiarizada con los deportes agónicos y las competencias olímpicas, dice:

“—¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, más uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así, pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado”

(1Co 9,24-27).

Jesús va camino de Jerusalén. Mucha gente le ‘acompañaba mucha gente’. Sin embargo, Jesús no se hace ilusiones. No se deja engañar por entusiasmos fáciles de las gentes. A algunos les preocupa hoy cómo va descendiendo el número de los cristianos. A Jesús le interesaba más la aptitud de sus seguidores que su número.

Con Cristo, ¡Sí se puede! “Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26).

El aprender a renunciar, de pronto se vuelve y comienza a hablar a aquella muchedumbre de las exigencias concretas que encierra el acompañarlo de manera lúcida y responsable. No quiere que la gente lo siga de cualquier manera. Ser discípulo de Jesús es una decisión que ha de marcar la vida entera de la persona.

En la pedagogía del mensaje bíblico, Jesús les habla de la familia. Aquellas gentes tienen su propia familia: padres y madres, mujer e hijos, hermanos y hermanas. Son sus seres más queridos y entrañables. Pero, si no dejan a un lado los intereses familiares para colaborar con Él en promover una familia humana, no basada en lazos de sangre sino construida desde la justicia y la solidaridad fraterna, no podrán ser sus discípulos.

En este aprender a renunciar Jesús no está pensando en deshacer los hogares eliminando el afecto y la convivencia familiar. Pero, si alguien pone por encima de todo el honor de su familia, el patrimonio, la herencia o el bienestar familiar, no podrá ser su discípulo ni trabajar con Él en el plan de un mundo más humano y más justo a los ojos de Dios.

Más aún. Si alguien solo piensa en sí mismo y en sus cosas, si vive solo para disfrutar de su bienestar, si se preocupa únicamente de sus intereses, que no se engañe, no puede ser discípulo de Je-

sús. Le falta libertad interior, coherencia y responsabilidad para tomarlo en serio.

El hablar de Jesús a veces es riguroso y evidente: “Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser mi discípulo”. Si uno vive evitando problemas y conflictos, si no sabe asumir riesgos y penalidades, si no está dispuesto a soportar sufrimientos por el reino de Dios y su justicia, no puede ser discípulo de Jesús. No se puede ser cristiano de cualquier manera. No hemos de confundir la vida cristiana con formas de vivir que desfiguran y vacían de contenido el seguimiento humilde, pero responsable a Jesús.

Es de sorprender la libertad del Papa Francisco para denunciar estilos de cristianos que poco tienen que ver con los discípulos de Jesús:

“cristianos de buenos modales, pero malas costumbres, creyentes de museo, hipócritas de la casuística, cristianos incapaces de vivir contra corriente, cristianos corruptos que solo piensan en sí mismos, cristianos educados que no anuncian el Evangelio”.

En consecuencia, sabemos que seguir a Cristo nunca ha sido fácil, pues, lo que Él presenta es ir contracorriente siempre. Dejarlo todo y seguirle cuesta mucho, en una sociedad donde poseer bienes, salud, cosas, es signo de prosperidad y de prestigio. Pedirle a alguien hoy que debe renunciar a todo eso, parece algo descabellado y poco realista. No es extraño que haya tan pocas vocaciones a la vida consagrada o simplemente a una vida cristiana seria y comprometida.

5. ACERCÁNDOSE, JESÚS LES HABLÓ

Es la historia la que nos indica que el discípulo durante la Edad de Oro de Grecia, se podía ver al joven Platón recorrien-

do las calles de Atenas en búsqueda de su maestro: el andrajoso, descalzo y brillante Sócrates. Posiblemente, está el comienzo del discipulado. Sócrates no escribió libros. Sus seguidores escuchaban atentamente cada palabra que les hablaba y observaban las cosas que él hacía a fin de prepararse para enseñar a otros. Supuestamente el sistema dio resultados: posteriormente Platón fundó la academia donde se continuó enseñando filosofía y ciencia por novecientos años.

Jesús, el maestro utilizó una relación similar con sus discípulos que Él preparó para expandir el Reino de Dios. Sus discípulos estuvieron con Él día y noche en diferentes lugares, escucharon sus sermones y memorizaron sus enseñanzas. Le vieron dar testimonio de la vida que les enseñó. Entonces, después de su ascensión, los discípulos transmitieron las palabras de Cristo a otros y los estimularon a adoptar su estilo de vida y a obedecer sus enseñanzas.

Un discípulo seguidor es como el alumno que memoriza las palabras, acciones y estilo de vida de del maestro en preparación para enseñar a otros. En el discipulado cristiano es una relación de maestro a discípulo, basada en el estilo de Cristo y sus discípulos, en la cual el maestro reproduce en el alumno la plenitud de vida que él tiene en Cristo, en tal forma que el discípulo se habilite para adiestrar y enseñar a otros.

Muchos estudios que se han hecho de la vida y enseñanza de Cristo, revelan que el discipulado tiene dos componentes fundamentales: la muerte a sí mismo y el seguimiento; que tanto el uno y otro dieron la tónica al ministerio total de Jesús. Que Él murió para darnos vida nueva y quiere que cada uno de sus seguidores siga su ejemplo.

Igualmente podemos encontrar en el mensaje bíblico otras palabras para definir a los seguidores de Cristo, pero Jesús eligió una

que expresa su voluntad para que la Iglesia propague el mensaje de salvación y se pueda evangelizar: Discípulo. “Subió al monte y llamó a los que Él quiso; y vinieron donde Él. Instituyó Doce, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios” (Mc 3,13-15).

En este pasaje bíblico localizamos tres elementos identificados:

- Que estuvieran con Él. Se resalta la importancia de la comunión. El discipulado siempre incluirá la comunión entre el maestro y su discípulo.
- Que predicaran como Él. Se resalta la importancia de la misión. Una tarea encomendada por el maestro.
- Que tuvieran la autoridad de Él. Se resalta la importancia de la identidad. No es nuestra autoridad, sino la de Jesús.

Somos llamados a evangelizar, tal como nos invita el Señor, pero luego debemos discipular a quienes hemos evangelizado para ayudarlos a crecer y fortalecerse su fe, como:

- El discípulo debe hacer discípulos.
- El pastor debe hacer discípulos.
- El misionero debe hacer discípulos.
- Todos los cristianos deben hacer discípulos.

En relación con otras situaciones de vida, el discipulado tiene un precio bastante enérgico, implica sacrificio, compromiso, dedicación, disciplina, perseverancia, conocimiento, seguimiento y mucho discernimiento en la oración. Pero esta misión recibida tiene resultados eternos.

No podemos olvidar que el llamado es a evangelizar no se puede cambiar la razón y la huella de ser lo que es en realidad, una

evangelización al estilo del maestro, como discípulos seguidores. Uno a uno; persona a persona.

Al preguntarnos ¿Qué es un discípulo? La respuesta es simplemente, aquel que recibe todo de su maestro, para llegar a ser igual a Él y, a la vez, comunicar a otros esa misma enseñanza. El Apóstol Pablo lo deja muy en claro, cuando dice: “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, encárgaselo a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2Tm 2,2). Identificando el Apóstol Pablo 4 generaciones de discípulos comprometidos con la evangelización: Pablo, Timoteo, hombres fieles y otros.

Entonces, ¿qué es en definitiva el discipulado? ¿Una disciplina? ¿Un estudio? ¿Una vida? ¿Una entrega? ¿Una opción? ¡Claro que sí!, todo eso y mucho más. Es una disciplina, compromiso y perseverancia, porque implica horarios, método, planes, compromiso. Es estudio, porque implica un aprendizaje. Es vida, la del maestro que se refleja en la vida del discípulo. Es entrega porque si es posible ofrece la vida y es una opción porque ha sido llamado por Dios.

6. SIGUIENDO A JESÚS

Cada construcción en el mundo tiene sus cimientos. Jesús elige a un grupo de personas, a las cuales confiere su propia misión y autoridad. Es una elección en la que sólo cuenta la voluntad de Jesús, su predilección y su amor. Es una elección con una doble finalidad: Para estar con Él y formar una comunidad, para enviarlos a predicar juntos en la Misión.

El pasaje llama la atención que Jesús llama a quienes caminarán con Él, no con los criterios que tal vez nosotros utilizaríamos; sorprende que elija y entregue su poder y autoridad a personas que van a actuar en su nombre y que, en un comienzo, destacan por su

realidad común y corriente, incluso por ser incrédulos, concretos, torpes, llenos de sentimientos encontrados como la desconfianza, el miedo y la cobardía. Sin embargo, ellos aceptaron el desafío de este Mesías que esperaban y con Él crecieron para proclamar el mensaje de Dios.

En este día nos podemos preguntar ¿Cómo estoy respondiendo a la llamada que el Señor me hace?

“Jesús subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él, y Jesús instituyó a doce, a los que les dio el nombre de Apóstoles, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios. Así instituyó a los Doce: Simón, al que puso el sobrenombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, a los que dio el nombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno; luego, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, el Cananeo, y Judas Iscariote, el mismo que lo entregó”

(Marcos 3,13-19).

Jesús está en medio de la gente, la acoge, le habla, la cura, le muestra la misericordia de Dios; en medio de ella elige a los doce apóstoles para estar con Él y sumirse como Él en las situaciones concretas del mundo. Y la gente le sigue, le escucha, porque Jesús habla y actúa de modo nuevo, con la autoridad de quien es auténtico y coherente, de quien habla y actúa con verdad, de quien da la esperanza que viene de Dios, de quien es revelación del Rostro de un Dios que es amor. Y la gente, con alegría, bendice a Dios.

También nosotros tratamos de seguir a Jesús para escucharle, para entrar en comunión con Él en la Eucaristía, para acompañarle y para que nos acompañe. Preguntémosnos: ¿cómo sigo a Jesús?

Jesús habla en silencio en el Misterio de la Eucaristía y cada vez nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida no una posesión nuestra, sino un don de Él y a los otros.

Cada obra en el mundo tiene sus principios. Ninguna casa puede mantenerse en pie sin fundamentos sólidos. Es por eso que antes de iniciar a construir hay que cavar lo más profundo posible para poner una base sólida a la construcción. Y si se quiere una torre, entonces hay que escarbar muy profundamente para tener un buen cimiento.

Lo mismo quiere hacer Cristo. Su misión es salvar a la humanidad, pero sabe que con una vida tan corta no lo puede hacer. Por eso decide edificar una ciudad, en la que puedan encontrarle en cualquier momento del día. Por eso, después de una noche de oración en diálogo personal con su Padre, pone los primeros fundamentos a su proyecto.

a. Comunidad fraterna

La realidad de la comunidad fraterna parte del mismo Jesús, como no podía ser menos. Mejor todavía, parte de la misma vida trinitaria, que es comunidad de amor. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, inaugura en la tierra su reino. Y su reino es, entre otras cosas, amor, fraternidad y comunión de vida. Su vida y su mensaje tienen eco y muy pronto comienza a rodearse de discípulos. De entre ellos elige a doce y forma con ellos un grupo, que será germen de una verdadera comunidad. Pero antes “sube el monte”, como ocurre en los acontecimientos más importantes y decisivos de la historia de la salvación (Sinaí, Bienaventuranzas, Transfiguración, Calvario).

Es evidente que Marcos lo narra así: “Subió a la montaña, fue llamando a los que Él quiso y se fueron con Él. Nombró a

doce, a quienes llamó apóstoles, para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 13-14). Con ellos forma Jesús una comunidad relativamente estable. O una comunidad en proceso para ser estable.

No le quedó fácil a Jesús lograr la estabilidad de esta comunidad, mucho menos su plena integración, dada la procedencia tan variada de sus miembros (pescadores, publicanos, zelotes), su condición pobre y de baja extracción social, su cultura.

Surgen rencillas entre ellos, ambiciones no disimuladas, miedos que afloran en los momentos de la prueba. A pesar de todo, Jesús –y esta es una lección muy significativa que nos da– con exquisita paciencia, con una gran capacidad de amor, con delicadeza en el trato, va trabajando en ellos y los va modelando. Sería bueno examinarnos a nosotros mismos, mirémonos hacia adentro: ¿no tenemos también miedos parecidos, no se producen rencillas, ambiciones disimuladas o abiertas?).

Jesús no elige a los mejores, a los más capaces, a los mejor preparados para llevar a cabo su proyecto, a los más cultos, a los más religiosos, a aquellos dotados con un mínimo de condiciones para formar un grupo estable. ¿Por qué eligió Jesús a doce tan distintos, tan diferentes? ¿No habrá aquí, una enseñanza para nosotros?

Pero, como contrapunto, para Él todos son iguales, todos son hermanos, todos son hijos de un mismo Padre.

La fuerza para la unión, la capacidad para la integración, la garantía para un mínimo de estabilidad, no vendrá de ellos mismos, sino del Espíritu que hay en Jesús y que Él comunica a los suyos. Otra enseñanza muy útil para nosotros. Trabajó, le costará ir modelando el grupo, limar asperezas, aglutinar voluntades, aplicar las debidas correcciones e infundir en ellos el

espíritu de servicio, el perdón y sencillez de vida. Nos preguntamos de nuevo: ¿no tendremos que hacer también nosotros un trabajo parecido?

Un aspecto que se deberá cuidar de manera particular es la vida fraterna en comunidad. La cual es alimentada por la oración comunitaria, por la lectura orante de la Palabra, por la participación activa en los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, por el diálogo fraterno y por la comunicación sincera entre sus miembros, por la corrección fraterna, por la misericordia hacia el hermano que peca, por la condivisione de responsabilidades. Todo esto acompañado por un elocuente y alegre testimonio de vida simple junto a los pobres y por una misión que privilegie las periferias existenciales.

b. Comunidad levadura

Jesús no forma un grupo cerrado, sino una comunidad levadura. La levadura se expande al mismo tiempo que fermenta la masa y se hacen muchos panes. Este primer grupo -comunidad- será el germen, levadura y principio de otras comunidades, unidas entre sí en una misma fe, en un mismo amor y en un mismo testimonio de vida. Faltará Jesús, pero quedará en ellos su Espíritu.

Una pequeña porción de levadura tiene la capacidad de hacer fermentar toda la masa. Jesús utiliza esta parábola que era perfectamente comprensible para todos sus oyentes. En todas las casas de Palestina este proceso se repetía una y otra vez y, por tanto, las palabras del Maestro tenían la capacidad de generar poderosas imágenes mentales en los oyentes. Las personas podían reproducir en sus mentes el proceso de una ínfima cantidad de levadura produciendo una imperceptible pero continuada influencia sobre la masa de harina hasta hacerla fermentar.

En la llamada oración sacerdotal (Jn 17), la víspera de morir, y viendo que los suyos se iban a quedar solos, Jesús pide insistentemente al Padre que sean uno en nosotros, como él y el Padre son uno. Pide además que el amor que me tuviste esté en ellos, y yo en ellos. Recibida la fe por parte de ellos, no habrá unidad sin el amor. Menos todavía, sin la presencia de Jesús en ellos por el Espíritu.

El Padre escuchará la oración de Jesús y surgirá la primera comunidad de Jerusalén, tal como la describe el libro de los Hechos de los Apóstoles. Entre los distintos sumarios que se refieren a esta comunidad, dos son los más conocidos: 2,42-47 y 4, 32,35. San Agustín se fijará en ellos para poner en marcha un estilo de vida comunitario monástico. No se puede descartar una cierta idealización en la descripción de esta comunidad, pero tampoco excluir tampoco un fundamento histórico.

En el pasaje bíblico, dice: Un solo corazón y una sola alma (4,32). Agustín de Hipona hará suya esta expresión y la colocará en el mismo comienzo de la Regla:

“Lo primero por lo que os habéis congregado en la comunidad es para que habitéis unánimes en la casa, y tengáis una sola alma y solo corazón”.

Los primeros cristianos vendían lo que tenían, ponían el precio de la venta a los pies de los Apóstoles y se distribuía a cada uno según su necesidad. Nosotros no podemos vender nada porque nada tenemos, pero nos quedamos, quizás, lo que recibimos. A esto se refiere Agustín en el mismo capítulo primero de la Regla, cuando dice: “No tengáis nada propio, sino que todo sea común. A cada uno de vosotros distribuya vuestro preposición la comida y el vestido, no a todos por igual, pues no gozáis de la misma salud, sino más bien a cada cual según lo necesite”.

7. DIOS ES NUESTRO PROTECTOR

El orante al leer este salmo, se mueve entre lo que se puede ver y lo que no se puede ver de la integridad. Por eso, las entrañas, que en el Antiguo Testamento representan el sitio de las verdades más íntimas, son dispuestas aquí para el escrutinio divino.

De nuevo el orante nos parece un tanto arrogante con su afirmación ¿quién me hará temblar? Sin embargo, se supone que esta seguridad está ligada a la confianza en Dios, que es lo que acaba de decir: “El Señor es la defensa de mi vida”, es como decir, en el Señor he confiado.

De todos modos, en los salmos no es extraño que el creyente hable de su propia fidelidad a Dios; en algunos casos el creyente hace una oración donde parece echarse más flores de lo que estamos acostumbrados a ver en una reunión de oración: me agrada hacer tu voluntad, llevo tu ley dentro de mí, he proclamado tu justicia, tu fidelidad y tu salvación en la gran asamblea. Pero igualmente se mantiene la consciencia de la condición de pecador y de que la salvación de Dios siempre será una gracia.

El orante, entonces, declara su firmeza al tiempo que pide la ayuda de Dios. Este dato nos obliga a ver con otros ojos lo que inicialmente nos ha parecido arrogancia. Las dos marcas de este creyente no son pues la arrogancia y la vanagloria espiritual, sino una vida íntegra y la confianza en Dios.

En los últimos dos v. 11-12, el salmo vuelve a los mismos temas del inicio, pero, como es propio de los paralelismos sinónimos hebreos, con algunas variaciones. Por cuarta vez aparece el verbo caminar y por segunda vez acompañado de la palabra integridad. La novedad ahora es la adición de la compañía de los creyentes. El hecho de que al principio y al final el salmo no solamente hable de la decisión de vivir en integridad y de la firmeza que tiene, sino

que incluya una petición a Dios para que lo sostenga, demuestra que la integridad no es algo que se obtiene meramente por esfuerzo y dedicación personal.

Además, el creyente también reconoce, como se hace evidente en otros salmos, que la tarea de mantenerse íntegro en un mundo plagado de corrupción no es para nada fácil.

En el salmo 26 que tiene dos partes, tenemos una oración, que, si bien está expresado en primera persona, tiene un valor enorme para la comunidad de creyentes:

a. Confianza en Dios ante el peligro

La vida del discípulo con frecuencia se encuentra sometida a tensiones y contestaciones; a veces también a un rechazo e incluso a la persecución. El comportamiento del justo molesta, porque los prepotentes y los perversos lo sienten como un reproche. Lo reconocen claramente los malvados descritos en el libro de la Sabiduría: el justo “es un reproche de nuestros criterios; su sola presencia nos es insufrible; lleva una vida distinta de todos y sus caminos son extraños” (Sb 2,14-15).

Confianza en Dios ante el peligro

“El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?
Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
 mi corazón no tiembla;
 sí me declaran la guerra,
 me siento tranquilo.
 Una cosa pido al Señor,
 eso buscaré:
 habitar en la casa del Señor
 por los días de mi vida;
 gozar de la dulzura del Señor,
 contemplando su templo.
 Él me protegerá en su tienda
 el día del peligro;
 me esconderá en lo escondido de su morada,
 me alzaré sobre la roca;
 y así levantaré la cabeza
 sobre el enemigo que me cerca;
 en su tienda sacrificaré
 sacrificios de aclamación:
 cantaré y tocaré para el Señor”
 (Salmo 26 -I).

En esta primera parte del salmo v. 1-6: Confianza en Dios ante el peligro, está marcada por una gran serenidad, fundada en la confianza en Dios en el día tenebroso del asalto de los malvados. Las imágenes usadas para describir a esos adversarios, los cuales constituyen el signo del mal que contamina la historia, son de dos tipos:

- Por un lado, parece que hay una imagen de caza feroz: los malvados son como fieras que avanzan para atrapar a su presa y desgarrar su carne, pero tropiezan y caen (v. 2).

- Por otro lado, está el símbolo militar de un asalto, realizado por un ejército entero: es una batalla que se libra con gran ímpetu, sembrando terror y muerte (v. 3).

El fiel es consciente de que la coherencia crea aislamiento y provoca incluso desprecio y hostilidad en una sociedad que a menudo busca a toda costa el beneficio personal, el éxito exterior, la riqueza o el goce desenfrenado. Sin embargo, no está solo y su corazón conserva una sorprendente paz interior, porque, como dice la espléndida antífona inicial del salmo, el Señor es mi luz y mi salvación; es la defensa de mi vida.

Siempre repite ¿A quién temeré? ¿Quién me hará temblar? Mi corazón no tiembla. Me siento tranquilo. Casi nos parece estar escuchando la voz del Apóstol Pablo: “Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Rm 8,31). Pero la serenidad interior, la fortaleza de espíritu y la paz son un don que se obtiene refugiándose en el templo, es decir, recurriendo a la oración personal y comunitaria.

Asimismo, el orante se encomienda a Dios, y su sueño se halla expresado también en otro salmo: “Habitar en la casa del Señor por años sin término”. Allí podrá “gozar de la dulzura del Señor” (v. 4), contemplar y admirar el misterio divino, participar en la liturgia del sacrificio y elevar su alabanza al Dios liberador. El Señor crea en torno a sus fieles un horizonte de paz, que deja fuera el estrépito del mal. La comunión con Dios es manantial de serenidad, de alegría, de tranquilidad; es como entrar en un oasis de luz y amor.

No ha faltado quien al escuchar estas palabras bíblicas: “El que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo”, juzgue equivocadamente la propuesta de Jesús. Quizás nos ayude la sentencia que dirige el apóstol Pablo a los Filipenses para comprender mejor este pasaje bíblico:

“Sigán trabajando por su salvación con humildad y con temor de Dios, pues Él es quien les da energía interior para que puedan querer y actuar conforme a su voluntad” (Flp 2,12-18).

Continúa el Apóstol con otros consejos, pero lo significativo es el punto clave que nos señala sobre qué es lo que nos mueve en nuestro interior. Cuando nos movemos por intereses monetarios, por homenajes humanos y por placeres, será muy difícil comprender el Evangelio; cuando nuestro interior se llena del amor de Dios, todo empieza a adquirir su justa dimensión.

¿Qué hay en nuestro interior? Parecería ser ésta la pregunta que ahora Cristo nos dirige, y pone muy claras las condiciones para su seguimiento. Nada será más importante que ese amor de Dios que nos lleva a una radical decisión de seguirlo. No es mirar las cosas materiales como males, sino darles su justa dimensión; no es considerar la familia o el cuerpo como pecado, no es hacer una división intransigente entre el cuerpo y el alma; es darle a toda la persona su verdadera dimensión de hijo de Dios de una manera integral.

b. Oración del inocente perseguido

En esta segunda parte del salmo v. 7-14: Oración del inocente perseguido, de estos imperativos de súplica confirma la necesidad que tiene el creyente de la obra purificadora de Dios. Se percibe aquí una relación entre el caminar en integridad y la confianza en Dios. Pareciera sugerir esta oración que no caminar en integridad revela una falta de confianza en Dios. Es decir, que hay más de un sentido en el que la corrupción ofende a Dios, como forma de injusticia y como falta de fe.

La metáfora del caminar aplicada a la conducta se enriquece en este salmo con otras imágenes relacionadas: tropezar, estar firme, andar en tierra llana.

Oración del inocente perseguido

“Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro.
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.
Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.
Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.
No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.
Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor”
(Salmo 26 II).

El salmo hace uso de diversas imágenes en letrilla a fin de declarar en todas las maneras posibles que es inocente. Una forma

en el Antiguo Testamento con la que Dios juzga y examina a sus hijos es la prueba. Es sabido que para determinar la firmeza de alguien es necesario tratar de derribarlo; de otra forma no es posible saber qué tan firme está. Puesto en términos prácticos, económicos y personales, se puede preguntar, ¿qué hizo el creyente padre de familia cuando le ofrecieron algo por debajo de la mesa en época de matrículas? O, ¿qué hizo cuando le fueron confiados dineros que no eran suyos y no había supervisión?

La integridad se conoce en la prueba. Pero la prueba de la que habla el salmo no parece ser de las pérdidas y el sufrimiento como el caso de Job, sino de otra naturaleza.

Figuran tres términos sinónimos para el concepto de probar (examina, prueba, refina). El último de estos es la prueba final de la pureza de un metal, la fundición indispensable para eliminar las impurezas.

Si seguimos la línea argumentativa de Deuteronomio con respecto al falso profeta, que puede hacer señales y maravillas (Dt 13,1-5), se podría decir entonces que la oportunidad para participar en un acto de corrupción sería también una prueba divina para comprobar la integridad del creyente. Esto no quiere decir que somos bienaventurados por vivir en una patria donde abunda la corrupción y que se nos ha tenido por dignos de sufrir por causa del Evangelio, sino que, al combinar la escasez con las permanentes oportunidades para la corrupción, nos toca mostrar integridad más frecuentemente que en países con menores índices de corrupción.

Esto no niega, claro está, que la corrupción sea un problema de toda la humanidad. Para el funcionario público o privado, la corrupción se entiende como el uso indebido de un cargo para la obtención de beneficios distintos a los contratados. Para el ciudadano común y corriente la corrupción radica en la relación que tiene con ese funcionario, sea como víctima o como cómplice.

Ultimemos este artículo con este Himno de Pastores, que el Señor nos regale discípulos conforme a al corazón, que nos apacienten con ciencia y doctrina.

Himno de los Pastores

“Cantemos al Señor con alegría,
unidos a la voz del pastor santo;
demostramos gracias a Dios, que es luz y guía,
solicito pastor de su rebaño.
Es su voz y su amor el que nos llama
en la voz del pastor que él ha elegido,
es su amor infinito el que nos ama
en la entrega y amor de este otro Cristo.
Conociendo en la fe su fiel presencia,
hambrientos de verdad y luz divina,
sigamos al pastor que es providencia
de pastos abundantes que son vida.
Apacienta, Señor, guarda a tus hijos,
manda siempre a tus mies trabajadores;
cada aurora, a la puerta del aprisco,
nos aguarde el amor de tus pastores”.



*Este libro fue editado por la Editorial Uniagustiniana
en abril de 2022. Bogotá, Colombia.*